

ENCARNAR LA PALABRA

ORACIÓN E ITINERARIO ESPIRITUAL MARIANISTA

Enrique Aguilera, SM
José María Arnaiz, SM

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

PRIMERA PARTE: LA ORACIÓN EN EL CAMINO MARIANISTA

Introducción: Nuestros Fundadores, maestros de oración

 Caminos de oración

 Padre Chaminade maestro de oración, Madre Adela mujer de oración

 Una espiritualidad para hoy y una oración para hoy

Capítulo 1: El camino cristiano

 1. Un punto de partida: la iniciativa del Padre

 2. Un hito central de este camino: encuentro con el Padre en Jesucristo

 3. Un encuentro en el que recibimos el don del Espíritu

Capítulo 2: El camino marianista

 1. El punto de partida del camino marianista

 Una experiencia intensa de fe

 La experiencia concreta de misión

 La iniciación en el sistema de virtudes

 Una rica experiencia de encuentro con María

 2. El objetivo del camino marianista

 De un centrarse en sí mismo a un centrar la propia vida en Cristo ...

 De las palabras y la teoría a la experiencia

 De la fe a la caridad

 De la promoción humana a la acción evangelizadora

 Del proyecto a la realización

 3. Las dimensiones de este camino

 Dimensión de iniciación

 Dimensión de purificación

 Dimensión de consumación y plenitud

 4. El núcleo o hilo conductor de este camino

 5. Algunos elementos de una pedagogía espiritual marianista

 Es una pedagogía en la libertad

 Es una pedagogía evolutiva

 Es una pedagogía que cultiva la virtud, o dinamismo interior

 Es una pedagogía de la acogida del don y del compartir el don

 Es una pedagogía de la integración y de la comunión

Capítulo 3: La oración marianista

 1. Los motivos de nuestra oración

 2. Algunas características de nuestra oración

Conclusión de la primera parte: El por qué de una propuesta

SEGUNDA PARTE: UN CAMINO MARIANISTA DE ORACIÓN

Introducción: Visión de conjunto y orientaciones	
1. Significado y estructura global	
2. Cómo situarse y vivir cada etapa o dimensión del camino	

PRIMERA SECCIÓN: EL PLAN DEL PADRE

Capítulo 1: Escuchar la llamada	
1. Lo que yo creo	
2. Para hacer el camino	
3. Caminos de oración	
4. Un tiempo para la Palabra	
5. Un tiempo para el carisma marianista	
6. Orando en el camino	

Capítulo 2: Poniéndonos en camino	
1. Lo que yo creo	
2. Para hacer el camino	
3. Caminos de oración	
4. Un tiempo para la Palabra	
5. Un tiempo para el carisma marianista	
6. Orando en el camino	

SEGUNDA SECCIÓN: LA MISIÓN DEL HIJO

Capítulo 3: Para ser como Jesús	
1. Lo que yo creo	
2. Para hacer el camino	
3. Caminos de oración	
4. Un tiempo para la Palabra	
5. Un tiempo para el carisma marianista	
6. Orando en el camino	

Capítulo 4: Con la comunidad	
1. Lo que yo creo	
2. Para hacer el camino	
3. Caminos de oración	
4. Un tiempo para la Palabra	
5. Un tiempo para el carisma marianista	
6. Orando en el camino	

Capítulo 5: Haciendo lo que él nos diga	
1. Lo que yo creo	
2. Para hacer el camino	
3. Caminos de oración	
4. Un tiempo para la Palabra	
5. Un tiempo para el carisma marianista	

6. Orando en el camino

TERCERA SECCIÓN: LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU

Capítulo 6: Vivir de la fe

- 1. Lo que yo creo
- 2. Para hacer el camino
- 3. Caminos de oración
- 4. Un tiempo para la Palabra
- 5. Un tiempo para el carisma marianista
- 6. Orando en el camino

Capítulo 7: Con María

- 1. Lo que yo creo
- 2. Para hacer el camino
- 3. Caminos de oración
- 4. Un tiempo para la Palabra
- 5. Un tiempo para el carisma marianista
- 6. Orando en el camino

CONCLUSIÓN: Y LA PALABRA ENCARNADA DIO SU FRUTO

PRESENTACIÓN

Presentamos algo más que un libro

Este libro es una guía para aprender a orar. Al presentarlo, queremos ofrecer un instrumento para progresar cada día en la oración.

Este libro puede servir para la oración personal y para la comunitaria. Servirá para evaluar nuestro crecimiento en el camino de fe, para hacer un buen retiro y para habituarnos a comenzar y terminar la jornada en la presencia del Señor.

Está escrito para gente que vive en un mundo donde se nos recuerda que es complicado, y a veces difícil, creer, amar, esperar y, por tanto, orar. En ese mundo nos ayudará a confesar que Dios se ha comprometido realmente con nosotros, a sentirnos amados por el Padre y a hacer desaparecer el miedo. En fin, a abrirnos al servicio a los demás y ser fieles a la vocación marianista.

Encarnar la Palabra no es un libro para leerlo una vez y dejarlo luego olvidado. Es un *vademécum* en nuestro camino de oración (vade-mecum = anda conmigo), una guía que nos acompañará en cada jornada. En el silencio se entenderá mejor que en el bullicio, pero en un silencio que lleve a la escucha y a la disponibilidad generosa del servicio.

Es un libro que orientará la vida de oración del marianista que entra en la escuela de la espiritualidad vivida y propuesta por el Padre Chaminade y por Madre Adela. Así llegará a ser un fiel discípulo de Jesús.

Es un libro para los y las marianistas

Encarnar la Palabra se ofrece a todos los marianistas (religiosos y laicos) que se inician en la oración y quieren orar desde lo que son y desde lo que hacen, desde su espiritualidad y su misión. Ellos son los principales destinatarios.

En este libro *no se quiere hablar tanto de oración, como de personas en oración, de verdaderos orantes*. Al prepararlo, se ha pensado en los marianistas que quieren centrar su vida en Jesús y compartir los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, y que se han dado cuenta de que para ello necesitan saber orar y no cansarse de orar.

Es un libro para mujeres y hombres *que quieren hacer un camino de oración* y están decididos a dar los pasos necesarios para ello porque se sienten llamados por el Señor.

Es un libro para hombres y mujeres *que pueden hacer ese camino de oración*, ya que viven de una espiritualidad que los motiva y orienta a caminar en esa dirección.

Es un libro de los y las marianistas

Quienes lo han trabajado también son marianistas. Han buscado inspiración en la Biblia, en los dos Fundadores, en la tradición..., y han encontrado un camino espiritual y un camino de oración, y lo ofrecen a todos los marianistas y también a todos los hombres y mujeres de hoy. En otras palabras, han recogido y ordenado

una experiencia hecha, la han formulado, y ahora la presentan a los demás para que el bien se multiplique.

Quienes han trabajado en la elaboración de este libro han descubierto que la espiritualidad es un elemento importante de las familias eclesiales; y en toda espiritualidad se encuentra la propuesta de un camino de oración.

Desde el interior de la espiritualidad marianista ponen de relieve que se ora para para que Jesús sea formado en nosotros. A eso apunta y conduce este camino de oración que se propone.

Saben que son muchos los que buscan una ayuda espiritual para encontrar a Dios, y vivir con Dios desde las circunstancias que les ofrece la vida y la cultura moderna.

Confiamos que este libro ayude a vivir con serenidad y renovada energía la vocación marianista. Pero su efecto no será mágico: para que produzca buen fruto, este libro hay que gustarlo poco a poco, asumirlo con creatividad y ponerlo en práctica en el día a día.

Enrique Aguilera, SM
José María Arnaiz, SM

PRIMERA PARTE

LA ORACIÓN EN EL CAMINO MARIANISTA

Introducción: Nuestros Fundadores, maestros de oración

El Padre Chaminade se preocupó de iniciar a sus seguidores en la oración, y de formarlos en la oración. Para ello ofreció a los marianistas motivación y orientación. Les hizo gustar la oración.

El Fundador quiso hacer de cada marianista un misionero. La tarea fundamental de su vida fue reavivar, renovar y multiplicar la fe. Inculcó en las religiosas, los religiosos y los laicos una gran pasión para gastar sus fuerzas a fin de que el Reino de Dios llegase a la sociedad francesa de su tiempo. Sabía muy bien que la audacia apostólica es fruto de la oración. Por eso trató de formar hombres y mujeres de oración.

Caminos de oración

Hay un solo Evangelio pero son muchas y variadas las formas de vivirlo. Las diversas "escuelas de espiritualidad" recogen y presentan diferentes modos de vivir el misterio cristiano. Una "escuela espiritual" es un conjunto de pensamientos, doctrinas, prácticas y actitudes que el fundador de la misma deja en herencia, y que poco a poco se transforma en doctrina y pensamiento, en vida y acción de quienes se convierten en discípulos y miembros de esa escuela. A éstos la escuela espiritual les ofrece un camino para encontrarse con el Señor, vivir en su compañía y trabajar para que el Reino venga. *Les presenta algunos elementos de un camino de oración.*

En la historia de la Iglesia ha habido diversas escuelas de espiritualidad. Una de ellas fue la llamada Escuela francesa de los siglos XVIII y XIX. Su fundador fue Pierre de Bérulle. En ella el cristianismo no se reduce a un conjunto de verdades ni a la mera presentación de una doctrina: se centra, sobre todo, en el cultivo y desarrollo de la relación con una persona: Jesucristo. Las grandes intuiciones de la Escuela francesa han sido puestas de relieve por el Concilio Vaticano II: la relación personal con Jesucristo, la llamada de todos los cristianos a la santidad, el sentido de la Iglesia como misterio, la integración de fe y vida, la presencia de María en nuestras vidas... *La relación personal con Cristo es la realidad fundamental de esta espiritualidad.* Relación que se inicia y profundiza por medios diversos. En esta escuela, la contemplación de los misterios de Jesús es la fuente y fundamento de la vida en el Espíritu. En ella la oración se orienta a revivir estos misterios.

El Padre Chaminade recibió influencias de la Escuela francesa de espiritualidad, cosa que se advierte fácilmente.

También recibió mucha influencia de los Padres de la Iglesia: a través de ellos le llegaron orientaciones sobre el método y los contenidos de la oración. En los escritos y conferencias del Fundador son frecuentes sus referencias a ellos.

Padre Chaminade maestro de oración, Madre Adela mujer de oración

El Fundador destaca la importancia de la conformidad con Jesús. Para adquirirla y desarrollarla, necesitamos orar. Por su especial vocación, el marianista emprende y lleva a cabo este camino *bajo la inspiración y la acción de María*. Con ella contempla los misterios de Cristo, y como ella participa en esos misterios.

El Padre Chaminade fue *un maestro espiritual*: primeramente porque estuvo atento a la acción del Espíritu en sí mismo y en los demás; y en segundo lugar porque supo despertar el gusto por la vida en el Espíritu, y hacer tomar conciencia, en la oración, de la obra transformadora del Espíritu en nosotros. A partir de su experiencia personal hizo todo lo posible por formar marianistas orantes. *Presentó la vida espiritual como un camino de oración*. Cuando hablaba y escribía de oración, lo hacía de tal modo que ésta quedaba bien integrada en el conjunto de la espiritualidad.

Madre Adela fue *una mujer de oración*. Desde joven estuvo motivada por el gran deseo de la contemplación e incluso de la vida contemplativa. Oraba mucho. Enseñaba a orar a las jóvenes que integraban las diferentes asociaciones que fundó. Le gustaba descubrir los designios del Señor sobre el mundo y sobre ella misma, y adorarlos y ser fiel a los mismos en el silencio y la paz de la oración.

Inspirado en las palabras y el ejemplo de nuestros Fundadores, este libro, más que en la oración y en hacer oración, quiere centrar la atención en *las personas que se inician en la oración y que, fieles a la llamada del Señor, llevan la oración a la vida*. Ello supone que son creyentes capaces de orar, porque han optado por la gratuidad y la sencillez, han perdido el miedo a la soledad y al encuentro en verdad con los demás, saben escuchar y mirar, son hombres y mujeres que «hacen oración sin saberlo» (Santa Teresa de Lisieux).

Una espiritualidad para hoy y una oración para hoy

La espiritualidad marianista es un camino para iniciarse en el misterio cristiano, y una guía para penetrar en ese mismo misterio. Da orientación clara y motivación a quienes son llamados a vivirla para seguir a Jesús y servir a la Iglesia. Ayuda a asimilar, en el día a día, los elementos fundamentales de la vida cristiana.

Para presentarla y transmitirla bien, se precisa tener en cuenta, a la vez, su pasado y su presente. Del pasado nos quedan palabras, escritos y testimonios. Del presente también tenemos palabras, escritos y testimonios de vida. Pero todo esto se debe recoger, formular, asimilar y luego proponer. Sólo se formula bien una espiritualidad cuando se une lo que viene de los maestros y lo que llega de los discípulos, lo que ya se ha convertido en tradición y lo que es experiencia nueva que nos permitirá vivir el futuro que ya encontramos presente en la realidad actual.

En nuestra espiritualidad, la oración tiene un relieve especial. A su vez, la oración está marcada por los rasgos principales de este camino marianista. Esos rasgos permiten al marianista vivir y alimentar la fe y la caridad con una propuesta

de oración. Quizá sea éste uno de los mejores modos que tiene la Familia marianista de participar activamente en la nueva evangelización.

Capítulo 1: El camino cristiano

Todas las personas que se inician, o que inician a otras, en la vida del Espíritu hablan de *hacer un camino* y de recorrer un proceso. El camino es una imagen muy rica para entender y asimilar una espiritualidad, y particularmente expresiva al hablar de oración. Evoca y confirma el carácter dinámico de la vida en el Espíritu. Nos lleva a pensar y hablar de experiencia, andadura, recorrido, etapas, compañía; del espíritu y del cuerpo, de la partida y de la llegada a la meta, de los avances y de los retrocesos. La oración es una aventura, un camino que nunca se acaba de recorrer del todo.

Los cristianos, en general, hacemos recorridos parecidos. Así ocurre porque hay un camino cristiano: existe una propuesta de camino cristiano hecha por Cristo. Jesús ha inaugurado una experiencia de vida de fe y de caridad, que ha sido asumida por muchos en el pasado y que sigue siendo asumida en el presente. Por eso mismo se continúa proponiendo y enriqueciendo esta propuesta. Jesús, básicamente, hizo suyo el caminar de los pobres, del pequeño resto de Israel. Movido por el Espíritu, abrió las nuevas rutas del camino de comunión, contemplación de Dios como Padre, para que los sencillos, los mansos y los misericordiosos pudieran conocerlo, vivirlo y anunciarlo. Hizo de esta experiencia espiritual la fuerza que mueve la historia. Quien mejor siguió sus pasos fue María. Se convirtió en una discípula con categoría de maestra y discípula, de madre y hermana. María inspira y acompaña a muchos.

Es importante tomar conciencia de que el camino cristiano es original, en su recorrido, en relación con los demás caminos de la humanidad. El camino cristiano lleva hacia Dios; y a Dios se le encuentra a medio camino, porque Dios es Padre y sale al encuentro del hombre, que es hijo y hermano. Se manifiesta ante nosotros porque ya está presente en la ruta. Durante el mismo recorrido se produce el encuentro. Fruto de la gracia, el cristiano comienza a sentir y a darse cuenta de que Aquél a quien busca ya lo tiene, y es Dios, su Padre. Para el cristiano no se trata tanto de ascender y de llegar a una meta: se trata de estar en condiciones para recibir y acoger una presencia, un mensaje y un don; y para compartir lo recibido. La aventura espiritual del hombre cristiano se convierte en un acontecimiento que, fundamentalmente, es un encuentro interpersonal entre Dios Padre y el hombre.

No merece la pena entrar ahora en muchos detalles sobre esta experiencia cristiana o itinerario espiritual. Pero sí es oportuno describir sus elementos principales, y ver de qué manera afectan y orientan el camino marianista. Se trata, en el fondo, de entroncar el camino marianista con el Evangelio. Por lo mismo conviene señalar que este camino tiene un punto de partida: la iniciativa e invitación del Padre.

1. Un punto de partida: la iniciativa e invitación del Padre

Este camino se hace porque Dios nos llama a hacerlo. Parte del Padre y de su invitación a hacerlo. Él nos llama, revelándonos quién es y revelando lo que hace, y evocando nuestra historia y condición. Nos ha creado, y por Cristo nos ha

redimido de un modo admirable. Toda llamada es una reactivación de la acción creadora y redentora del Señor.

Esta llamada necesita ser atendida y escuchada, ya que el hombre, por el pecado, a veces deja de oírla. Se hace ciego y sordo. Llega a no escuchar a quien le habla y a no responder a quien le llama. Esta llamada, en fin, es una invitación a juntarse con otros, y a vivir juntos, en comunidad, de la fe y la caridad.

Los llamamientos del Señor se dan en los momentos fuertes de cada historia personal. Estos encuentros llevan a alianzas hechas, renovadas y olvidadas, hasta llegar, cuando se aprende a ser fieles, a una alianza definitiva. Esta alianza se va preparando y se produce en la encarnación de Jesús con toda la humanidad y con cada uno de nosotros el día en que tomamos conciencia de los signos de la presencia del Señor en nuestras vidas.

2. Un hito central de este camino: el encuentro con Jesucristo

El acercamiento y encuentro con Dios se hace en Jesús, con Jesús y por Jesús. Jesús *desciende* y se encarna. Así Dios está con nosotros. El hombre *asciende* por la escalera de lo humano hacia lo divino, y por la fuerza puesta por Dios en cada ser humano. «A Dios nadie le ha visto jamás» (Jn 1, 18), pero en los tiempos nuevos se ha manifestado en Jesucristo, que se revela a los pequeños y sencillos.

Dios Padre es quien está en el origen de todo y por encima de todo. Jesús nos lleva al Padre y nos muestra al Padre. Sólo en Jesucristo el cristiano descubre a Dios y se une a él. La humanidad del Verbo encarnado es el lugar del encuentro perfecto y el lugar central de todo camino espiritual cristiano. Los misterios de Cristo nos ayudan a comprender al Padre y a participar en la misión de Jesús. La cercanía y trato con Jesús hecho hombre nos deja con su espíritu. Estas realidades son las que hacen cristiano un camino espiritual.

Algunos cristianos han tratado de minusvalorar este encuentro con la humanidad de Jesús. La misma Teresa de Jesús estuvo a punto de caer en la tentación de prescindir del encuentro con Jesús hecho hombre. Pero pronto se dio cuenta de que, tanto para el principiante como para el místico, no hay más que un camino: Cristo Jesús. O dicho más claramente: la gozosa, dolorosa y gloriosa humanidad de Cristo. Por tanto, se trata fundamentalmente de seguir los pasos que Jesús siguió, y así mirar, escuchar, orar y amar como él lo hizo.

Para el Padre Chaminade, «la vida del espíritu, la vida espiritual, o la vida del espíritu de Jesucristo son una misma cosa. Conducirse según el espíritu es obrar según el espíritu de Jesucristo» (Retiro de 1822, meditación 7ª. Notas de Retiro II, 87).

Basta también recorrer la vida de Adela, leer sus cartas (medio por el cual vivió la relación interpersonal), para caer en la cuenta de que la introducción en los misterios de Cristo, contemplados a través de la liturgia, forman parte de su vida. La contemplación de los misterios de la vida de Jesús es elemento central de la espiritualidad y oración marianista. Sólo por la humanidad de Jesús tenemos vida y vida en abundancia. Recuperar o familiarizarse con esta humanidad es decisivo para la espiritualidad marianista.

3. Un encuentro en el que recibimos el don del Espíritu

El Espíritu hizo fecunda a María y nos hace fecundos a nosotros. El ejercicio de fe y la oración se orientan a descubrir su presencia y su acción en la Iglesia y en el mundo hoy. Por obra del Espíritu Santo hacemos el bien y evitamos el mal; en otras palabras, nos convertimos en don para los demás. Este Espíritu es el espíritu con el que Jesús fue ungido, movido y enviado; es el espíritu que Jesús nos dejó y que anima la Iglesia.

A este encuentro responde el hombre por medio de la fe, la esperanza y el amor. Acepta encontrarse con Jesús y vivir en su compañía. Se confía a él. Eso es la fe. El amor y la fe son una respuesta libre. En los encuentros que Jesús tuvo con los hombres y mujeres de su tiempo, comenzando por su madre, siempre hacía la invitación a seguirle. En ese seguimiento, el hombre, convertido en amigo de Dios por la alianza en Jesucristo, entabla un diálogo hecho de confianza y de intimidad, de desafío y de exigencia. Este diálogo continuará hasta el final de los tiempos. La vida espiritual es la respuesta de amor y de fe dada en el seguimiento de Jesús.

El camino se prosigue con Jesús. Su compañía se transforma en búsqueda, encuentro, diálogo, asedio amoroso... Este encuentro es todo un símbolo y una invitación a dejarse seducir por el amor vivido en libertad, el que surge entre el creador y la criatura, entre Dios y su Pueblo, y entre Jesucristo y cada uno de nosotros.

La perfecta respuesta de esta fe y este amor la tenemos en María, ya que en su seno se dio el encuentro primero entre una criatura y su creador. María continúa la obra maravillosa de acercar el creyente a Cristo. En cierto modo, no se da ningún otro encuentro cristiano sin referencia a ese encuentro de María. Ella cuida de que todo cristiano tenga vida abundante y llegue a la madurez de la plenitud de Cristo.

Cuando el encuentro se prolonga y consolida, nos hacemos compañeros de Jesús. En ese seguimiento se permanece tanto en la misión como en la oración. Se hace lo que Jesús hizo: anunciar el Reino y trabajar para que el Reino venga. Es decir, se dedica la vida a evangelizar, curar y sanar, hacer comunidad y permanecer en oración al Padre.

En este itinerario de oración descubrimos «la anchura y la longitud, la altura y la profundidad» del amor de Cristo, que excede a todo conocimiento (Ef 3, 18-19). Cuando el hombre llega a experimentar esta anchura, descubre que ser cristiano es entregarse constantemente y darse generosamente en la misión. La verdadera realización personal pasa por la generosidad y el servicio.

Capítulo 2: El camino marianista

En la historia de la Iglesia se ha recibido siempre como un verdadero don del Señor la comprensión especial de alguno de los mensajes o misterios de Jesús. Así, en cierto modo, el conjunto del Evangelio se profundiza desde ángulos diversos. Determinadas escenas o palabras de Jesús hacen vibrar la fe y la caridad, y se transforman en la puerta para entrar a la totalidad de la propuesta que nos llega del Evangelio. Ese es el sentido de los itinerarios espirituales específicos. Las varias espiritualidades que han aparecido en la historia de la Iglesia no son más que aplicaciones particulares de la espiritualidad del Evangelio. La persona, o grupo, que las inician subrayan sin duda un aspecto de la espiritualidad evangélica que constituye el centro de la vida concreta, pero de hecho, si la espiritualidad es auténtica, ese centro privilegiado no es más que el foco para vivir la totalidad del Evangelio.

Cada fundador o fundadora ha recibido inspiración para ayudar a los miembros de su comunidad a seguir a Cristo, a vivir con plenitud la vida cristiana y a realizar un aspecto de la misión confiada a la Iglesia. Estos itinerarios, además de poner intensidad a nuestra vida cristiana, dan una originalidad a la misma, la orientan en una determinada dirección.

Todo camino específico hay que situarlo y entenderlo

- * desde una perspectiva bíblica,
- * desde una tradición espiritual, teológica y pastoral,
- * y desde la realidad cultural en la que se nace y en la que se vive.

Todos estos caminos son una lectura del Evangelio hecha en un lugar y en un tiempo, y con un determinado sesgo y desde una perspectiva concreta. Desde estas diversas realidades podemos comprender y describir el itinerario marianista propuesto por el Fundador en el siglo XIX en Francia.

Todo camino espiritual parte de la Biblia. Esta es también la fuente primera del camino marianista. Sólo poniéndose a la escucha de la Palabra podemos iniciar y continuar bien el camino marianista. De esa Palabra nos llega inspiración y gracia para responder a la llamada que, a través de la misma Escritura, nos hace el Padre. Por ello, algunos mensajes de la Biblia deben producir una especial resonancia en el marianista, ya que de ellos nacen las grandes convicciones que dan profundidad a su vida. De una manera más concreta, el marianista ora y crece en la oración con la Biblia en la mano. Por ello está invitado, y así lo hacemos en este libro, a ahondar en determinados pasajes de la Escritura para reavivar el don de Dios.

La contribución de los Fundadores ha sido decisiva a la hora de formular y de proponer este camino. Sus escritos y sus palabras, su testimonio y su intercesión nos permiten compartir su identidad carismática y vivir conducidos por el Espíritu.

La experiencia de un par de siglos de vigencia de este camino marianista le da variedad y riqueza. Los hombres y mujeres que lo han recorrido han ido creando una cierta tradición.

Para la formulación de este camino hay que tener muy en cuenta las aspiraciones y necesidades del hombre y de la mujer de nuestros días. Hay que acertar a responder con la espiritualidad marianista a esas necesidades.

Para identificar mejor este camino, se precisa responder a estas inquietudes:

- ¿Cuáles son los rasgos peculiares que constituyen la originalidad del camino marianista?
- ¿Cuál es su punto de partida?
- ¿Cuál es el punto de llegada, la meta, el objetivo que se da el cristiano que entra en ese camino y lo sigue hasta el final?
- ¿Cómo se presentan las etapas?
- ¿Cuáles son algunos principios o leyes que nos ofrece la experiencia de los que ya han hecho ese camino?
- ¿Con qué espíritu se recorre ese camino?

1. El punto de partida del camino marianista

¿Cómo se percibe la llamada a iniciar este camino marianista? En la espiritualidad marianista, como, por lo demás, en cualquier otro carisma, se trata de vivir el Evangelio o la novedad cristiana según algunas acentuaciones. En nuestro caso, la atención se centra en Jesús de Nazaret, hecho hijo de María para salvar a los hombres. Todo parte de un gran deseo y de una gran llamada: la llamada a vivir con Cristo, a llegar a «un mismo ser con Cristo», a ser un evangelizador y a tener un amor filial y comprometido a María. Con esta motivación se tiene el ánimo y la fuerza suficientes para comenzar el recorrido marianista.

Este deseo se expresa en una llamada que viene del Espíritu. Un día se escucha esa llamada, y después de escucharla y discernirla, cuando se comienza a responder, se inicia el camino. Se trata de una vocación, de un don y de una invitación que viene del Espíritu, a hombres y mujeres, a laicos y religiosos, a través de una comunidad o grupo de Iglesia, para que las personas que nos rodean se conviertan y lleguen a su plenitud en Dios. No se debe iniciar este camino si no ha habido llamada. Para responder bien y seguir esa llamada, hay que comenzar a caminar con espíritu nuevo, y quizás en dirección distinta de la seguida previamente. Todo camino supone conversión.

De forma práctica, hay que decir que un cristiano da el paso para iniciar este camino marianista, en una comunidad o grupo con el que se reúne para compartir la llamada recibida. La respuesta se transforma en un compromiso para que el Reino de Dios venga. Una persona puede leer un libro o escuchar una presentación sobre la espiritualidad marianista, y dar sola el primer paso. Con todo, la mayor parte de los marianistas entran en este camino participando en las reuniones y en la vida de una comunidad en la que la espiritualidad marianista es compartida y presentada a los demás.

Lo que mueve para vivir esta espiritualidad, el detonante para dar el primer paso y querer hacer un proceso, la puerta para entrar en esta aventura del espíritu es diversa según los casos. Estas son algunas de las experiencias que se convierten, para el marianista, en punto de partida de todo proceso de acercamiento a Jesucristo:

Una experiencia intensa de fe

Es decir, el vivir una determinada realidad que sólo se toca y se percibe desde la fe: la presencia del Señor en la propia vida, la acción misericordiosa del Señor con uno mismo, el descubrir que el Señor me habla a través de la Biblia, la acción salvífica con ocasión de la celebración de alguno de los sacramentos, el encuentro con un enfermo o excluido de nuestra sociedad. De una u otra forma, bien podemos decir que la intensidad de la fe es siempre una vuelta a la radicalidad del Evangelio.

La experiencia concreta de misión

Es decir, la experiencia de ser capaz de realizar algo significativo que ayude a cambiar las vidas de los otros. La participación en una tarea pastoral puede llevar a sentir la presencia y la acción del Señor.

La iniciación en el sistema de virtudes

Para sostener esa fe, se precisa el apoyo de una espiritualidad. La espiritualidad marianista es apostólica y anima la caridad pastoral.

Una rica experiencia de encuentro con María

María es don de Dios para la humanidad y para cada uno de los creyentes. María puede llegar a ser para un marianista una vocación dentro de la vocación cristiana. María nos llama, nos convoca, nos reúne y nos envía en misión.

2. El objetivo del camino marianista

¿De dónde a dónde nos lleva este camino cuando se entra en él con ganas de recorrerlo hasta el final? ¿Qué se pretende alcanzar cuando se inicia el proceso que nos propone la espiritualidad marianista?

El objetivo del camino marianista es la conformidad y la unión con Jesús en su misión de hacerse hombre y de redimir el mundo. El camino marianista tiene el mismo recorrido que el camino de Jesús; es un camino para vivir *con Jesús* y *como Jesús*, y también para vivir *de Jesús* y *para Jesús*; nos pone en condiciones para reproducir en cada uno de nosotros la imagen de Jesús; más aún, para ser movidos, estimulados y atraídos por él.

En María encontramos este objetivo encarnado y realizado. El Espíritu Santo la ha cubierto con su sombra y la ha hecho imagen fiel y memoria viva de Jesús. En

ella, como ella y con ella aprendemos de modo muy concreto a hacer este camino. El espíritu de María nos anima. Por ella nos llega gracia para iniciarlo y proseguirlo.

El camino marianista lleva:

De un centrarse en sí mismo a un centrar la propia vida en Cristo

Lo que le llega a interesar a un marianista es, sobre todo, Cristo. Cristo se transforma en camino, verdad y vida. El signo de que este paso se ha dado es el servicio generoso a los demás. La espiritualidad marianista lleva al necesario olvido de sí para poner la atención y el interés en Jesús y en los demás. En esta espiritualidad se presenta un proceso de preparación y de purificación que "consume" nuestro recorrido centrándonos en Jesús.

De las palabras y la teoría a la experiencia

Las palabras son muy importantes, pero hay que saber llegar, a partir de ellas, a la experiencia y al vivir cotidiano. La Palabra se hizo carne, y continúa inspirando y ayudando la encarnación y la puesta en obra de nuestras palabras. El camino marianista nos hace entrar en procesos y a transformar el diario vivir. Hay que "encarnar la Palabra".

De la fe a la caridad

La espiritualidad marianista nos lleva a una fe que actúa por la caridad y que se hace visible en el amor. La meta de esta transformación está en vivir la misericordia y descubrir la fecundidad que viene de la caridad. En la espiritualidad marianista se pone mucho énfasis en cultivar la fe y en crecer en la fe. En esa espiritualidad, cuando se madura, se vive para amar. La fe nos hace familia, y por ella vivimos animados por el espíritu de familia y por el amor. Esa es la «fe del corazón» de la que habla el Fundador y que nos capacita para amar lo que creemos. El dinamismo interno de la fe, tal como se presenta entre los marianistas, lleva necesariamente a los demás.

De la promoción humana a la acción evangelizadora

La espiritualidad marianista lleva a un anuncio espontáneo del Señor. Se vive para dar a conocer a Jesús y para hacerlo amar. Nos hace misioneros. Es importante ayudar a crecer en humanidad al ser humano, y, para ello, aprovechar cuantas ocasiones se ofrezcan para hablar de Jesús, comunicar su espíritu, hacerlo presente. La promoción humana que se logra por la educación o la ayuda social es importante, pero no podemos olvidar que se educa para formar en la fe. Para nosotros, la fe y la justicia están entrañablemente enlazadas por la misericordia, que es el mejor modo de testimoniar a Cristo Jesús al hombre y a la mujer de hoy.

Del proyecto a la realización

La espiritualidad marianista no nos deja mirando al pasado. Nos lleva hacia el futuro; a realizar una nueva andadura; a implicarnos en las nuevas luchas -*Nova bella*, que diría el Fundador-; a encontrar nuevas estrategias personales y comunitarias. Esta es la mejor manera de alimentar la esperanza y de comunicar entusiasmo misionero.

3. Las dimensiones de este camino

El camino marianista nos introduce en un proceso del que nos interesa conocer la meta, pero también las etapas y lo que podríamos llamar el centro o núcleo, el verdadero hilo conductor de todo este recorrido. Sabemos que este camino es algo existencial; tiene historia. No es una realidad ordenada y lineal. Es una historia en la que se entremezclan e interfieren continuamente las iniciativas imprevistas de Dios, la libertad de la persona humana y las circunstancias diversas de la vida. En ese camino hay ascética y hay mística. No es sólo para iniciados, sirve para todas las etapas de la vida espiritual.

El camino marianista es un proceso gradual. En él se avanza a través de crisis, estancamientos, retrocesos, crecimientos y progresos. La imagen que mejor refleja esta realidad es la espiral: al mismo tiempo que uno avanza, vuelve a encontrarse con las mismas experiencias de la etapa anterior, que hacen retroceder para retomar de nuevo el camino e ir hacia adelante y hacia arriba.

Por lo mismo, cuando en el camino marianista hablamos de etapas, no podemos olvidar que nos estamos refiriendo a aspectos o dimensiones de la vida cristiana que se cultivan de modo especial, se refuerzan, se afirman y siempre se trabajan. En un determinado momento se pondrá de relieve uno u otro, y ello de acuerdo con las necesidades o exigencias del proceso.

Algunos de los elementos de este camino los encontramos en el llamado "Método de virtudes". Varias de las enseñanzas del Fundador sobre el progreso en la vida espiritual están recogidas en torno a este método, que nos dispone a revestirnos del hombre nuevo con una vida plenamente motivada por la fe, la esperanza y la caridad, y orientada a Jesús.

Dimensión de iniciación

Esta etapa es de punto de partida, de llamada, de apertura a la acción del Espíritu y de docilidad a sus iluminaciones. Corresponde al tiempo de sembrar grandes deseos. En ella no puede faltar el entusiasmo y el idealismo del que se inicia y quiere llegar a la meta final sin olvidar las realizaciones concretas.

A ello ayuda la oración personal, el ejercicio de determinadas virtudes y los trabajos pastorales. Estos elementos suelen estar interrelacionados en la experiencia de la mayor parte de los marianistas. En esta misma experiencia, alguno de esos elementos suele cobrar un relieve especial y predominante. En este tiempo es muy importante una oración en la que uno busca, discierne, interpela a Dios, trata de interpretar los signos de los tiempos de la propia existencia y de la humanidad.

En esta etapa, además de saber de dónde se parte, importa conocer cómo es la persona que inicia este recorrido. ¿Quién es y cómo es? ¿Cuál es su pasado y su historia? ¿Hacia dónde apunta en el futuro? En otras palabras, se debe dar mucha importancia al conocimiento de sí, conseguido con la ayuda de las ciencias humanas y de la palabra del Señor. La meta no es otra que conocerme como Dios me conoce. El examen personal es una actividad indispensable. El ejercicio del discernimiento ayuda a poner la mirada fija en la realidad que nos rodea, y el oído atento al eco que produce en nosotros. Esto ya es, como veremos en la segunda parte, un modo de orar.

Este es también el momento de recordar algo importante en el camino de oración: orar con nuestro cuerpo. Lo conseguimos cuando nuestro cuerpo se une a nuestro espíritu en la alabanza, el perdón o la súplica que dirigimos al Señor. La oración marianista es la propia de un espíritu encarnado en un cuerpo. Por tanto, para tener nuestra comunicación con el Señor, se debe prestar atención a la respiración, la relajación, la postura, el lugar y el momento. Nuestro ritmo de vida y de trabajo influye en nuestra oración. Cuando oramos, sentimos el cuerpo y lo podemos escuchar, recibimos sus estímulos y sus llamadas. Juegan un papel importante en nuestro proceso de oración la preparación y ambientación de la misma, la duración y la conclusión. La oración es una realidad vital y, por supuesto, también corporal.

Sin embargo, a veces no estamos corporalmente dispuestos para orar. Cuando se trata de enfermedades físicas o de incomodidades, apenas podemos hacer otra cosa que cuidar mejor nuestra salud y aceptar nuestras limitaciones. Podemos, sin embargo, poner el máximo empeño en disponernos físicamente para una oración concentrada. El yoga que enseña los asana (posturas) no se comprende como una forma de gimnasia, sino como oración. Los monjes cristianos de oriente desarrollaron disciplinas semejantes en sus enseñanzas para centrarse en la oración (el Hesicasmo).

Dimensión de purificación

Esta dimensión y actitud se requiere para responder bien a la vocación, para lo cual se necesita conocer y superar los obstáculos, tanto interiores como exteriores, mediante la purificación de la mente y del corazón. Sólo así se llega a centrar la vida en Cristo. Se necesita también desarrollar las cualidades o actitudes que nos preparan para la responsabilidad y el servicio. Así se comienza a tener una sensibilidad especial para vivir determinados "misterios" de la vida de Cristo. Con Cristo morimos y por él resucitamos; con Cristo nos renovamos y nos abrimos a la nueva vida, que es una vida de fe, esperanza y caridad. Pasamos por la muerte, como el Señor, para resucitar a la nueva vida después de haber sido bautizados en su muerte. Vivimos en la tentación y la prueba. Descubrimos que para fructificar hay que ser podados como la vid (Jn 15,2) y hay que crecer en la oración.

Cuando se pasa por tiempos de purificación, se pone el acento en ser redimido y liberado, y también en ayudar a redimir y liberar a los demás; en recibir más que en dar; en ser probado para abrirse a la plena libertad y al amor. En tiempo de

purificación, cuando se ora, se experimentan también las limitaciones, la fatiga, la ausencia de determinadas consolaciones.

Si no acepta y asume la purificación, el creyente probablemente se quedará en la mediocridad durante toda su vida. Guillermo José Chaminade nos ha prevenido con insistencia contra este peligro. Con frecuencia se prefiere buscar otro camino, en lugar de superar las dificultades reales que están delante de nosotros. La espiritualidad, en determinados momentos, cuando quiere ayudar a dar un paso nuevo, "pone en crisis", es decir, produce cambios en el diario vivir. Esta espiritualidad asume, cada vez con más fuerza, los valores fundamentales, y en cierto modo los va resumiendo en el amor. Por este amor a sí mismo, a los demás y, sobre todo, al Señor, que brota en la oración, el marianista sale de sí mismo y se olvida de sí mismo. Toma el camino de la generosidad. Se inicia una oración de alabanza y de agradecimiento, sin que falte la oración penitencial. Esta dimensión corresponde, en el fondo, al momento en que se descubre el misterio de Jesús; a Jesús que, siendo el hombre para los demás, en el momento de la oración en el desierto y en Getsemaní se abre a la entrega definitiva.

Nuestros problemas con la oración tienen, a veces, menos que ver con la misma oración que con el estilo de vida que nos aleja de ella. Por ello es bueno reflexionar sobre los obstáculos que impiden o deterioran nuestra vida de oración. Citemos algunos ejemplos:

1. La oración será un momento vacío si la experiencia de la vida misma está vacía.

2. A menudo sentimos una tensión, más que una integración entre la oración y el trabajo. Las espiritualidades, tanto de Oriente como de Occidente, también reconocen la validez de la actividad como un acercamiento a Dios (espiritualidad apostólica, *karma yoga*), pero tiene que serlo desde una postura de coherencia personal y de sinceridad (a veces, invocar que "la vida ya es oración" no es sino una excusa para no encontrar tiempos de silencio y soledad).

3. La oración no puede darse si nuestras mentes están llenas de sensaciones, imágenes y lecturas superficiales. El Fundador consideraba fundamental al comienzo de la vida espiritual crear y enriquecer el silencio interior para llegar a escuchar la palabra verdadera. Nuestra espiritualidad tiene un verdadero tesoro en "los cinco silencios".

4. Existe un profundo vínculo entre la oración y el tiempo de sosiego (un paseo, el contacto con la naturaleza, un ejercicio de relajación...).

5. La adicción es un tema de importancia creciente en la vida actual: el trabajo, las relaciones, la comida, la bebida, el tabaco, el juego, el consumo, las compras... se convierten fácilmente en el objetivo de nuestro corazón, en vez del tesoro de la experiencia de Dios.

6. La meditación sobre la Escritura y la lectura espiritual no parecen ser temas prioritarios en la vida de muchos de nosotros. Sin embargo, vemos que creyentes de otras religiones son mucho más exigentes en la utilización de estos medios.

Dimensión de consumación y plenitud

Esta realidad se vive cuando se pasa por la experiencia de permitir a Cristo que viva plenamente en nosotros y nos revestimos de él. Vivimos con él, y

nuestra vida es una vida nueva, como la de Cristo resucitado. Sigue habiendo muerte, y una muerte que toca lo más profundo de nuestro ser y desde ella resucitamos. Cristo habla y nosotros escuchamos; la oración es la disposición de apertura y de disponibilidad que permite que el Señor actúe y haga su obra en nosotros, y que su Espíritu nos inspire, nos ilumine y nos dé fuerza.

Si se crece en la experiencia de purificación y se superan las actitudes egoístas, se llega a una disposición tal que uno puede gozar de los frutos del Espíritu Santo en nosotros, presentes en nuestra vida y en nuestro trabajo. Se entra en una nueva etapa. En ella se vive de la fe y del amor. Se ama sirviendo y se sirve amando. El contacto con Cristo resucitado abre al amor y a poner amor en todo. Los misterios de Jesús y los de la existencia de cada uno de nosotros se encuentran y se entrelazan. La oración y la participación comunitaria en la misión nos ayudan a ahondar en esta experiencia. Este paso pide una oración de presencia, orientada a alcanzar amor, y, sobre todo, una oración contemplativa.

4. El núcleo o hilo conductor de este camino

El núcleo es Cristo Jesús, hijo de Dios, hecho hijo de María para la salvación de los hombres. En torno a él se reúnen las personas que entran por el camino de la espiritualidad marianista. En él se encuentran la llamada y la respuesta. De él vienen la decisión para comenzar a andar y la fidelidad para llegar a la meta. Él nos da la fuerza para recorrer las diferentes etapas y alcanzar la meta final. Mejor aún, él es la llamada y la meta, la fuerza y la luz para hacer bien la andadura.

En Cristo, el marianista consigue unificar la fe y la entrega evangelizadora, la intensa devoción a María y la vida comunitaria, elementos centrales del carisma y de la espiritualidad marianista. Con él y por él se integran vida espiritual, vida personal, vida social, tareas, sufrimientos, la obra del Espíritu realizada por medio de nosotros y en nosotros, y la experiencia de colaboración personal y de inagotable entrega a servir a los demás. Cristo no está sólo en la meta, y la meta no es sólo la conformidad con él. Cristo acompaña y guía.

María no es el centro pero está en el centro. Desde ahí nos centra en Cristo y nos lleva a él. Nos muestra a Jesús, fruto bendito de su vientre, y nos introduce en su misterio y en sus misterios. Nos forma en su seno materno a la imagen de su Hijo primogénito, el primero entre muchos hermanos. Con Pablo VI podemos decir que la devoción a María, sobre todo para los marianistas, es «un elemento calificador» e «intrínseco» de nuestra vida cristiana. El marianista llega a descubrir que en María todo está referido a Cristo, y todo depende de él (Mc 25) y, por tanto, lleva a él. Cuando quiere dar un paso más de fidelidad a Cristo, el marianista mira a María, a la que ve como alguien que es toda de Cristo y está dedicada totalmente al servicio de los hombres y mujeres de nuestros días.

Por María nos llega el espíritu de Jesús. Así podemos hacer las mismas opciones y realizar las mismas acciones de Cristo. Esa es nuestra misión. Seguimos a Cristo, que se quiso encarnar y acercar a las personas; que vivió con un grupo su entrega a la misión recibida; y que asumió su condición de hijo de María.

5. Algunos elementos de una pedagogía espiritual marianista

En toda experiencia espiritual se necesita siempre un acompañante para que haya verdaderos discípulos de Jesús. Esa experiencia no se puede hacer en solitario, ni el maestro se puede limitar a ofrecer teorías abstractas. Sabe que trata con personas; dialoga con hombres y mujeres que necesitan ayuda. En esta interacción, poco a poco se va haciendo una tradición; en otras palabras, se crea una verdadera escuela. La influencia de los maestros llega a través de testimonios y palabras, por medio de los cuales se ofrecen criterios y orientaciones para avanzar en la vida en el Espíritu.

En esta pedagogía marianista hay algunos elementos que son fundamentales. Marcan el espíritu con el que se vive la espiritualidad y se identifican con los criterios que orientan el proceso de oración.

Es una pedagogía en la libertad

La libertad es condición indispensable para cualquier paso en la vida del Espíritu. Somos libres para alguien y para algo, y sin ser libres es muy pobre nuestro amor y nuestra fe. Nada se construye en el orden de la gracia si se construye sobre la negación, el rechazo, el miedo o la simple renuncia. La verdadera liberación no pasa por rechazar lo que uno es, sino por aceptar lo que nos abre al amor y la comunión. La lucha por la libertad no se lleva a cabo por ejercicios de voluntarismo, sino bajo el signo del Espíritu Santo. Este Espíritu se caracteriza por aunar en sí la fuerza y la suavidad, el vigor y la ternura, la ley y la gracia. Por eso mismo podemos juntar, por una parte, la aceptación de lo que nos toca vivir, y, por otra, la superación de la realidad en la que estamos inmersos.

Desde el momento en que uno ha tomado conciencia de que se acepta a sí mismo, desde ese mismo momento ha salido de sí. En ese momento se hace realidad la orientación tan querida de los marianistas: la verdad nos hace libres (Jn 8,32); y la libertad nos permite amar en verdad. Estamos invitados a disfrutar de la libertad que nos da el amor. Esta es una respuesta de fe, que se madura en la oración. El contacto con el Señor es lo que nos hace libres. Cuando ese contacto es real, nos regala el Señor el don de la libertad, que es el mejor don que el Señor puede hacerle al hombre. Un don que no debe infundirnos temor, ya que conlleva la fuerza y la suavidad del Espíritu.

Es una pedagogía evolutiva

En ella se tiene en cuenta el tiempo: se necesita tiempo para crecer y madurar. El Espíritu Santo no tiene plazos, pero el hombre que está implicado en el proceso sí los tiene. La gradualidad es la forma de crecer del creyente, que poco a poco llega a entrar en los planes del Señor.

En esta evolución hay que recordar que «todos murieron sin haber conseguido el objeto de las promesas» (Hb 11,13). No alcanzaron a verlas cumplidas, al menos en su plenitud. Se esforzaron por fijar los ojos en Jesús, en la meta; en el que soportó la cruz (Hb 12,2). No se contentaron con hacer generosa profesión

de fe cristiana. Trataron de vivir lo mejor posible las exigencias del Evangelio; buscaron trabajar sin descanso por instaurar en el mundo los valores del Reino.

Esta pedagogía pide saber convertir la espiritualidad marianista, y por tanto la oración, en proceso y no sólo en meta. Se parte de un lugar y en un momento, y desde ahí se llega a una meta. «En aquellos días, el Señor dijo a Abrahán: "Sal de tu tierra y de la casa de tu padre hacia la tierra que yo te mostraré [...]. Te bendeciré". Abrahán marchó, como había dicho el Señor» (Gn 12,1-4).

Es una pedagogía que cultiva la virtud, o dinamismo interior

Para sostener y promover una espiritualidad vigorosa, se precisa redescubrir y profundizar el sentido de la virtud. La virtud es fuerza y es don; es un modo de encauzar hacia el bien el dinamismo moral y religioso que tenemos; es esfuerzo al que pueden acompañar la satisfacción y el gozo. Los dones del Señor son permanentes, y nuestro empeño por recibir esos dones y compartirlos tiene que ser constante. La virtud estructura la espiritualidad, y en ella pone consistencia y alegría para hacer el bien con generosidad. Por la virtud, el empeño espiritual dura y se superan las circunstancias adversas.

Es una pedagogía de la acogida del don y del compartir el don

La llamada inicial es un don, y la fidelidad a la oración también. Un don que se recibe y se acoge como algo que llega gratuitamente. La mejor manera de multiplicarlo y hacerlo crecer es darlo. La fe, el amor y la esperanza, cuanto más se dan más se tienen; cuando se comparten se multiplican. Cuando se guardan para sí mismo, se pierden y pierden su sentido. La solidaridad unida a la generosidad son indispensables en nuestra vida.

Es una pedagogía de la integración y de la comunión

El camino marianista comienza en una persona humana. La persona humana es creada por Dios para alabar y servir al Señor y para vivir en comunión con los demás. Desde ahí accedemos al misterio de Dios a través de la humanidad y del misterio de Jesucristo, y a la comunión con los seres humanos y con el cosmos. A la luz de la fe se puede vivir en Jesús la unidad del misterio de Dios que se hace presente en Jesucristo.

Esta pedagogía toma al hombre como un todo. El hombre, cuerpo y espíritu, es capacidad de conocer, de amar y de poner por obra. La calidad de su dinamismo le pide juntar la oración con el estudio, la reflexión y la oración con la actividad de cada día, el examen con la vida; supone amar lo que se cree y se conoce.

En el camino marianista es muy importante mostrar la unidad del recorrido y la interdependencia de los elementos, y, sobre todo, el verdadero centro o núcleo del conjunto. También es importante señalar el hilo conductor que lo une todo y por el que pasa la gracia, que se transforma en fuerza y luz para caminar. En el misterio de Cristo hay misterios y tiempos que respetar. No se puede vivir todo al mismo tiempo, como no se puede hacer cuaresma en navidad. Pero hay una

pascua que nos espera y una compañía ininterrumpida que nos conduce a vivir del amor. La pascua es Cristo resucitado.

Por lo mismo, en esta andadura todo debe estar íntimamente trabado. Debe ser como el despliegue progresivo del único misterio de Cristo. A su vez, en cada momento y en cada dimensión y período debe estar presente el conjunto del camino. Lo que se debe escuchar al final es la música del camino marianista: ir de la encarnación a la resurrección pasando por la cruz, para terminar en la efusión del Espíritu; partir de la iniciación, asumir la purificación y llegar a la plenitud del amor. Eso es lo que nos muestran también la persona y el misterio de María. Ella es para nosotros el ejemplo de esta dinámica.

El marianista que ora tiene necesidad de volver constantemente a la experiencia fundante de su fe y de su vocación marianista, y a su espiritualidad. La renovación diaria de la consagración mariana le lleva a una adhesión filial y fraterna con todos; en esa consagración revive la gracia del bautismo, y lo hace con el espíritu de María. La oración nos da una fuerte conciencia de la presencia y de la acción del Dios en nuestra vida; por la oración se toma conciencia de que la realidad está preñada de Dios. Se trata de caer en la cuenta de esta realidad, y de descubrirla en su hondura y verla como un lugar de ese encuentro con Dios. Profundizar en la oración el misterio de la encarnación en compañía de María nos permite hacer ese descubrimiento. Eso nos recuerda la parábola del pez joven:

- Usted perdone -le dijo un pez a otro-. Usted es más viejo que yo y tiene más experiencia, por lo que probablemente podrá ayudarme.

- Dígame.

- ¿Dónde puedo encontrar eso que llaman océano? He estado buscándolo por todas partes pero sin resultado.

- El océano -respondió el pez grande- es donde estás ahora mismo.

- ¿Esto? ¡Pero si esto no es más que agua! Lo que yo busco es el océano -replicó el pez joven totalmente desilusionado, mientras se marchaba nadando a buscar en otra parte.

En la espiritualidad marianista es importante tomar conciencia de la presencia del Señor en todo lo que acontece, y dejarnos inundar de gozo con este hallazgo; es indispensable un talante místico para ver a Dios en todo. Ahí nos quiere llevar esta espiritualidad. Entonces lo humano se convierte en lugar de culto y en lugar sagrado por excelencia. Esta experiencia repetida de cómo Dios nos cuida hace brotar una confianza básica en el amor y en la ternura del Señor y de María, y esto es la fuente de nuestra felicidad. Así la vida se va integrando y encauzando en el texto de Miqueas: «Respetar el derecho, amar la misericordia y caminar humildemente con tu Dios» (Miq 6,8), que con nosotros está.

Capítulo 3: La oración marianista

Cada espiritualidad hace su especial propuesta sobre el modo de entrar en contacto con Dios, de estar en el mundo y de relacionarse consigo mismo y con los demás. La oración es fundamental en el modo de dar estos pasos. Para asimilar, desarrollar y transmitir una espiritualidad, se necesitan grandes orantes. La calidad de nuestra oración manifiesta la calidad de nuestra espiritualidad. Nuestros Fundadores son reiterativos al hablar de la importancia de la oración: Guillermo José Chaminade nos recuerda repetidamente que los marianistas nos mantendremos firmes en la fe y creceremos en el amor, por la oración. Adela, desde muy joven descubre el valor de la oración, y en ella a Jesucristo como su amigo y Señor. La oración nos hace marianistas, ya que es un medio privilegiado para el contacto auténtico con el carisma.

Pero, a su vez, la espiritualidad marianista marca nuestra oración. Oramos como lo que somos: como cristianos marianistas. Si nuestro modo de proceder pastoral evidencia nuestra identidad y nuestras capacidades, la oración lo hace de un modo más explícito. Ella nos da el aire de familia. El espíritu de nuestra espiritualidad pasa a nosotros, sobre todo, por la oración, que se transforma en expresión de fe. Nuestra espiritualidad nos motiva para orar y para orar de una determinada manera. La oración es parte primordial del camino espiritual marianista.

En la Familia marianista existe una tradición de oración. En ella se enseña y se aprende a orar, y se enriquece y se progresa en la oración. Está constituida por un grupo de creyentes y de orantes. Existe entre nosotros una tradición viva de oración. Ha habido y hay maestros de oración; se cuidan los lugares de oración y se hacen propuestas de caminos de oración. En una palabra, hay una vida de oración que se puede identificar y que se debe cuidar y compartir, ya que es el corazón de nuestra mejor tradición marianista.

Los marianistas colocamos en el origen de esta tradición de oración a Jesús orante y a María, ya que ellos nos inspiran y acompañan en nuestro camino personal y comunitario de oración. Para nosotros es importante saber cómo rezaban ellos, qué rezaban, por qué lo hacían. Nuestra oración es una prolongación de la suya. Somos Iglesia de un modo significativo cuando nos juntamos con María a orar para que el Espíritu del Señor sea derramado sobre el mundo.

Es también una prolongación de la oración del Padre Chaminade y de Madre Adela. Tenemos que ser fieles a la tradición que hemos recibido de nuestros Fundadores y de los marianistas del pasado. Se necesita situar esa tradición en el pasado marianista, y, desde el presente, proyectarla hacia el futuro. Se necesita también recoger la experiencia de nuestros días y compartirla. Es lo que pretendemos hacer.

En la iniciación en la oración es importante que se responda a estas preguntas:

- * ¿Por qué ora el marianista?
- * ¿Cómo es la oración del marianista?

1. Los motivos de nuestra oración

Oramos «para que Jesús llegue a ser el centro de nuestras vidas. [Y así] dedicamos generosamente una buena parte de cada día a la práctica de la oración» (RVSM, 48).

«La oración, corazón de nuestra vida [...], nos permite penetrar en la intimidad de Jesucristo y acoger su amor al Padre y a los hombres» (RVFMI, I,52).

Oramos porque necesitamos entrar en comunión con Jesucristo y el Evangelio, al descubrir, cultivar y difundir el carisma marianista. «Cuanto más se dedica el religioso al ejercicio de la oración, tanto más se acerca a su fin, que es la conformidad con Jesucristo [...]. La oración mental es la fuente común y única de todas las virtudes» (Constituciones de 1939, art. 34). «Cuanto más nos dedicamos a la oración, tanto más nos acercamos a nuestro fin: la conformidad con Jesucristo» (RVFMI, I,61). «Para ser sinceros, generosos y fieles a nuestra misión, nos es esencial ser hombres y mujeres fuertes en la fe, seguros en la esperanza y constantes en el amor. Buscamos esta fuerza en la oración» (Comunidades Laicas Marianistas, Declaración de Llíria 3,2).

Como vemos, las Reglas de Vida de las religiosas y de los religiosos marianistas y los documentos de las CLM piden generosidad en nuestra entrega a la oración.

También crecemos en la identidad carismática, en la fidelidad a la oración. Por la oración llegamos a lo que estamos llamados a ser. Para el marianista, la oración es una necesidad y no tanto una obligación (1 Tes 5,17). Sin embargo, cuesta orar. Es bueno saber que la oración no siempre brota espontáneamente del interior. Hasta el cristiano más fervoroso puede experimentar aburrimiento y desinterés. En la vida moderna, que nos sumerge en la acción, la imagen y el ruido, nos resulta difícil hacer el esfuerzo de concentración que nos pide la oración. Por lo tanto, podemos afirmar que es preciso que la espiritualidad de hoy, reavivada con el contacto de la revelación bíblica, se inserte plenamente en la vida actual, se arraigue en la antropología y se exprese con las grandes intuiciones de nuestra época. En nuestros días, una de las realidades que se cuestionan es la oración. Sin embargo, podemos afirmar que es posible, y vale la pena, orar en el contexto cultural y social actual.

Por la oración, el marianista se mantiene fiel a la vocación recibida y a la misión que de esa vocación se deriva. Por ello no puede pasarse sin orar. La oración, se nos ha recordado, es tan importante como la respiración. En consecuencia, todo lo que dificulte o imposibilite a un marianista orar es incompatible con su vocación. El Padre Chaminade era claro en este aspecto: «Todo empleo que pusiese a un Hermano en la imposibilidad de hacer oración será incompatible con la santidad del estado que ha abrazado» (Constituciones SM, 1891, art 99). La oración le renueva, le recrea y le dispone a colaborar con la acción de salvación que el Señor continúa realizando en el mundo.

Nuestra espiritualidad, como todo carisma por lo demás, tiene una clara dimensión mística y teologal, que se profundiza y asimila con una vida de oración sostenida. Al Padre Chaminade le gustaba repetir que sin la oración dejábamos de tener contacto con la fuente de la que nos viene nuestra fuerza, y con el fin al que aspiramos, que es el bien supremo al que tendemos: Dios. Para el Fundador,

la fidelidad a la oración viene motivada por la fidelidad al don recibido de Dios. Cuando esto ocurre, se llega a ser perfecto discípulo de Cristo como lo fue María.

Reavivamos esta necesidad porque:

* Queremos saciar nuestra ansia de ver, amar, adorar y estar con Dios, nuestro Padre; de vivir en su presencia y movidos por su acción (Chaminade, *Escritos de Dirección*, II, 190 ; y *Método de oración sobre el Símbolo*. En *El Espíritu que nos dio el ser*, nn. 511-517, pp. 294 ss). Queremos satisfacer la «sed de lo absoluto», la sed de Dios, y ahondar la dimensión teológica de su vida.

* Queremos conformarnos con Jesucristo. Para ello precisamos contemplar detenidamente las actitudes, palabras y acciones de Jesús, y asumirlas.

* Queremos vivir bajo el dominio del Espíritu y discernir los movimientos del mismo en su vida. Orar es ser movido por el Espíritu del Señor y aprender a ver cómo está a la obra en la realidad cotidiana. «De la oración brota la vitalidad de nuestra fe, que transforma nuestra mirada sobre las personas y los acontecimientos» (RVFMI, I,52).

* Queremos ser fieles al carisma y a la vocación marianista. «Para ser fieles a nuestra vocación marianista y crecer en la vida de la fe, dedicamos una hora diaria a la meditación» (RVSM, 55).

* Queremos profundizar la vida comunitaria, y sabemos que la comunidad se constituye a partir de la oración y, sobre todo, de la celebración de la eucaristía (RVSM, 50; RVFMI, I,55) y del sacramento de la reconciliación. Nada como la oración auténtica genera alegría, gratitud fraterna, unión de corazones y apoyo recíproco en el camino de la fe. Al estar juntos se experimenta la necesidad de rezar, y cuando se reza se incrementa la comunión entre los miembros de la comunidad.

* Queremos reavivar la llamada a la misión, y para ello se precisa orar para descubrir los signos de los tiempos y responder a sus exigencias: «La oración nos vivifica para la misión» (RVFMI, I,52).

2. Algunas características de nuestra oración

El Padre Chaminade tenía conciencia viva de la originalidad de su obra y del carisma recibido del Señor. Por ello oraba y enseñaba a orar de acuerdo con ese don de Dios, con nuestro carisma y nuestra espiritualidad.

La oración será abundante y frecuente, cercana al ritmo de nuestra vida e inspirada en María. De ello encontramos estímulo y ejemplo en el propio Padre Chaminade. «Jamás le vi perdiendo no digo un día, sino ni siquiera una hora de su tiempo en algo que no tuviera que ver con Dios o con la conducción de las personas por los caminos del Señor. Desafío a quien quiera a que me presente un escrito, una carta, un informe, una instrucción, un ejemplo o un consejo suyos

que no lleven a la piedad; no hay otra forma de definir a este hombre sino llamándole hombre de Dios» (Testimonio del Padre Lalanne, recogido por José Simler en *Guillaume-Joseph Chaminade*, pp. 771-772).

Por ello la oración del marianista se caracteriza por ser:

a. Una oración centrada en Jesús y en su Palabra, es decir, una oración de fe

La oración nos arraiga en la fe. Podemos estar seguros de que cuanto más se afirman y extienden las raíces -la fe-, más vigoroso será el árbol (Chaminade, "Segunda conferencia a las Hijas de María Inmaculada, sobre la fe", *Escritos de oración*, 261).

b. Una oración mariana

Nuestra oración se inicia con María y se realiza en su compañía y bajo su inspiración. Ello supone orar como María, orar con María, orar a María.

Orar como María

María nos acompaña en nuestro camino de oración. Este camino está señalado por las diferentes actitudes que María tuvo ante la Palabra. María la escuchó, la meditó, respondió a lo que esa Palabra le pedía; la encarnó, la dio a luz, la proclamó, la siguió. Estas actitudes de María inspiran nuestra oración.

Orar con María

Al orar, renovamos nuestra fe en Dios, en la presencia maternal de María. María está con nosotros al suplicar y al agradecer, al pedir perdón y en la alabanza al Padre. Esta presencia reaviva nuestra esperanza y nuestro amor, y nos lleva a vivir el Evangelio como lo vivió María. María está en la oración y en la vida ordinaria: «Me es imposible hacer oración sin María. Unámonos, pues, a ella en la meditación, y roguémosle que nos haga conocer a su Hijo» (Chaminade, *Escritos marianos*, II, n. 736).

Orar a María

El "A tu amparo", una de las oraciones más antiguas de la Iglesia dirigidas a María, nos sitúa de un modo muy claro en esta actitud de intercesión confiada en María. La oración mariana es uno de los temas frecuentes de nuestro Fundador. A ella invita con convicción y con mucha precisión: «Si los sueños de la naturaleza y de los sentidos oscurecen los resplandores de la fe, si la concupiscencia se exagera, si el gusto por las cosas espirituales se debilita, si el Pan de la vida, las prácticas piadosas y los ejercicios religiosos producen hastío, si sopla el viento de la tribulación, si la desgracia derrama su amarga copa, María está siempre ahí velando con solicitud, haciéndose toda a todos y ayudando con diversos auxilios según las necesidades de cada uno. María enriquece al pobre, protege al tímido, desarma al furioso, toca el corazón del ingrato y no abandona a nadie. Es verdad que la virtud le complace extraordinariamente, pero también el pecador encuentra en ella protección y refugio» (Chaminade, *Breve tratado del*

conocimiento de María, cap. 6, en *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 108, n. 496).

c. Una oración comunitaria

La imagen que inspira la oración marianista es la de María rodeada de los apóstoles, que permanecen en oración y esperan juntos la efusión del Espíritu del Señor. El marianista reza bien, sobre todo en comunidad. La oración para él, aún en el encuentro más íntimo posible, más personal, no es un hecho aislado, un acontecimiento individual. Pertenece al bien de la comunidad y de la Iglesia. Es una riqueza comunitaria compartida. De hecho, en la corriente espiritual actual marianista, la oración es cada vez más una realidad compartida y comunitaria. Esta oración comunitaria pide: orar como comunidad, orar con la comunidad, orar por la comunidad.

Orar como comunidad

Toda comunidad marianista tiene momento para trabajar, programar sus actividades, dialogar... También los tiene para reunirse y constituirse en una comunidad orante formada por personas que interceden. La oración es para ella la fuente de su vida fraterna y de su generosidad para la entrega a la misión compartida.

Orar con la comunidad

Estimula orar con un grupo de hermanos y hermanas. A su vez, la imagen de una comunidad reunida en oración es un testimonio que mueve a la fe; invita a entrar en oración. María también supo permanecer en oración con la comunidad de los apóstoles para que el Espíritu llenase la tierra.

Orar por la comunidad

Cada uno de los miembros de una comunidad marianista es invitado a orar por todos sus integrantes y por las necesidades de la comunidad en su conjunto. Pide la gracia de llegar a tener un solo corazón y una sola alma, a ejemplo de la primera comunidad de Jerusalén.

d. Una oración interior

El marianista vive con mucha interioridad su oración; deja que desde el corazón se contemple el mundo, la vida personal, las relaciones interpersonales. El Espíritu del Señor que ora en nosotros hace que nuestra oración salga de nuestro corazón, dónde él derrama el amor, principal fruto de la misma.

e. Una oración abierta al mundo que nos rodea

Rezamos desde la vida. Sólo orando se ve bien el mundo, y sólo desde el mundo se puede orar al Padre en Espíritu y en verdad. Nuestra espiritualidad, centrada en el misterio de la encarnación, y nuestra cercanía a María nos ayudan a orar desde la realidad cotidiana. Estamos más habituados a pensar y a sentir que la vida va por un lado y la oración por otro; incluso, a concluir que la vida hay

que dejarla aparte cuando vamos a la oración, o que la vida es causa de "distracciones" o dificultades en la oración... Sin embargo, hay que llevar la vida al encuentro con Dios, y hay que dejar que Dios nos lleve a la vida. «Para un cristiano, todo puede y debería convertirse en oración. Hagamos todo por Dios, mi querida amiga, y entonces todo se volverá oración» (Adela de Tranquelléon, *Cartas*, n. 277, a Águeda Diché).

Conclusión de la primera parte: El por qué de una propuesta

No hay duda de que existe una interacción entre el itinerario bíblico de oración y el itinerario que los marianistas han seguido y se han propuesto recorrer. Sin embargo, no todos descubrimos o establecemos debidamente esta interrelación enriquecedora. La Biblia nos acerca, en su testimonio de la revelación encarnada en la vida del Pueblo, a una experiencia del misterio de Dios. Algo parecido, salvando las distancias, intenta hacer la espiritualidad marianista, porque el Espíritu de Dios ha seguido hablando en la historia de la Iglesia y en nuestra pequeña historia familiar. El misterio de Dios Padre deja su propia impronta en los marianistas, y sobre todo en su oración. Para admirarlo y descubrirlo, hay que acertar a leer y asumir la Escritura con los ojos del marianista. En la Biblia se encuentran los textos que permiten desarrollar de un modo vivo y adaptado a cada cual lo que, a primera vista, puede parecer un esquema abstracto en el camino marianista. Este encuentro entre la Palabra y la vida se realiza en la oración. Al orar, nos capacitamos para llevar audacia y lucidez al vivir diario; al mismo tiempo, la calidad de nuestra acción es la piedra de toque de la cercanía al Señor.

A su vez, este camino es un medio para evitar perderse en el conjunto de la Escritura, y para atenerse a lo esencial de la misma y ahondar en aquello que está más en sintonía con el espíritu marianista. A través de este espíritu se vive de una manera compendiada el misterio total, desde la visión concreta que el marianista tiene de Cristo y del Reino. Cada palabra tiene su sentido, y cada paso conduce a iniciar una nueva etapa. El itinerario espiritual marianista nos centra, a su modo, en lo esencial de toda vida cristiana.

En todo camino hay un caminante misterioso que nos rebasa: el Espíritu Santo. Por su fuerza nos hacemos testigos (Hch 1, 6-8). Por eso, nuestra acción en esa situación será tanto más acertada cuanto mejor asumamos el ser movidos por la acción de ese mismo Espíritu. Para nosotros también cuenta la presencia misteriosa de María. Con ella nos llega su espíritu de verdad, de amor y de libertad.

SEGUNDA PARTE

UN CAMINO MARIANISTA DE ORACIÓN

Introducción: Visión de conjunto y orientaciones para el camino

Para poder usar bien esta segunda parte del libro y hacer de él un instrumento válido que acompañe en el camino de la fe, es importante decir unas palabras sobre la estructura general y el significado del camino.

En la primera parte se presentó el camino de un modo general. En esta segunda se propondrán los pasos a dar, y se señalará el modo de situarse y vivir cada etapa del camino. Es lo que haremos en esta introducción.

1. Significado y estructura global

Camino cristiano e itinerario marianista aparecen estrechamente relacionados a lo largo de todo el proceso descrito. La misma oración, siendo como es un elemento fundamental en la vida espiritual, forma parte de un conjunto más amplio, que podemos llamar "un camino de fe, de esperanza y de amor", un camino teologal. Desde esta perspectiva vemos la vida cristiana como un itinerario progresivo.

* El misterio de Dios Trinidad, como Comunión de Amor, es presentado como principio estructurador, la fuente y el hilo conductor de todo el proceso que se presenta en el capítulo siguiente. De este modo se ha querido subrayar que el camino espiritual surge de Dios Padre y de su Plan de Salvación, y nos conduce a él. Por eso la Iglesia es comunión, y todo itinerario espiritual se orienta a crecer en comunión por la oración, y a trabajar por la comunión logrando una sociedad más solidaria y una Iglesia más dialogal y participativa. La comunión es el signo claro de que el Reino de Dios ha llegado.

* La Historia de Salvación, tal como la van describiendo la Sagrada Escritura y la propia historia eclesial, nos ofrece el marco en el que se sitúa y se comprende el Camino de fe y de oración de los creyentes. Por eso el itinerario descrito se sirve también de este gran proceso que abarca Creación, Esclavitud (pecado), Liberación (redención), Re-nacimiento y expansión (resurrección y pentecostés) y Consumación (plenitud final futura).

PRIMERA SECCIÓN: EL PLAN DEL PADRE

Presenta el Itinerario desde la perspectiva fundante de toda vocación.

1. Escuchar la llamada

Es el punto de partida. Nos hace encontrar a Dios como amor que se da y se manifiesta en la Palabra. Lo descubro en una vocación personal que recibo y agradezco. La oración es un lugar especial de este descubrimiento.

2. Poniéndonos en camino

Es la segunda etapa. Subraya la dimensión de respuesta que tiene toda vocación cristiana. Dios es gracia, pero sale al encuentro de nuestra libertad. «El que te creó sin ti no te salvará sin ti». Requiere tu respuesta; pide que te pongas en camino.

SEGUNDA SECCIÓN: LA MISIÓN DEL HIJO

En la primera parte nos habíamos situado en el origen del camino. En ésta se nos muestra el centro y el núcleo del mismo, que no es otro que Jesucristo.

3. Para ser como Jesús

Presenta la figura de Jesucristo, que debe ser conocido, amado y seguido con el fin de identificarnos con él. Como discípulos, nos ponemos a la escucha del Maestro y avanzamos en el camino de su seguimiento. Aprender a ser discípulos que en comunidad reciben una misión, y se deciden y comprometen a ser apóstoles.

4. Con la comunidad

Corresponde a la etapa cuarta. Aborda la realidad y misterio de la Iglesia, que surge del primitivo grupo de discípulos de Jesús, y que continúa viva en el Pueblo de los creyentes, en cada comunidad de fe y de la cual formamos parte.

5. Haciendo lo que él nos diga

Así llegamos a la etapa quinta. Presenta el carácter de envío o misión que tiene necesariamente el camino de fe. La misión surge de la persona y de la misma palabra de Cristo, y se vive en continuidad con él ya que es una «misión permanente».

TERCERA SECCIÓN: EL ESPÍRITU Y SU ACCIÓN

En esta parte se plantea cómo el camino espiritual está guiado e impulsado precisamente por el Espíritu de Dios.

Por una parte, la Iglesia vive y se extiende en la historia, habitada y animada por el amor del Padre y de Cristo. Esta animación la hemos ido viviendo e identificando en las dos partes anteriores, porque el Espíritu es quien posibilita la escucha, la respuesta a Dios y la conformidad con Jesucristo, vivida en comunidad, desde donde partimos en misión.

Por otra parte, el Espíritu es multiforme en su acción, repartiendo dones o carismas que, en su diversidad, enriquecen a la propia Iglesia. La Familia marianista se sabe fruto de un carisma particular dentro de la Familia eclesial. Nuestra vocación es una llamada a vivir de la fe. Por el don de la fe, María se abrió plenamente a la misión que el Padre le confió en su plan de salvación. En este camino de oración descubrimos que nuestra vocación es una alianza de misión con María, abriéndonos cada día a lo que el Espíritu suscita en la Iglesia y en el mundo.

6. Vivir de la fe

Es la sexta etapa, y se refiere al primero de estos núcleos del carisma. Queremos entender nuestra vida fundamentados en el Señor. A la vez, queremos formar en la fe y ser fermento de comunidades de fe.

7. Con María

Es la última etapa. Presenta la figura de María como don del Señor a su Iglesia, icono de camino de fe de los discípulos; y para nosotros, lugar de gracia desde donde leemos y vivimos el Evangelio de Jesucristo. María participó con toda su alma en la obra de su Hijo, y está activamente presente en la historia de salvación de cada uno de nosotros.

2. Guía práctica para orientarse y utilizar el libro

Repetimos una vez más que este libro no pretende tanto ser "leído", como personalizado y utilizado para la vida y la oración. Su originalidad está no sólo en la propuesta que ofrecemos, en la disposición de los materiales o en la relectura que hacemos de la Palabra y de los núcleos de nuestra espiritualidad: lo original está en la aplicación que cada uno hace de esta obra, en el camino personal o comunitario que puede suscitar al orientar la oración, el discernimiento, las lecturas, la formación, la vida.

¿Qué es lo que se va a encontrar en cada capítulo? En este camino de fe, más que de etapas habría que hablar de dimensiones, momentos o realidades diferentes y complementarias entre sí. Aunque en algunos momentos se descubra una progresión (por ejemplo en la primera parte, en la que debe haber una escucha para que se dé una respuesta) en otros (en las otras dos partes), todo puede suceder con una cierta simultaneidad. No puedo "escalonar" mi conocimiento y seguimiento de Jesús con la vivencia de la comunidad o mi implicación evangelizadora. A su vez, la parte tercera no es "última" en la vivencia, ya que la fe y la función maternal de María son los dones del Espíritu que impulsan el seguimiento de Jesús y animan todo nuestro proceso.

Por eso, la palabra "etapa" hay que entenderla en un sentido metodológico. Vamos siguiendo unos pasos al leer, orar y vivir según este libro. También la entendemos en un sentido personalizador. Estas dimensiones se entienden desde el camino de fe de cada uno. En cada uno tienen una resonancia diversa, pero no conviene que ninguna de ellas esté ausente del proceso de todo marianista.

A continuación se presenta el sentido y la metodología de cada uno de los tiempos que contiene cada etapa.

1. Lo que yo creo

Este apartado quiere ser una sencilla síntesis de fe, relacionada con cada dimensión del camino. Trata de presentar, de forma sistemática y progresiva, la formulación del Credo histórico de nuestra fe cristiana y marianista. Comienza con unas alusiones a la revelación bíblica, sea del Antiguo o del Nuevo Testamento, que se entremezclan con afirmaciones de la fe de la propia Iglesia. Sigue un entronque con la historia y el carisma marianista, y termina con una alusión al camino de oración. Quiere ser una interpelación para que cada uno

haga la síntesis de lo que cree. No podemos olvidar que oramos lo que creemos. A su vez, la fe viva da fervor e intensidad a nuestra oración.

Esta peculiar síntesis de fe no es una pura introducción doctrinal a cada etapa. Quiere preguntarnos sobre nuestra fe, sobre el contenido de ésta y su alcance e influencia en nuestra vida. Eso es lo que cree la comunidad eclesial, la Familia marianista. Pero ¿estoy yo viviendo de esa misma fe, haciendo ese mismo camino? ¿Tengo una adhesión cordial a ese conjunto de verdades que se me presentan?

Con esta página puedo hacer una reflexión, una meditación tranquila o, incluso, orar. Puedo revisar mi fe e interesarme por formarla mejor; sobre todo, debo confesarla. La invitación de Pablo es clara: «Si tus labios confiesan que Jesús es Señor y si tu corazón cree que Dios le ha resucitado de entre los muertos, serás salvado» (Rm 10, 9). Es un texto abierto, que debe ser completado y enriquecido por mí: por eso puede ser el punto de partida para escribir yo de nuevo la página, escribiendo desde mi vida, desde mi camino de fe.

2. Para hacer el camino

Tras la síntesis de fe se ofrecen, en cada etapa, tres direcciones del camino, tres objetivos o instrumentos de trabajo. Estos objetivos se refieren a la vida espiritual considerada globalmente. Marcan unas líneas de acción, de trabajo personal, que cada cual debe situar y traducir en su "proyecto" o "plan de vida", en diálogo con su acompañante espiritual.

Cada uno de los tres objetivos aporta unas sugerencias de trabajo, presentadas a título de ejemplo. Quieren ser sólo pistas, para que cada uno personalice y formule sus propias acciones y compromisos y su propio camino de oración.

Al leer estos objetivos y sugerencias, nos podemos dar cuenta de que todos ellos pueden y deben ser atendidos simultáneamente. Porque son tareas y compromisos de la vida cristiana de diferente índole. A la vez, admiten, lógicamente, la gradualidad en la vivencia y en la intensidad. Incluso, en unos momentos de la vida el mismo objetivo se responderá de una forma, y en otro momento requerirá otra respuesta.

Así la fe se hace camino, y nuestro camino es el de un creyente. La fe es estudio y formación, oración personal y litúrgica, biblia y sacramentos, comunidad y misión. Todos estos medios y estas actividades deben realizarse para que la fe se desarrolle y crezca. Esta fe tiene un dinamismo, y nos ayuda a descubrir y secundar la acción de Dios en la historia personal, en la historia de los grupos, en los acontecimientos de la vida diaria. Para que el proceso de fe sea adecuado, necesitamos un proyecto personal de vida, y también el acompañamiento de alguien que ayuda a caminar a buen paso, a evitar los peligros y a mostrar la meta a la que hay que llegar.

3. Caminos de oración

En cada etapa vamos a encontrar un método de oración. El libro ofrece así un total de siete caminos de oración; es una selección cuidada de entre las múltiples formas de orar que se han dado en la historia de la espiritualidad. Los siete métodos elegidos son representativos de sensibilidades diversas, de aspectos del

propio dinamismo de la oración tal como lo han vivido y definido los orantes. En cada método aparecen un apartado de introducción (Qué es) y otro con las sugerencias o pasos para orar (Cómo orar).

La espiritualidad marianista nos ofrece, desde sus orígenes, unos métodos de oración, uno de los cuales ha servido casi como método exclusivo y único: el método definido como "meditación" y conocido en los orígenes como "método común".

Junto a él, nuestros Fundadores nos legaron, además, otros caminos de oración, menos difundidos pero igualmente valiosos: el "método de oración sobre el Credo", y la "oración de fe y presencia de Dios", o "de sencillez". Los tres métodos están presentados en la etapa sexta, "Vivir de la fe", que se dedica precisamente a unir fe y oración según el carisma marianista.

Los métodos son ayudas, pistas para caminar, pero no pueden sustituir ni limitar el camino personal y único que cada uno sigue en su encuentro con el Señor y en coherencia con la llamada particular que recibe. Cada uno tiene que encontrar su propio camino de oración en cada momento de su fe.

No es fácil inventar nuevos métodos, como tampoco lo es identificarse totalmente con alguno de ellos. La experiencia de los marianistas en relación con los métodos es muy variada; pero la conclusión de algunos de ellos es clara: acertar con el método adecuado es un paso importante en el camino de la oración.

4. Un tiempo para la Palabra

La Sagrada Escritura, en su recorrido histórico y salvífico, nos ofrece una revelación privilegiada de Dios. El Dios amor se revela y manifiesta en el camino concreto del Pueblo, en sus deseos y esperanzas, en su fe y su respuesta a la Alianza. Así la Escritura es para nosotros no sólo un tesoro, muchas veces escondido, sino verdaderamente una vida que me interpela y que busca mi vida.

Hay dos historias africanas que tienen gran fuerza para hacernos pensar en nuestra relación con la Palabra. Sus protagonistas son dos mujeres.

Una mujer de un pueblo de Tanzania solía pasear llevando siempre la Biblia consigo. «¿Por qué llevas siempre la Biblia? -le preguntaron burlonamente sus vecinos-. Puedes leer otros muchos libros». La mujer se arrodilló, alzó la Biblia sobre su cabeza y dijo: «Claro que podría leer otros libros. Pero sólo hay un libro que me lee a mí».

La segunda historia recoge las palabras de María, una mujer ruandesa: «Cuando el misionero puso en mis manos la Biblia -la nueva Biblia, pues la anterior había quedado destrozada en el exilio tras la guerra-, sentí la misma sensación que cuando pusieron en mi regazo a mi primer hijo. Y al recibirla con agradecimiento y emoción, sentí que ahora es la Biblia la que me engendra a mí. Y le dije al misionero: "El que cumple mi palabra, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre". Cada vez que tomo la Biblia, siento el mismo fervor del hijo que engendré, y siento que es la Palabra la que ahora me sigue engendrando a mí».

Y esa Palabra que «me lee», que «me engendra» se ha aproximado de forma sorprendente: la Palabra se ha encarnado en una mujer, y ésta la ha dado al mundo. Toda la Escritura es un largo camino que conduce a la revelación plena y completa del que es la Palabra, Cristo Jesús. Desde él, el Espíritu guía a la

comunidad eclesial para comprender esa palabra, y ser iluminada y movida por ella. La convierte en comunidad orante.

Este apartado de cada etapa ofrece una selección de textos bíblicos relacionados con cada paso del camino de fe. La intención es sugerir lugares bíblicos, a modo de ejemplo, para orientar la oración. Sin embargo, "Lo que yo creo" o "Para hacer el camino" contienen otras pistas para orar que pueden completar esta selección. Cada cita bíblica va acompañada de una breve introducción para facilitar la comprensión del texto, o bien para profundizar en su *meditatio*.

La selección está hecha atendiendo

- * al camino del Pueblo de Dios,
- * a la persona y el llamamiento de Jesucristo en el Evangelio,
- * al camino de fe de María.

Según este último tipo de textos, cada etapa presenta un único pasaje bíblico sobre el itinerario de la fe de María, completándose a lo largo de las siete etapas un proceso singular de fe. Al orar como marianistas, queremos fijarnos en el modelo de escucha y de camino espiritual de María, para que nos ayude a encontrarnos con Jesucristo.

5. Un tiempo para el carisma marianista

Este apartado presenta textos relacionados con la espiritualidad marianista: escritos de los Fundadores y otros documentos de nuestra tradición.

Los textos van acompañados de una introducción, para situarlos en su contexto histórico y espiritual y para que sirvan de motivación a la oración personal o comunitaria. Puede emplearse muy bien el método de la *lectio divina* para orar con ese tesoro testimonial que son nuestros primeros documentos espirituales: la *lectio* (lectura) podría muy bien ir precedida de un estudio o conocimiento detenido de nuestros textos fundacionales; la *meditatio* (meditación) y la *oratio* (coloquio o diálogo) nos pondrían en sintonía con lo que nuestros Fundadores amaron y vivieron; por último, la *contemplatio* (atención silenciosa) nos haría escuchar lo que el Espíritu nos sigue diciendo hoy para ser fieles a nuestros orígenes y para responder a las necesidades del mundo de hoy.

Orar con y desde nuestra espiritualidad nos debe ayudar, a la vez, a enriquecer nuestro sentido de pertenencia a la Familia marianista, y a descubrir la riqueza del carisma que se pone al servicio de la Iglesia. En una palabra, a vivir el camino cristiano con el acento que da "El espíritu que nos dio el ser".

6. Orando en el camino

El final de cada capítulo lo constituye una plegaria alusiva al contenido del mismo. Estas oraciones conclusivas están tomadas bien de nuestras plegarias habituales de tradición marianista (Acto de Consagración a María, Oración de las tres, Doxología marianista, etc.), o inspiradas en los mismos textos de los orígenes (como es el caso de "Dios mío, tú eres el todo que llena mi pobreza", que recoge varias expresiones orantes del "Ejercicio de la presencia de Dios" (cf. *Método de oración sobre el Símbolo*. En "El Espíritu que nos dio el ser", pp. 320ss, nn. 562ss). También hay oraciones de la tradición eclesial que tienen una gran resonancia entre nosotros, como el Angelus, por ser memoria del

misterio de la encarnación y de la fe de María; y una oración "con la comunidad", inspirada en los textos de las Reglas de Vida marianistas; y la oración colecta de la liturgia de María Reina de los Apóstoles, que nos ayuda a orar desde la misión de la Iglesia.

Estas plegarias se ofrecen no sólo para su utilización comunitaria, sino también como motivo de oración personal y como una síntesis condensada de todo lo que sugiere el capítulo correspondiente.

PRIMERA SECCIÓN: EL PLAN DEL PADRE

Capítulo 1: Escuchar la llamada

En este capítulo inicial se presenta el itinerario desde la perspectiva fundante de la vocación. Como dice Juan, se trata de preguntarnos al comienzo, por "el amor primero", el de Dios, y el nuestro.

1. Lo que yo creo

En el principio, antes de que existiera la creación, ya Dios era amor. Un amor que era y es comunicación, donación en la comunión trinitaria.

El Dios amor, al pronunciarse fuera de sí, dándose, crea el mundo: «Y dijo Dios... Y así fue» (Gn 1). El mundo es, pues, regalo del amor: «Y vio Dios que era bueno» (Gn 1), obra de la llamada del amor.

La historia bíblica nos enseña que todo comienza con una palabra. La creación es ordenada, y el caos es convertido en cosmos por la palabra creadora (Gn 1,1-4). La humanidad existe porque el Señor la ama, la crea y le infunde su Espíritu (Gn 2,7), dentro de su proyecto de hacer al hombre y a la mujer «a su imagen y semejanza» (Gn 1,26-27).

En la Sagrada Escritura, la historia de los creyentes comienza con una llamada, palabra que se dirige a Abrahán, como prototipo de los que se abren al misterio de Dios (Gn 12,1-4). El creyente da fe a la promesa y se convierte en «amigo de Dios».

La historia de Israel tiene en su centro la palabra como liberación: Moisés tiene la experiencia de que Dios escucha el grito de su pueblo oprimido, y de que el Señor sólo tiene un proyecto: liberar a su pueblo (Ex 3). Dios es amor (1 Jn 4,8), y por tanto su palabra creadora y liberadora es siempre revelación de su amor por la creación, por la humanidad, por cada uno de nosotros.

"Escucha" es la primera llamada que nos hace la Escritura (Dt 6,4). "Escucha" es comprender la unicidad y el absoluto del Dios de vida y de amor. "Escucha" es apertura a la acción y al proyecto del Dios liberador. La respuesta es la de un amor de todo el ser al Señor, «con todo el corazón, con todas tus fuerzas».

Dios es Padre. Así lo ha entendido la Escritura desde el principio, y con esta conciencia de caminar confiando en su cuidado y misericordia ha vivido el pueblo. «Así dice Yahveh: Israel es mi hijo, mi primogénito» (Ex 4,22); «Señor, tú eres nuestro Padre, nosotros la arcilla y tú el alfarero, somos todos obra de tu mano» (Is 64,7). Un Padre porque la vida nos ha venido de él, somos criaturas suyas, amados por él, educados por él: «Cuando Israel era joven, le amé; desde Egipto llamé a mi hijo. Yo enseñé a andar a Efraím, le alzaba en brazos» (Os 11,1-4). Incluso podemos decir que Dios es Madre: «Como un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo» (Is 66,13). Dios, un Padre-Madre, fuente de la vida, que llama y habla para que tengamos más vida, para que lleguemos a una vida en plenitud. Ese es nuestro origen, y ese nuestro camino y meta.

Jesucristo es la Palabra de amor definitivo donde el proyecto salvífico de Dios se hace realidad total y plena. No hay más palabra que él (Hb 1,1-4; Jn 6,68-69).

Escucharle a él es escuchar al Padre (Jn 14,8-10). Sin embargo, esa revelación sucede en la humildad de la carne, de su humanidad, de su cruz. Desde Jesús hay que aprender a escuchar a Dios en la sencillez y finitud de lo humano, en los gozos y sufrimientos de la humanidad.

Desde el comienzo de su historia, la Iglesia se pone en actitud de discípula, escuchando a Jesús. Este discipulado funda una nueva familia (Lc 8,19). María es modelo del discípulo perfecto de Jesús porque, guardando la palabra en el corazón para meditarla (Lc 2,19), cree en ella siendo feliz por eso (Lc 1,45); y dice a la vez «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38), «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5). La comunidad cristiana escucha a Jesús, y su seguimiento se convierte en cumplimiento de la misión del Padre y en misión permanente.

Todos hemos sido llamados a la vida creados por amor y para amar. Pero en esa historia nuestra tiene lugar un encuentro con Jesús. Jesús tiene para cada uno de nosotros una llamada, una vocación personal y única, porque todas las vocaciones están contenidas en Jesús. Cada uno responde a Jesús, en la comunidad eclesial, según lo original y específico de la vocación particular. Amar a Jesús implica amar la propia vocación y amar según la propia vocación.

Los Fundadores de la Familia marianista, Guillermo José y Adela, se sintieron llamados por el Señor y, abriéndose a la Palabra con una escucha atenta de lo que el Espíritu decía para la sociedad y la Iglesia de su tiempo, se dispusieron a realizar su vocación, y ayudaron a muchos a responder también a la llamada de Dios.

La oración, que es diálogo de amor entre Dios y nosotros, supone primeramente una actitud y un tiempo de escucha de una llamada. Orar es ante todo apertura al Dios Amor que llama. El niño Samuel nos enseñó a unir oración y llamada: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (1 Sam 3,10).

2. Para hacer el camino

1. Dios me llama por mi nombre

Si quiero emprender este itinerario espiritual, debo comprender mi vida a la luz de esta llamada de Dios. Por ello puede ser muy iluminador escribir una sencilla memoria biográfica en la que yo descubro qué he recibido en mi vida, qué momentos significativos ha habido en mi respuesta, y cómo se actualiza aquí y ahora esa vocación. La llamada de Dios, efectivamente, adquiere cada cierto tiempo, en cada fase de la vida, un matiz o una fuerza distinta. No es lo mismo la vocación a los 20 que a los 45 o a los 60 años. Y es distinta en cada persona.

Esa sugerencia, o voz interior, que estás percibiendo ahora, en este hoy de tu vida, es lo que se llama vocación personal. Tomar conciencia de ella es estar en actitud de escucha o discernimiento ante lo que Dios me pide y me da concretamente y ahora. Jesús es el espejo en el que se refleja mi vocación personal. En él la veo, y en el Evangelio encuentro las palabras y los hechos para expresar esta vocación. *Esta vocación es don y tarea. Da sentido a mi vida. La descubro en la oración. Y en la oración la agradezco y pido la gracia de la fidelidad a ella.*

La vocación personal nos hace descubrir el nombre de cada uno, el nombre verdadero con el que Dios nos llama y nos conoce a cada uno. Estamos llamados a descubrir nuestro nombre nuevo: «Al que salga vencedor le daré maná escondido, y le daré también un guijarro blanco; el guijarro lleva escrito un nombre nuevo que sólo sabe el que lo recibe» (Ap 2,17). El nombre unifica y da sentido a nuestra vida. Puede ser expresado con una palabra o incluso con una frase bíblica.

Sugerencias

1. Escribe en dos o tres páginas una autobiografía de tu camino de fe: momentos significativos, encrucijadas y convicciones. Al hacerlo, trata de ver cómo has intentado responder a las llamadas del Señor en la oración o a través de la realidad en la que vives. No dejes de señalar cómo te has empeñado en ponerte en contacto con lo profundo. También es importante que indiques la continuidad que se ha dado en los acontecimientos de tu vida.
2. Resume en una frase la "vocación personal" que estás escuchando en este momento de tu vida.
3. ¿Con qué nombre te llama o te conoce íntimamente el Señor? Quizá a estas alturas de tu vida te atrevas a reconocer en tu interior ese nombre nuevo.
4. Dedicar un rato a orar con tu Autobiografía y la frase vocacional. Delante del Señor mira cómo tu presente está abierto hacia el futuro y dale gracias.
5. El "proyecto personal de vida" es uno de los mejores instrumentos para discernir la vocación personal y los medios que quieres disponer para responder a ella. Tenlo en cuenta.

2. Dios tiene un plan de amor sobre nosotros

Dios me llama dentro de un plan universal de salvación. Ni estoy solo en mi vocación, ni el mundo está falto de sentido y dirección. La impresión de soledad, de dolor por el sufrimiento, o de desorientación de nuestra sociedad pueden ser ciertas. Sin embargo, nuestra fe tiene clara la voluntad salvífica de Dios sobre todos:

* «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2,4).

* «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (Agustín de Hipona).

* «El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima» (Ignacio de Loyola).

* «Busca el sentido último en todas las cosas: In omnibus respice finem» (Guillermo José Chaminade).

* «Démonos a él: nuestros pensamientos, deseos, proyectos, acciones. Todo por Dios, todo para Dios» (Adela de Trenquelleón).

Sugerencias

1. Lee detenidamente las citas anteriores. Relaciona unas frases con otras. ¿Qué tienen en común? Saca alguna conclusión personal.

2. Utiliza alguna de esas frases para orar. Convierte alguna de ellas en un estribillo o un lema orante para el día de hoy.

3. Frases o pequeños textos donde se resume el "sentido de la vida" para creyentes o increyentes, las encontramos a menudo. Estate atento a ellas. Recoge en tu cuaderno de oración las que te parezcan más significativas. A veces las encontrarás en unas declaraciones de prensa, en las respuestas de una entrevista, en un libro, o sencillamente en tu relación con la gente.

4. Construye tú mismo alguna oración en la que te incluyas en este plan de amor de Dios sobre todos.

3. Los lugares donde Dios me habla

Dios me habla donde, cuando y como quiere. Él es libertad absoluta de amor. No se sujeta a nuestros métodos o caminos. Los desborda todos. Sin embargo, sale a nuestro encuentro en el camino sencillo de la historia personal o en momentos significativos de la vida de su pueblo. Y ello desde el principio. Él nos dio nombre y misión. En sus manos está nuestro destino.

Dios ha hablado y se ha revelado desde la primera conciencia de la humanidad a través de expresiones más primitivas o más elaboradas. Las distintas religiones son una prueba de las búsquedas y de los encuentros con la divinidad. «Ya desde la antigüedad, y hasta el momento actual, se encuentra en los diferentes pueblos una cierta percepción de aquella fuerza misteriosa que está presente en la marcha de las cosas y en los acontecimientos de la vida humana, y a veces también el reconocimiento de la suma Divinidad e incluso del Padre [...]. La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones es verdadero y

santo, [puesto que] no pocas veces reflejan, sin embargo, un destello de aquella verdad que ilumina a todos los hombres» (Vaticano II. Nostra Aetate, 2).

Hay algunos lugares o mediaciones por los que Dios viene a nosotros y nos habla. Si quiero estar atento a su voz, tendré que sintonizar especialmente con esos "lugares sagrados". El primero es la Sagrada Escritura, su Palabra que se ha ido revelando y plasmando en la Biblia; allí es donde Dios nos habla a todos. Sobre todo, en el Evangelio de Jesús. La Iglesia guarda y proclama esta Palabra.

El segundo son los signos de los tiempos. Dios nos habla en la naturaleza y en la historia, en los acontecimientos grandes y pequeños. Esto nos invita a afinar la sensibilidad, para percibir su palabra en las cosas, en los hechos y en las personas. Dios me habla en la palabra, en el rostro, en la vida del otro. Me habla, sobre todo, en la persona de los pobres, de los que sufren. Me habla en los que viven las bienaventuranzas hoy, en los que son testigos de Dios en cualquier religión, en los que trabajan por la libertad, la justicia y la paz en cualquier ideología.

El tercer lugar es el fondo de mi corazón. Dios me habla, por su Espíritu, en el centro de mi ser, en el sacrario de mi conciencia. Allí él me invita a la bondad, a la verdad de todo y de mí mismo, a amar sin condiciones.

Sugerencias

1. Dedicar algún tiempo cada año a formarse en la Biblia, leyendo algún libro o participando en algún curso.
2. Haz este ejercicio práctico: piensa y escribe una lista con diez personas y acontecimientos en los que Dios te ha hablado a lo largo de este año. ¿Y qué te ha dicho ?
3. Lleva a la oración la lista anterior, o construye una oración con ella.
4. La mejor manera de leer y conocer la Biblia, la guía más práctica, es la selección de textos que encontramos en la liturgia para la eucaristía diaria y dominical. Puedes seguir a lo largo del año, para tu oración personal o para tu formación, este método; es, a la vez, una manera de sentirte diariamente Iglesia.

3. Caminos de oración

La repetición del nombre

Qué es

1. Si la oración es un encuentro entre dos personas que se aman, recordemos que pronunciar el nombre del amado o de la amada es una de las primeras acciones en el diálogo amoroso y, por tanto, orante.

2. En la Sagrada Escritura tenemos numerosos testimonios de esta invocación del nombre amado. Desde el creyente que llama a Dios y busca su nombre («¿Cómo te llamas?», Gn 32,30), hasta el nombre nuevo que Dios nos da (Is 62,2; Ap 2,17); desde los amantes del Cantar de los Cantares que se invocan con nombres íntimos (ciervo, paloma...), hasta Jesús mismo, que dice nuestro nombre («¡María!», Jn 20,16) o nos lo cambia («Tú te llamarás Pedro», Mt 16,18).

3. La repetición del nombre sagrado, amado, es una práctica antiquísima que aparece en las diversas religiones del mundo. Recordemos, por ejemplo, la práctica del "mantra" en la cultura de la India. Mantra, según una etimología popular, es la palabra que, al ser repetida, nos permite cruzar (*tra*) el mar de la mente (*man*).

«El mantra se convierte en el patrón de vida de uno y le transporta a través de todas las pruebas. No se repite por mero afán reiterativo, sino con un objetivo de purificación, como ayuda para el esfuerzo. No es una repetición vacía. Cada repetición tiene un significado nuevo, aproximándonos cada vez más a Dios» (Gandhi).

4. En la tradición cristiana ha sido muy estimada la oración de repetición del nombre. El rosario es la más popular, donde se repiten cincuenta, o ciento cincuenta veces, los nombres de María y de Jesús. San Francisco de Asís nos ofrece la oración repetitiva "Tú eres", en la que se le da a Dios diversos nombres. Y la tradición greco-rusa nos ha legado el método de la "Oración de Jesús", que popularizó la obra "El peregrino ruso".

5. En este itinerario que comenzamos, escuchar la llamada es sentirse nombrado y, por tanto, amado. Nuestra respuesta orante es dejarme nombrar y santificar el nombre del Señor.

Cómo orar

1. Me preparo desde el silencio y la paz interior.

2. Tomo conciencia de que el Señor habita en mí y en todos, y de que me llama por mi nombre (lo escucho), amándome, amándonos. Yo quiero responderle.

3. Escojo un método o un nombre. He aquí algunas sugerencias:

a) El nombre de Jesús; o la fórmula completa de la "Oración de Jesús": «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten misericordia de mí».

b) El nombre de Dios revelado: Padre, Hijo, Espíritu Santo; o cualquiera de los nombres que recibe en la Escritura: Roca, Pastor, Clemente y Misericordioso,

Señor, Agua viva, Fuego, Entrañas maternas, Palabra, Ternura, Rey, Fuerza, Juez, Protector, el Tesoro que busca nuestro corazón, etc.

c) El nombre de María; la fórmula completa del avemaría; o una letanía de nombres dados a María.

d) Una antífona o versículo bíblico («Danos, Señor, un corazón nuevo», «Eres tú quien vive en mí», «¿Dónde está tu hermano?», «Dios es Amor», etc).

4. Voy repitiendo pausadamente el nombre o la fórmula orante. Si quiero, la puedo cantar interiormente (si estoy solo, en voz alta). También puedo aprovechar la respiración para repetir el nombre.

5. La repetición se encamina a crear en el fondo del corazón una presencia, y no tanto una palabra o una fórmula. Llegado a un punto en que se haya hecho la paz, me dejo invadir en silencio por la fuerza de esa presencia. Puede que el nombre repetido se haga monótono, pero desencadena interiormente sentimientos y actitudes teologales (fe, esperanza, amor). Descanso ahí. Creo, espero, amo. Me dejo nombrar por Dios.

6. Termino uniendo el nombre sagrado y mi nombre. También lo uno al nombre de otras personas que conozco; que quiero; que debo amar más. Doy gracias al Señor por este encuentro con él.

7. Tomo nota de lo ocurrido en mi interior durante esta oración.

4. Un tiempo para la Palabra

Señor, tú me sondeas y me conoces - Sal 139 (138)

Atrévete a recorrer el itinerario espiritual de este salmo. Salva la distancia que existe entre las afirmaciones iniciales («Tú me sondeas y me conoces», «¿Adónde de tu rostro podré huir?» -Adán se vio desnudo ante la mirada de Dios y se escondió-, y el final del mismo. Lo dice quien, rendido ya a la mirada de Dios que escruta todo y que antes percibía como molesta, le suplica ahora con ardor: «Sondéame y conoce mi corazón» (v.23), «guíame por el camino eterno». Por tres veces, la admiración de lo que Dios es y hace permite al salmista avanzar en su camino de aceptación de la mirada de Dios sobre él: «Tanto saber me sobrepasa» (v.6); «¡Me has escogido portentosamente!» (v.14); «¡Qué incomparables encuentro tus designios!» (v.17).

*Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.
No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.*

*Me estrechas detrás y delante,
 me cubres con tu palma.
 Tanto saber me sobrepasa,
 es sublime y no lo abarco.
 ¿Adónde iré lejos de tu aliento,
 adónde escaparé de tu mirada?
 Si escalo el cielo, allí estás tú;
 si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;
 si vuelo hasta el margen de la aurora,
 si emigro hasta el confín del mar,
 allí me alcanzará tu izquierda,
 me agarrará tu derecha.
 Si digo: "Que al menos la tiniebla me encubra,
 que la luz se haga noche en torno a mí",
 ni la tiniebla es oscura para ti,
 la noche es clara como el día.
 Tú has creado mis entrañas,
 me has tejido en el seno materno.
 Te doy gracias
 porque me has escogido portentosamente,
 porque son admirables tus obras;
 conocías hasta el fondo de mi alma,
 no desconocías mis huesos.
 Cuando en lo oculto me iba formando,
 y entretejiendo en lo profundo de la tierra,
 tus ojos veían mis acciones,
 se escribían todas en tu libro,
 calculados estaban mis días
 antes de que llegase el primero.
 ¡Qué incomparables encuentro tus designios,
 Dios mío, qué inmenso es su conjunto !
 Si me pongo a contarlos, son más que arena;
 si los doy por terminados, aún me quedas tú.
 Señor, sondéame y conoce mi corazón,
 ponme a prueba y conoce mis sentimientos,
 mira si mi camino se desvía,
 guíame por el camino eterno.*

El Señor es mi pastor - Sal 23 [22]

Abre tu corazón cansado a las imágenes de este salmo: verdor, agua, camino, unción, copa, morada. Te hablan de la bondad inagotable de nuestro Dios y Padre. Prueba dirigir esta oración a Dios en primera persona: «Tú eres mi pastor»; y ensaya también el plural: Dios es nuestro pastor, nada nos falta, nos conduce, nos guía, su bondad y misericordia nos acompañan.

¿Tendrá cabida en nuestro corazón el miedo a los enemigos cuando la bondad y la misericordia de Dios nos acompañan?

*El Señor es mi pastor, nada me falta:
 en verdes praderas me hace recostar;
 me conduce hacia fuentes tranquilas
 y repara mis fuerzas;
 me guía por el sendero justo,
 por el honor de su nombre.
 Aunque camine por cañadas oscuras,
 nada temo, porque tú vas conmigo:
 tu vara y tu cayado me sosiegan.
 Preparas una mesa ante mí
 enfrente de mis enemigos;
 me unges la cabeza con perfume,
 y mi copa rebosa.
 Tu bondad y tu misericordia me acompañan
 todos los días de mi vida,
 y habitaré en la casa del Señor
 por años sin término.*

Los dos caminos - Dt 30,9b-20

Una llamada que brota del Dios, que es amor, verdad y vida. Una vocación que lo que busca es fundamentar al pueblo en la felicidad, en un vivir desde él y con él: «Elige la vida y viviréis [...], pues él es tu vida». Desde ese deseo de Dios de derramar la bendición, poseyendo el don que es la tierra o el mundo, surge a la vez una propuesta de libertad («Mira, hoy te pongo delante la vida y el bien, la muerte y el mal»), y un imperativo: «El mandamiento está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca. Cúmplolo [...]. Elige la vida». Sólo Dios sabe llamar a la vez desde la libertad y desde la soberanía de su palabra. Eres libre, pero sólo el amor es el camino que te dará felicidad.

El Señor tu Dios volverá a alegrarse contigo, de tu prosperidad, como se alegraba con tus padres, si escuchas voz del Señor tu Dios guardando sus preceptos y mandatos, lo que está escrito en el código de esta Ley, si te conviertes al Señor tu Dios con todo el corazón y con toda el alma. Porque el precepto que yo te mando hoy no es cosa que te exceda, ni inalcanzable [...]. El mandamiento está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca. Cúmplolo. Mira, hoy te pongo delante la vida y el bien, la muerte y el mal. Si obedeces lo que yo te mando hoy, amando al Señor tu Dios, siguiendo sus caminos, guardando sus preceptos, mandatos y decretos, vivirás y crecerás: el Señor tu Dios te bendecirá en la tierra donde vas a entrar para conquistarla [...]. Hoy cito como testigos contra vosotros al cielo y a la tierra: te pongo delante bendición y maldición: elige la vida, y viviréis tú y tu descendencia, amando al Señor tu Dios, escuchando su voz, pegándote a

él, pues él es tu vida y tus muchos años en la tierra que había prometido dar a tus padres, Abrahán, Isaac y Jacob».

¡Oíd, sedientos todos! - Is 55,1-11

Experimenta la alegría de acoger esta gratuita invitación que te ofrece el Señor. Te va en ello la vida. Contempla la alianza perpetua que Dios quiere establecer con su pueblo. Aprende a escuchar. Suplica comprender internamente que Dios es fiel, que se deja encontrar por quienes le buscan y le invocan. Aceptar sus planes requiere conversión continua. Necesitamos recordar, meter en el corazón, que la Palabra de Dios es eficaz. Es Palabra que se cumple. Como que es «viva y eficaz», penetra hasta los tuétanos y discierne las intenciones del corazón (Hb 4,12).

*Oíd, sedientos todos, acudid por agua,
también los que no tenéis dinero:
venid, comprad trigo, comed sin pagar
vino y leche de balde.
¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta?
¿Y el salario en lo que no da hartura?
Escuchadme atentos y comeréis bien,
saborearéis platos sustanciosos.
Inclinad el oído, venid a mí:
escuchadme y viviréis.
Sellaré con vosotros alianza perpetua,
la promesa que aseguré a David:
a él lo hice mi testigo para los pueblos,
caudillo y soberano de naciones;
tú llamarás a un pueblo desconocido,
un pueblo que no te conocía correrá hacia ti:
por el Señor tu Dios,
por el Santo de Israel que te honra.
Buscad al Señor mientras se le encuentra,
invocadlo mientras esté cerca;
que el malvado abandone su camino,
y el criminal sus planes;
que regrese al Señor y Él tendrá piedad,
a nuestro Dios, que es rico en perdón.
Mis planes no son vuestros planes,
vuestros caminos no son mis caminos -oráculo del Señor-.
Como el cielo es más alto que la tierra,
mis caminos son más altos que los vuestros,
mis planes, que vuestros planes.
Como bajan la lluvia y la nieve del cielo,
y no vuelven allá
sino después de empapar la tierra,*

*de fecundarla y hacerla germinar
para que dé semilla al sembrador
y pan al que come,
así será mi palabra, que sale de mi boca:
no volverá a mí vacía,
sino que hará mi voluntad
y cumplirá mi encargo.*

Todo tiene su tiempo - Qo 3, 1-8

La sabiduría bíblica tiene sus reglas. Una de ellas es observar el tiempo oportuno para elegir la acción que le resulte salvífica a uno. Contempla desde tu corazón este cuadro de sentimientos y de acciones polares de hombres y mujeres que las realizan o sufren desde que nacen hasta que mueren. Con las palabras del sabio Qohelet puedes dirigirte a Dios suplicándole conocer cuál es el tiempo oportuno que él ha determinado para cada realidad. Recuerda que, en muchas ocasiones, ésta ofrece un rostro duro y negativo que hay que dominar, y que, mejor aún, puede ser iluminada o explicada como designio amoroso de Dios. San Pablo llegó a afirmar que «todo contribuye al bien de los que aman a Dios» (Rm 8,28). No dejes que la amargura haga mella en el optimismo de tu fe.

*Todo tiene su tiempo y sazón,
todas las tareas bajo el sol:
Tiempo de nacer, tiempo de morir,
tiempo de plantar, tiempo de arrancar,
tiempo de matar, tiempo de sanar,
tiempo de derruir, tiempo de construir,
tiempo de llorar, tiempo de reír,
tiempo de hacer duelo, tiempo de bailar,
tiempo de arrojar piedras, tiempo de recoger piedras,
tiempo de abrazar, tiempo de desprenderse,
tiempo de buscar, tiempo de perder,
tiempo de guardar, tiempo de desechar,
tiempo de rasgar, tiempo de coser,
tiempo de callar, tiempo de hablar,
tiempo de amar, tiempo de odiar,
tiempo de guerra, tiempo de paz.*

Vocación de Isaías - Is 6,1-13

Estás ante el relato de la experiencia religiosa profunda de un hombre, el profeta Isaías, que nos narra el mejor encuentro de su vida: ha visto a Dios, el tres veces santo, y ha doblado sus rodillas ante un poder que desarma y se impone.

Recorre con serenidad las fases de la misma: adora, postrado y sin palabras, la grandeza de Dios; recibe con verdadero deseo la purificación que Dios quiere realizar en ti; escucha la misión que él te confía; contempla la terquedad humana y la bondad final del Señor, porque quedará un "resto", un tocón que será semilla santa. ¿Y qué pasa cuando repetimos en la eucaristía el solemne canto de los ángeles? Una mesa ha suplantado al trono, una familia de pecadores arrepentidos a los ardientes serafines. La santidad infinita de Dios reside en la humildad del pan y del vino. El amor grandioso de Dios se derrama sobre los hijos impuros, que le suplican con insistencia reconocer el peso inmenso de este amor.

El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo. Y vi serafines en pie junto a él, cada uno con seis alas: con dos alas se cubrían el rostro, con dos alas se cubrían el cuerpo, con dos alas se cernían. Y se gritaban uno a otro diciendo: ¡Santo, Santo, Santo el Señor de los ejércitos, la tierra está llena de su gloria! Y temblaban los umbrales de las puertas al clamor de su voz, y el templo estaba lleno de humo. Yo dije:

¡Ay de mí, estoy perdido!

*Yo, hombre de labios impuros,
que habito en medio de un pueblo de labios impuros,
he visto con mi ojos al Rey y Señor de los Ejércitos.*

Y voló hacia mí uno de los serafines, con un ascua en la mano, que había cogido del altar con unas tenazas; la aplicó a mi boca y me dijo:

*Mira, esto ha tocado tus labios,
ha desaparecido tu culpa,
está perdonado tu pecado.*

Entonces escuché la voz del Señor que decía:

¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí?

Contesté: Aquí estoy, mándame. Él replicó:

Vete y dile a ese pueblo:

*Oíd con vuestros oídos, sin entender;
mirad con vuestros ojos, sin comprender.*

*Embota el corazón de ese pueblo,
endurece su oído,*

ciega sus ojos:

*que sus ojos no vean, que sus oídos no oigan,
que su corazón no entienda,
que no se convierta y sane.*

Pregunté: ¿Hasta cuando, Señor? Y me contestó:

*Hasta que queden las ciudades sin habitantes,
las casas sin vecinos,
los campos desolados.*

*Porque el Señor alejará a los hombres,
y crecerá el abandono en el país.*

*Y si queda en él uno de cada diez,
de nuevo serán destrozados;*

*como una encina o un roble
que, al talarlos, dejan sólo un tocón.
Este tocón será semilla santa.*

Vocación de los primeros discípulos - Jn 1, 35-49

Contempla las palabras y las actitudes de los protagonistas de esta escena evangélica. Déjate interpelar por ella. Juan, el bautista, es testigo fiel. Sabe señalar la fuente de vida, el cordero que salva. «¿Qué buscas?» pregunta Jesús, la Vida, a los discípulos. Debieron entender bien cuando, al preguntar ellos a Jesús, se interesaron por el vivir. Pregúntate tú qué te hace vivir hoy. Ir y ver, luego quedarse. Es decir, caminar tras él y traspasar la realidad de las cosas hasta llegar a su corazón. Ese ver es la fe. Permanecer, aprender a durar. Prolongar el encuentro que sacia y llena de alegría porque hace vivir. Por último, hacerse testigo de lo que se ha visto y oído: ¡Es el Mesías! El ciclo de la transmisión de la fe se ha completado.

Al día siguiente estaba de nuevo Juan con dos de sus discípulos, y fijándose en Jesús que pasaba, dice: Este es el Cordero de Dios. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: ¿Qué buscáis? Ellos le contestaron: Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives? Él les dijo: Venid y lo veréis. Entonces fueron, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde.

Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo). Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce Pedro).

Al día siguiente determinó Jesús salir para Galilea; encuentra a Felipe y le dice: Sígueme. Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encuentra a Natanael y le dice: Aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y los profetas lo hemos encontrado: a Jesús, hijo de José, de Nazaret. Natanael replicó: ¿De Nazaret puede salir algo bueno? Felipe le contestó: Ven y verás. Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño. Natanael le contesta: ¿De qué me conoces? Jesús le responde: Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Natanael respondió: Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel. Jesús le contestó: ¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera crees? Has de ver cosas mayores. Y le añadió: Yo os aseguro, veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre.

La Anunciación a María. La Palabra se hizo carne - Lc 1, 26-38

Es muy distinto saber de memoria la Palabra de Dios, a que la Palabra de Dios nazca en uno mismo. Al contemplar la escena de la Anunciación, pide la gracia de acoger a Jesús en tu vida -es la progresiva transformación en Cristo-, y de dárselo al mundo -perspectiva de la evangelización, de la misión-. Lo profundo del misterio que contemplas es que la Palabra de Dios se hizo carne en María, hasta el punto de que ésta pudo decir en un momento determinado: «Esta Palabra de Dios es mi Hijo». Pide que la Palabra de Dios nazca en ti. Busca poder decir como Pablo: «Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20).

Que, como María al gozo del saludo inicial, puedas responder desde la misma alegría: «Hágase en mí según tu Palabra», según la realidad que me estás anunciando. Para Dios no hay nada difícil. Como María, ten también tú un corazón que cree en la promesa divina, que la conserva y que espera confiado en su cumplimiento. Esta actitud, tan querida para el espíritu marianista, te dispone para el instante de la gracia: la llamamos fe.

A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María.

El ángel, entrando en su presencia, dijo: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú eres entre las mujeres. Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin.

Y María dijo al ángel: ¿Cómo será eso pues no conozco a varón? El ángel le contestó: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que a pesar de su vejez ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible. María contestó: Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Y la dejó el ángel.

5. Un tiempo para el carisma marianista

La inspiración fundacional

La vocación, raíz marianista. En el origen de nuestra historia están una visión de la realidad y la llamada que los Fundadores, a través de ella, recibieron del Señor para emprender una misión evangelizadora. La siguiente carta de Guillermo José Chaminade al papa Gregorio XVI nos habla tanto de «inspiración» como de «propósito». Nuestra vocación personal se apoya y se alimenta en esta llamada fundacional.

Para poner un dique fuerte al torrente del mal, el cielo me inspiró, a comienzos de este siglo, solicitar de la Santa Sede el nombramiento de Misionero apostólico, con el fin de reavivar o de volver a encender en todas partes la llama divina de la fe, presentando por todos lados, ante el mundo asombrado, grandes cantidades de cristianos católicos de toda edad, sexo y condición que, reunidos en asociaciones especiales, practicasen sin vanidad y sin respeto humano nuestra santa religión, con toda la pureza de sus dogmas y de su moral. Imbuido de esta idea, y urgido, además, por dignos preladados, deposité mi alma entera en una humilde súplica a los pies de Nuestro Santo Padre el Papa Pío VII, quien se dignó escuchar favorablemente mi petición y me concedió las más amplias facultades por un Decreto del 20 de marzo de 1801. Desde entonces, Santísimo Padre, se han ido formando en varias ciudades de Francia fervorosas Congregaciones, unas de varones y otras de mujeres; la religión tuvo la dicha de contar con un número bastante grande de ellas en poco tiempo, y se hizo mucho bien.

Pero, Santísimo Padre, este medio, por excelente que sea cuando se utiliza con sabiduría, no bastaba [...].

*He creído ante Dios, Santísimo Padre, que era necesario fundar dos nuevas órdenes, una de mujeres y otra de hombres, que probaran al mundo, por el hecho de sus buenos ejemplos, que el cristianismo no es una institución envejecida y que el Evangelio puede practicarse todavía hoy como hace mil ochocientos años» (Carta al papa Gregorio XVI, 16 de septiembre de 1838, Cartas IV, 1076. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 51-52).*

La vocación de María

Una vocación que Guillermo José Chaminade siempre interpreta en clave activa. De ahí su continua alusión matizada a la imagen del "canal" que San Bernardo aplica siguiendo a María. Pero María es un ejemplo de vocación activa: la "actividad del amor". Y es un amor que nos trae libertad: "María ha contribuido con su caridad a dar al mundo un Libertador".

El Todopoderoso ha hecho en mi grandes cosas (Lc 1,49). ¡Qué grande es la vocación de María, predestinada por Dios antes de todos los tiempos para dar, por medio de ella, a Jesucristo al mundo! Pero notad -y éste es el fundamento de este primer punto- que Dios no se sirve de ella, para este glorioso misterio, como de un simple canal, sino como de un instrumento voluntario que contribuye a esta gran obra no sólo por sus excelentes disposiciones, sino también por un movimiento de su voluntad, es decir, por su caridad. Dios deja en suspenso la ejecución de sus designios hasta que María haya consentido. ¡Feliz Fiat! ¿Quizá no veis todavía que esta participación de María en el misterio de la encarnación es el motivo por el que recurrimos sin cesar a María para toda clase de gracias? María ha contribuido, con su caridad, a dar al mundo un Libertador. Ése es el principio y de él se sigue esta consecuencia: Dios ha querido, una vez, darnos a Jesucristo por medio de María, y este designio ya no cambia, porque los

*dones de Dios son irrevocables (Rom 11,29). (Fundamentos de la devoción a la Santísima Virgen (¿1810?). En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 89, n. 69).*

Somos de él y para él

Ama el Plan de Dios, ama el que seas parte de ese plan de amor, ama tu vocación, y ama las consecuencias y las tareas de tu vocación. El Fundador te invita a reconocerte como "nacido de Dios", nacido de su amor. Desde ahí, desde ese amor primero de Dios es desde donde surge la llamada, el imperativo: Cree, espera, ama. Pero incluso esta nuestra respuesta es una obra de la gracia, una prueba más de su amor.

¿Crees que Dios es tu todo? ¿Crees que Dios es tu creador, que es quien te sostiene, y tu último fin? ¿Saboreas estas verdades y las que se derivan de ellas? Si crees que Dios es tu todo y saboreas esta verdad, experimentarás también lo que en ella se encierra, esto es, que tú no eres nada, y entonces querrás anonadarte ante la suprema Majestad.

Si crees que Dios es tu creador, ¿podrías no amar al creador de tu ser? El amor que te tiene desde toda la eternidad le ha llevado a crearte. En la verdad de fe de Dios creador tienes que ver tu absoluta dependencia de tu creador, y la necesidad que tienes de su Providencia en el orden de la naturaleza y en el de la gracia.

Si crees que Dios es el que te sostiene, que en Dios tienes el ser, el movimiento y la vida, ¡qué dulce reposo debes encontrar en él! [...].

*Si crees que Dios es tu último fin, que te ha creado sólo para él y que sólo en él puedes encontrar la suprema felicidad que tu corazón ansía, ama esos designios de tu Dios en tu creación y en el mantenimiento de tu ser. Al mismo tiempo, ama la obligación que se encierra en este feliz destino. Todos tus pensamientos, deseos, proyectos y razonamientos, todas tus acciones y todos los pasos de tu vida deben orientarse a este último fin de tu creación (Meditación de fe y de presencia de Dios, (1829). En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 279-280).*

Reconoce, cristiano, tu dignidad

La espiritualidad de la dignidad humana, que es la dignidad divina. Guillermo José hace en este pasaje un paseo que va de san Juan a san Ambrosio, pasando por san Agustín. Y se recrea en la dignidad humana: ser amados por el Padre, ser hijos en el Hijo, ser herederos por la liberación que nos ha venido por Jesús para ser santificados por obra del Espíritu. No hay camino posible si no comenzamos creyendo y defendiendo esta dignidad.

Mirad cómo nos ha amado el Padre celestial, qué caridad ha tenido con nosotros, ya que nos llama hijos suyos y lo somos realmente en virtud de la adopción que él nos ha dado en el bautismo.

Ved con qué caridad nos ha amado el Padre, que ha querido que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto (1 Jn 3,1). Al salir de las fuentes sagradas, el Señor lanzó una mirada de amor y dijo de nosotros como de su divino Hijo: «He aquí mi hijo muy amado en quien he puesto mis complacencias» (Mt 17,5). San Agustín explica así la hermosa dignidad que recibimos en el Bautismo:

«Ved, hermanos míos, cuáles son los abundantes bienes que el bautismo nos confiere. No sólo somos libres y rescatados de la esclavitud del demonio, sino también santos. No sólo santificados, sino también hijos de Dios, hermanos de Jesucristo. No sólo hijos de Dios, sino también sus herederos, coherederos con Jesucristo. No sólo coherederos con Jesucristo, sino sus miembros, templo y órganos del Espíritu Santo. ¡Reconoce, oh cristiano, tu dignidad!»

Es de fe que Jesús Hombre-Dios es hijo único de María según la carne. Pero ella es la madre de los cristianos, y también, en cierto sentido, de todos los hombres. San Lucas, en el relato del nacimiento del Salvador, dice que María dio a luz a su hijo primogénito. Esto debe entenderse pensando en los hijos espirituales.

Del mismo modo hay que entender este pasaje del Cantar de los Cantares: Tu seno fecundo es como un montón de trigo circundado de lirios (Cant 7,3). Un solo grano de trigo hubo en el seno de la Virgen: Cristo, Nuestro Señor. Pero se le llama "montón de trigo" porque este grano contiene virtualmente a todos los elegidos, de modo que es el primogénito de una multitud de hermanos (San Ambrosio, De Institutione Virginis, c. 14 n.º 91, y cap. 15 n.º 94). (Manual de Dirección para la vida y las virtudes religiosas en la Compañía de María (1829). En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 229-230, nn. 6a-7).

Bondad de Dios

Las siguientes palabras del Padre Chaminade tienen un tono muy positivo. La bondad de Dios le llena de entusiasmo. Ello le lleva a concluir que si Dios es tan bueno, no puede faltar en nosotros la confianza total en él que es, también, «el más tierno de los padres». Para hablar de ese Dios bueno, además de la imagen del padre usa la del amigo; de Dios padre, que es amigo, se puede esperar el consuelo y la protección. En nuestra relación con Dios, «nada le desagrade de tanto como la desconfianza en su bondad». En cambio, la certeza y la experiencia de esa bondad permite andar por la vida con la seguridad de no «perecer jamás».

La bondad de nuestro Dios, su poder, la experiencia que tenemos de su protección, incluso cuando menos podíamos esperarla, todo nos lleva a esta "tierna confianza". Para alentar nuestra confianza, quiere llamarse padre, y «el más tierno de los padres». Nada le desagrade tanto como la desconfianza en su bondad, y me atrevo a decir más, nada le ofende tanto.

Por el contrario, sus misericordias y sus gracias llueven abundantes sobre el alma que abandona en él todas sus penas. ¡Qué dulce es tener como

amigo y consolador a este Dios de amor! Quien pone su confianza en Dios no perecerá jamás (Chaminade, segunda de las Tres conferencias a las Hijas de María sobre la perfección y el espíritu del Instituto. En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 215-216, n. 1155).

Dejémosle hacer

A sus dieciséis años, Adela habla de la vocación con una madurez que nos impresiona. Parte de que la llamada es de Alguien que «sabe mejor que nosotras» lo que nos hace falta. La carta muestra una gran confianza y abandono, «Dejémosle hacer», y un gran espíritu de fe y oración para discernir en el Espíritu y a través de Jesús. Adela es aquí un modelo de escucha de la llamada, y, a la vez, una guía vocacional que anuncia el Caminito de Teresa de Lisieux: «Dejémonos conducir».

† J.M.J.T.

4 de junio de 1805

¡Espíritu de la luz, ilumina mis tinieblas!

El Espíritu divino que descendió sobre los apóstoles, y que descenderá sobre nosotras si nuestros corazones se disponen a ello, es, mi querida amiga, un espíritu de luz. Pidámosle, pues, que esa luz ilumine nuestros pasos, nuestras acciones y decisiones. Como todavía somos muy jóvenes, aún tenemos más necesidad de él: necesitamos que nos ilumine acerca del estado al que nos destina, y para el que nos ha preparado una serie de gracias que nos rehusaría en cualquier otro estado que él mismo no nos hubiese elegido.

Dejémosle hacer, él sabe mejor que nosotras el puesto que nos conviene; dejémonos conducir por un guía tan hábil. Sometámosle siempre nuestros deseos y nuestros proyectos. Si tenemos la idea de entrar en un determinado estado, no pensemos en ello, no hablemos de ello, para que ningún motivo humano o natural nos dé un gusto falso de ese estado.

Cuando hayamos llegado a una edad más madura, entonces podremos estudiar nuestros gustos, nuestras tendencias y los motivos que podrían determinarnos por un estado más que por otro. Pero siempre hará falta consultar al Espíritu Santo y al encargado de la dirección de nuestra alma, por medio del cual Dios nos hará conocer su voluntad.

Mientras tanto, contentémonos con implorar las luces del Espíritu Santo. Hasta que Dios nos haya colocado definitivamente en un estado, o hasta que hayamos abrazado decididamente aquél en que vivimos, te propongo que recemos todos los días esta breve oración: «Ven, Espíritu divino, a iluminarnos con tu luces, y abrasa nuestros corazones con tu santo amor».

La rezaremos, por lo que parece, durante varios años más aún, pero no importa. Seamos fieles y recémosla con fervor. El Dios de bondad nos lo concederá si se lo pedimos en nombre de nuestro Señor Jesucristo, puesto

que Jesús mismo ha dicho: «Todo lo que pidierais al Padre en mi nombre, os lo concederé». Por eso tendremos que terminar esa oración con estas palabras: «Por Nuestro Señor Jesucristo, así sea».

Aconsejo a las demás asociadas que hagan lo mismo, excepto a la señora Belloc, que ya ha abrazado el estado -esperémoslo así- al que Dios la destinaba para su salvación y la de su esposo.

El día en que salga esta carta espero recibir una tuya y otra de tu querida hermana, por la que estoy algo inquieta ya que han pasado dos correos sin recibir carta suya. Si estuviera enferma, te ruego me lo digas inmediatamente. Espero este favor de tu amistad. Quizá sean el señor Ducourneau y Carlos los que te lleven mi carta, y entonces te llegará el jueves. Pero si deciden no ir a la feria, la recibirás el sábado.

Adios, mi queridísima amiga, piensa un poco en mí, que yo pienso a menudo en ti.

Adela de Batz
(Cartas, n. 10; a Águeda Diché, Agen)

6. Orando en el camino

El ángelus es una plegaria que hace memoria del misterio de la encarnación. Para el Evangelio, todo comenzó en esa escena de una llamada, la vocación de Dios a una mujer, María. Su respuesta, «Hágase», es la de la humanidad abriéndose al Reino que no tendrá fin, el Reino del amor y de la vida. En su devoción popular, la Iglesia ha querido rezar tres veces al día esta oración, como diciendo: «Acuérdate continuamente de este encuentro, en el que él te llamó y tú dijiste "sí" a Jesucristo Salvador».

El pintor Millet reflejó para siempre en el arte ("El Angelus", 1859), el instante en que, en medio de nuestro trabajo diario, tomamos conciencia de la vocación. Y es que esa tradición popular es en sí misma también una llamada a renovar cada día la respuesta al "amor primero".

ÁNGELUS

- El ángel del Señor anunció a María.
- Y concibió por obra del Espíritu Santo.
Dios te salve, María...
- He aquí la esclava del Señor.
- Hágase en mí según tu palabra.
Dios te salve, María...
- Y el Verbo se hizo hombre.
- Y habitó entre nosotros.
Dios te salve, María...

- Ruega por nosotros, santa madre de Dios.
- Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

Oremos: Infunde, Señor, tu gracia en nuestras almas para que, habiendo conocido por el mensaje del ángel la encarnación de Jesucristo, tu hijo, lleguemos por su pasión y su cruz a la gloria de la resurrección. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Capítulo 2: Poniéndonos en camino

El capítulo segundo subraya la dimensión de respuesta que tiene toda vocación cristiana. Dios es gracia, pero sale al encuentro de nuestra libertad. «El que te creó sin ti, no te salvará sin ti», decía un antiguo teólogo cristiano. El Señor requiere tu respuesta, te invita a que te pongas en camino. Aunque ese camino sea muchas veces una lucha, un duro trabajo (ascética). De todas formas, este capítulo forma un todo inseparable del primero: son como el díptico de la vocación.

1. Lo que yo creo

La llamada de la Palabra pone en camino al creyente, al buscador o al que se siente interpelado, aunque no esté muy clara la fe y la obediencia. Le hace comprenderse e identificarse a la luz de la misma Palabra-misión. Dios le llama nombrándolo. Dios nos llama por un nombre.

Responder a Dios es contestar a su llamada; es decir «aquí estoy» (*hinnení*), expresión típica, en la Biblia, de disponibilidad o respuesta de acogida. Una persona, una sociedad que no sabe o retrasa su respuesta mantiene sin estrenar el camino. Responsabilidad es decir "sí", asumir, profesar, comprometer la vida por entero y repetir el amén de cada día y el amén para siempre. Para nosotros, marianistas, esa respuesta se identifica también con el fiat de María.

Este camino comienza con una "salida de", que supone un desprendimiento, una ruptura. Toda vocación de Dios pone al llamado en situación de éxodo, siendo esta experiencia uno de los criterios fundamentales de autenticidad de la propia vocación.

La salida es percibida como una liberación y, a la vez, como una pascua, como un paso que se da en dirección a la libertad y la comunión y que nos lleva a la plenitud: la tierra prometida, la felicidad-fecundidad personal y comunitaria.

El camino lo sella Dios con su alianza, que es un pacto de amor. Uno recorre su camino "en alianza" con Dios y con su pueblo. El camino es una experiencia costosa, pero motivada por el amor y la presencia de Dios y de los demás.

El camino es así movimiento continuo en alianza y hacia la promesa. En él «todo es gracia». Pero no faltan la debilidad personal, el pecado y las dificultades externas. Por lo mismo, en este camino no puede estar ausente la conversión: volver el rostro, la orientación de la persona desde una posición a otra. Caminar es reorientarse, es establecer la dirección de la marcha, que no es otra que la señalada por la llamada y la alianza. Convertirse es cambiar el corazón, de piedra a carne, para que pueda ser amado y amar por entero al Señor (Ez 36,26). Para poder convertirnos, tenemos que aprender misericordia: sólo un corazón misericordioso es capaz de conversión; el cristiano sólo se convierte cuando ha descubierto a un Dios lleno de misericordia, y se deja convertir por Dios mismo («Pero yo la cortejaré, me la llevaré al desierto, le hablaré al corazón», Os 2,16).

Las etapas de la vida están marcadas habitualmente por crisis, que no son más que momentos significativos de cambio o transformación. Así podemos hablar de primera conversión, que se da en la etapa inicial (juventud), cuando asumimos la verdad de nosotros mismos y reconciliamos el ideal con la realidad; y de segunda conversión (ligada a la mitad de la vida), cuando Dios nos pide una nueva fundamentación, un «nacer de nuevo» (Jn 3,3-4).

El camino adquiere una dimensión nueva cuando la acción de Dios y nuestra respuesta coinciden en lo que llamamos "experiencia fundante", es decir, cuando pasamos de vivir centrados en nosotros mismos, y movidos por nuestras necesidades, deseos y actividades, a centrar nuestra vida en Dios y el Reino; cuando vivimos una vida teologal (fe, esperanza y amor), desde la que entendemos y procedemos de otra manera: identidad, comunidad y misión.

La vida cristiana es así un itinerario, un camino de respuesta a la Palabra, al seguimiento de Jesús. El itinerario tiene dimensiones diferentes: *liberadoras* (una ascesis, que es a la vez obra de Dios y acción nuestra), *iluminadoras* (una nueva sabiduría, que vamos adquiriendo en la oración, la formación y la experiencia de la vida diaria), y *unitivas* (el encuentro con Dios, que se realiza en lo más profundo de la vida, asumiendo la realidad y acogiendo al hermano en sus pobreza y dificultades).

En este camino se avanza con la verdad de la fe y la entrega del amor, pero no puede faltar la esperanza, que es la fuerza que motiva y fascina, que hace correr hacia adelante como el niño que no tiene miedo y al que le gusta adentrarse en un espacio y un tiempo que para él son inmensos y desconocidos, pero cargados de promesas o de sorpresas. La esperanza es así la virtud niña, que tira de la mano de sus hermanas mayores, la fe y el amor, para avanzar siempre más allá, hacia donde guía el Espíritu.

La Familia marianista entiende también su vida y su misión "en camino". Todos los elementos de nuestra espiritualidad ayudan a realizar ese itinerario de respuesta a la Palabra. Además, tenemos desde nuestros orígenes una propuesta de camino espiritual que nos dispone a revestirnos del hombre nuevo con vida plenamente motivada por la fe, la esperanza y la caridad, haciendo un progreso y dando unos pasos que están sugeridos en lo que se conoce como Método de virtudes: su estructura muestra claramente que el camino se hace

desde el éxodo hasta la vida plena conformada en Jesucristo, que entrega su Espíritu a los apóstoles para ir por todo el mundo y evangelizar.

Orar ya es responder a Dios, porque es disponerse al encuentro con él y con su Palabra. Sin embargo, la oración es también una escuela para aprender la respuesta de amor que debo dar al Señor: nuevas actitudes, decisiones o compromisos en favor del Señor y de los demás. No olvidamos que esta respuesta sigue siendo un don o gracia suya. La oración guía el camino. No debe ser dejada nunca, y menos momentos de debilidad o pecado. Ayuda a progresar y a superar la crisis, sella mi conversión, me acompaña en mi nuevo nacimiento.

2. Para hacer el camino

1. Conocerme, conocerte

Si he iniciado este camino de respuesta al Señor, es importante conocerme a mi mismo, conociendo la llamada de Dios. La vocación descubre en primer lugar el nombre de cada uno: quién soy ante Dios y ante mí mismo. Por otra parte, hay un deseo de conocer mejor al Señor: «Que yo me conozca, que yo te conozca», repetía san Agustín. El Padre Guillermo José Chaminade afirmaba: «Toda la perfección del hombre consiste en conocer a Dios y conocerse a sí mismo».

El autoconocimiento no se realiza en introspección psicológica, sino en conocimiento mutuo de uno mismo con Dios y con los demás. Sin embargo, es útil y conveniente recurrir a las ciencias humanas (psicología y sociología) para conocerse mejor.

Sugerencias

1. Puede ser de gran ayuda para ti conocer y aplicarte algún método de autoconocimiento (eneagrama, análisis transaccional, focoussing, etc). No lo hagas solo, sino guiado por alguien o en grupo. El fruto será no sólo psicológico, sino espiritual. Nunca se termina de tomar conciencia de nuevas facetas de nuestra persona, pero estos métodos ayudan a hacer sucesivos descubrimientos.

2. Cualquier página de la Escritura nos ayuda a conocernos, pero, sobre todo, los salmos son oraciones en las que nos podemos conocer y reconocer. Elige esta semana uno con el que te identifiques y ora con él. En la sección "Un tiempo para la Palabra", de cada capítulo, tienes varios salmos. Deja que éstos susciten en ti sentimientos, actitudes y reacciones de oración. Anota después tu vivencia al orarlos.

3. El árbol es un buen símbolo para expresar nuestra realidad. Dibuja el árbol de tu vida en este momento: como

raíces, pon todo lo que te alimenta y te hace crecer desde lo profundo; como ramas y hojas, lo que te llega desde fuera, desde los demás; como frutos, lo que vas realizando y dando. Apunta también otras cosas que se te ocurran (heridas o inscripciones en el tronco, los que anidan o se refugian en tu copa, etc). Con este ejercicio puedes valorar tu momento presente: crecimiento, maduración, relaciones, etc.

2. Discernir: la vigilancia evangélica

En el Evangelio, Jesús invita continuamente a velar, a no dormirse, a estar atentos, a ser «sencillos como palomas y prudentes como serpientes» (Mt 10,16). Todo ello nos habla del discernimiento, de la capacidad de separar lo malo de lo bueno (sentido moral), del arte de descubrir por dónde habla el Espíritu y qué dice, de la sensibilidad ante la llamada de Dios en mi vida.

Uno de los grandes maestros del discernimiento fue Ignacio de Loyola. En sus Ejercicios Espirituales indica cómo debe ponerse la atención para discernir los espíritus: «Presupongo ser tres pensamientos en mí, es a saber, uno propio mío, el cual sale de mi mera libertad y querer, y otros dos, que vienen de fuera: el uno que viene del buen espíritu, y el otro del malo» (Ej. 32). Ignacio mismo nos dejó instrumentos valiosos para orientarnos: su "Reglas de discernimiento" (Ej. 313-336) es uno de los documentos más valiosos y lúcidos de la espiritualidad cristiana y de la psicología.

Aprender a discernir es vital porque me hace un cristiano despierto y lúcido: me ayuda a formar mi sensibilidad espiritual, a estar atento a lo que Dios quiere, a ser crítico ante las respuestas que damos en la vida. «Dios mío, sé tú mi único deseo» (Adela de Trenquellion, Cartas, n. 246).

«Discernir es simplemente dejarse llevar por el Señor. Sin embargo, este dejarse llevar, si se analiza bien, es una osadía. Discernir es una osadía de cara a la libertad, y requiere además una libertad osada [...]. La osadía de la libertad que el discernimiento requiere consiste, de cara a uno mismo, en permitirse y atreverse a proceder ciegamente por donde la razón ya no puede acompañar las actuaciones humanas. La libertad ayuda a proceder a ciencia cierta por donde se cree que es lo prudente, o simplemente por donde quiere la voluntad. En el caso del discernimiento, se opta osadamente -de cara a la libertad- por donde no se ve, por donde se es llevado» (Carlos R. Cabarrús, Discernimiento espiritual, Pedagogía CIS Roma 1990).

Y es que el ejercicio del discernimiento es una tarea de inteligencia especial, en la que se aprende a pensar de nuevas maneras, a tener los criterios que vienen de la fe y que vienen del resultado de una lucha interior; en la que el Espíritu de Dios quiere emplearse a fondo para conducir, para iluminar y comprometer. Porque el discernimiento culmina en la elección (en aceptar ser elegido diría Ignacio), en decisiones creativas, evangélicas y transformadoras.

Sugerencias

1. Habitualmente, utilizas el examen de conciencia para prepararte al sacramento del perdón. Pero ¿utilizas el examen al final del día como revisión y acción de gracias? ¿Estás habituado a él? Fíjate en este sencillo esquema para hacerlo. Se le conoce con el nombre de "Oración de Alianza".

a) De ti a mí (examen o revisión de lo que hoy he recibido de Dios: dones, gracias, encuentro, etc.).

b) De mí a ti (examen de mi respuesta a lo largo del día: si he fallado a su amor, a la moción del Espíritu, pido perdón; si he sabido actuar como él quiere, le doy las gracias, etc.).

c) Tú y yo, mañana (me preparo para el día siguiente, tomando como base lo que ha ocurrido hoy entre él y yo).

2. Otro instrumento que puede ayudarte mucho: el examen de la oración. Resérvate un cuaderno para ir escribiendo lo que vas sintiendo y percibiendo en cada tiempo de oración personal. Identifica las mociones del Espíritu que se dan en ti. Trata de saber hacia dónde te está queriendo llevar el Señor en este período de tu vida. Comparte y comenta lo que has escrito con alguien que tenga experiencia del discernimiento espiritual.

3. Discernir y orar con la actualidad del mundo. Después de leer la prensa de hoy, o de informarte de las noticias de radio o TV, elige una noticia importante de ámbito nacional o internacional: ¿Qué criterios utilizas para formarte una opinión sobre ella? ¿Qué juicio te merece desde la valoración evangélica? ¿Cuál es el comentario que con profundidad puedes hacer de los acontecimientos en los que tú o los demás os veis implicados? Lleva esas noticias y tu discernimiento a la oración. Deja que Jesús diga también su palabra sobre ello; escucha su versión de los hechos; deja que el Espíritu ilumine el "fondo del alma".

3. Caminar creciendo

Para hacer más dinámico y progresivo mi camino espiritual, conviene echar mano de algunos instrumentos o medios que impulsen y guíen los pasos que voy dando. Aquí tienen su papel los distintos "métodos" o caminos, bien sea para iniciarme en la oración (en cada capítulo de este libro tienes uno), o en el discernimiento, o sencillamente para organizar mi vida de fe y mi compromiso cristiano.

Toda espiritualidad y todo movimiento en la Iglesia tienen sus propias propuestas para ayudar a crecer y formarse como cristiano. El catecumenado no

puede ser solamente una etapa de preparación sacramental; estamos en un catecumenado de adultos permanente, ya que toda la vida cristiana se entiende en clave de proceso y de personalización. Proceso porque nuestra vida de fe va siguiendo unos pasos, unas etapas; personalización porque el proceso, aun teniendo elementos comunes para todos, cada uno tiene que aplicarlo de manera única.

Sugerencias

1. Practica cada semana con alguno de los métodos de oración propuestos. Evalúa su incidencia en tu oración.
2. El "Método de virtudes" marianista es un itinerario de trabajo espiritual que puede ayudarte mucho. Especialmente interesante es su primera etapa: las virtudes de preparación. Allí aparecen los "Cinco silencios", verdadera escuela para aprender la sabiduría del silencio y la escucha profunda. Pide algún texto del Método de virtudes, o bien trabaja y comparte en grupo sobre los Cinco silencios.
3. Quizá deberías introducir, o valorar más, en tu camino personal de fe el proyecto personal de vida o los ejercicios espirituales. ¿Qué es lo que permanece en ese proyecto y qué es lo que vas introduciendo como nuevo en el pasar del tiempo? ¿Qué es lo que te han dejado los últimos ejercicios espirituales que has hecho?
4. Fíjate en este dicho: «La persona, hasta los 25 años aprende. Desde los 25, realiza. A partir de los 40, peregrina. Y desde los 60, se entrega». ¿Qué significan para ti los cuatro verbos de esta frase? ¿Cómo entiendes vitalmente el verbo que corresponde a tu edad, y en qué sentido están integrados en ti los verbos de las etapas anteriores? Este ejercicio puede servir para valorar y revisar la vida, incluso para orar.

3. Caminos de oración

Las oraciones de la Iglesia

Qué es

1. La distinción entre oración vocal y oración mental es un hecho moderno. Desde la antigüedad y hasta la Edad Media, se oraba y se leía pronunciando la oración o el texto. El mismo san Agustín se extrañó un día al sorprender a san Ambrosio, su obispo y consejero en Milán, leyendo en silencio, sin mover los labios. Lo normal era orar o leer vocalmente. La mayoría de los maestros espirituales opinaban que orar con palabras es la primera etapa de nuestro camino de oración. La más importante. Y a veces, la única.

2. Jesús, cuando sus discípulos le piden que les enseñe a orar (Lc 11,1), lo que hace es ofrecerles una "plegaria" para siempre y para orar juntos como comunidad. Es la "oración dominical", la oración del Señor, el padrenuestro. Si alguien preguntara: «Si nos tuviéramos que quedar con un solo método de oración, ¿cuál elegiríamos?», responderíamos que nuestro único método es decir «Padre nuestro...».

3. Teresa de Jesús, en el libro dedicado a enseñar a orar a sus comunidades, se centra precisamente en la "oración dominical". Dice así al final de Camino de Perfección: *«Veis aquí, amigas, cómo es el rezar vocalmente con perfección, mirando y entendiendo a quién se pide, y quién pide, y qué es lo que se pide. Cuando os dijeren que no es bien tengáis otra oración sino vocal, no os desconsoléis. Leed esto muy bien: que rezar vocalmente no os lo puede quitar nadie, ni rezar el paternoster de corrida»* (C 73,1).

4. En nuestro camino de fe queremos orar poniéndonos en camino precisamente con las oraciones de la Iglesia y de la Familia marianista. Así oramos haciendo Iglesia, desde la sencillez y la comunión con todos.

Cómo orar

1. Hago silencio exterior e interior durante unos minutos.

2. Me pongo delante de Dios, y me hago consciente de su presencia y de su amor.

3. Elegida la oración, Padre nuestro, Ave María, un salmo u otra plegaria recogida de la tradición eclesial o marianista, por ejemplo el Nada te turbe, de santa Teresa, o la Oración de las Tres, etc., la rezo o recito entera en mi interior.

4. A continuación me voy deteniendo, «contemplando la significación de cada palabra de la oración» (Ignacio de Loyola, Ejercicios, 249, 2º modo de orar). «Y esté en la consideración de esta palabra tanto tiempo cuanto halla significaciones, comparaciones, gustos y consolación [...]. Y si la persona que contempla el Paternoster hallare en una palabra o en dos tan buena materia que pensar, y gusto y consolación, no se cure pasar adelante, aunque se acabe la hora en aquello que halla» (Ej. 252.254).

5. *Esta forma de contemplar también la puedo alternar o suplir con el recitado de la oración, llevando el ritmo de la respiración: «El tercer modo de orar es que con cada anhélito o resollo (al inspirar o expirar el aire), se ha de orar mentalmente, diciendo una palabra del Paternoster, o de otra oración que se rece [...], y mientras durare el tiempo [...], se mire principalmente en la significación de la palabra o en la persona a quién reza» (Ej. 258).*

6. *Termino recitando entera la oración, y doy gracias por el rato de encuentro y por la luz o fuerza que he recibido al orar.*

7. *¿Cómo he estado en este rato? ¿Qué he sentido o percibido? Si hay algo interesante, lo anoto en mi cuaderno de oración.*

4. Un tiempo para la Palabra

El camino de la justicia - Sal 1

Ponte con sinceridad ante los dos caminos que te presenta este salmo de introducción al salterio. Contempla la meta que aguarda a los que, fieles a la Alianza, ponen su gozo en la ley del Señor, y la que espera a quienes expresan su burla del justo con su cinismo. Déjate ganar por la primera palabra: "¡Dichoso!". Es como si oyeras un "Felicidades" cordial y festivo. Repara en lo elemental de las imágenes empleadas: aprecia, en lo caluroso del clima palestino, ese árbol plantado al borde de la acequia y que no se marchita; y sigue con la vista de tu imaginación la inconsistencia de ese montón de paja arrebatada por el viento. Tu vida también es un camino. Dios te lo señala. Realízalo tú con responsabilidad. Pero, sobre todo, no olvides quién dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). Emprende el camino de la vida tras las huellas de Jesús, no frente a él.

*Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche.
Será como un árbol
plantado al borde de la acequia:
da fruto en su sazón
y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin.
No así los impíos, no así;
serán paja que arrebatada el viento.
En el juicio los impíos no se levantarán,
ni los pecadores en la asamblea de los justos;
porque el Señor*

*protege el camino de los justos,
pero el camino de los impíos acaba mal.*

¿Quién puede habitar en tu tienda? - Sal 15 (14)

La pregunta que el orante bíblico se plantea, y que tú también te formulas, se refiere a la posibilidad de un culto separado de su repercusión en la conducta diaria. La respuesta del sacerdote a la puerta del templo te ofrece el espejo de seis enunciados: todos miran al prójimo. El séptimo es su resumen. Están todos en la "línea interior" de la manifestación del querer de Dios que el profeta Miqueas nos señaló (cf. Miq 6,8). Pondera la serena firmeza con que el salmo te proclama que «el que así obra nunca fallará». ¿Será preciso que te recuerden la necesaria reconciliación con el hermano ofendido antes de participar en el culto (Mt 18,22)? Jamás podremos presentarnos ante Dios sin haber franqueado antes la puerta de la paz fraterna. Así será más completa nuestra semejanza con el Santo y Justo que «dio su vida en rescate por todos» (Mc 10,42).

*Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?
El que practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua,
el que no hace mal a su prójimo,
ni difama al vecino,
el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor;
el que no retracta lo que juró
aun en daño propio,
el que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que así obra nunca fallará.*

Vocación de Jeremías - Jr 1,4-12

Ante la llamada caben posturas de miedo, de sentirse muy poca cosa ante la responsabilidad de la misión encomendada, incluso de indignidad personal. Pero el Señor te dice como a Jeremías: no temas ni pongas excusas, porque no se trata de tu poder o tu valía, sino de mi poder, de mi palabra, de mi fidelidad. La vocación de Jeremías es consoladora porque sitúa la fuerza de poder responder en Él, no en mí. Pero, claro, invita a caminar desde Él, a llevar a todos la Palabra de Él.

*Recibí esta palabra del Señor:
Antes de formarte en el vientre, te escogí,
antes de que salieras del seno materno,*

*te consagré: te nombré profeta de los gentiles.
 Yo repuse: ¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar,
 que soy un muchacho.
 El Señor me contestó:
 No digas "Soy un muchacho",
 que a donde yo te envíe, irás,
 y lo que yo te mande, lo dirás.
 No les tengas miedo,
 que yo estoy contigo para librarte -oráculo del Señor-.
 El Señor extendió la mano y me tocó la boca; y me dijo:
 Mira, yo pongo mis palabras en tu boca,
 hoy te establezco sobre pueblos y reyes,
 para arrancar y arrasar,
 para destruir y demoler,
 para edificar y plantar.
 Recibí esta palabra del Señor: ¿Qué ves, Jeremías?
 Respondí: Veo una rama de almendro.
 El Señor me dijo: bien visto,
 porque yo velo para cumplir mi palabra.*

La Sabiduría, ese gran regalo Sab - 7,21-9,18

Cada uno de nosotros va percibiendo a lo largo de su vida, corta o larga hasta ahora, la entrada progresiva de este "saber" nuevo que no viene ni de los estudios ni de la propia experiencia, sino del mismo misterio de Dios. Este largo pasaje te hace palpar la experiencia de los creyentes sobre esta sabiduría que te sobrepasa, que no viene de ti y que, sin embargo, está naciendo en ti: es la sabiduría de la fe, la que comunica y hace crecer el Espíritu Santo. Da gracias por este saber espiritual, que es un "sentir y gustar las cosas internamente", según Dios, según el espíritu del Evangelio. Pide, incluso, como Salomón, el acrecentamiento de este saber de Dios, para poder discernir, comprender mejor cómo responder a lo que el Señor quiere.

*Todo lo sé, oculto o manifiesto,
 porque la sabiduría, artífice del cosmos, me lo enseñó.
 En efecto, es un espíritu inteligente, santo, único,
 múltiple, sutil, móvil, penetrante, inmaculado, lúcido, invulnerable,
 bondadoso, agudo, incoercible, benéfico, amigo del hombre,
 firme, seguro, sereno, todopoderoso, todovigilante,
 que penetra todos los espíritus inteligentes,
 puros, sutilísimos.
 La sabiduría es más móvil que cualquier movimiento,
 y en virtud de su pureza lo atraviesa y lo penetra todo;
 porque es efluvio del poder divino,
 emanación purísima de la gloria del Omnipotente;
 por eso nada imundo se le pega.*

*Es reflejo de la luz eterna,
espejo nítido de la actividad de Dios
e imagen de su bondad.
Siendo una sola, todo lo puede;
sin cambiar en nada, renueva el universo,
y entrando en las almas buenas de cada generación,
va haciendo amigos de Dios y profetas [...].
La quise y la rondé desde muchacho,
y la pretendí como esposa,
enamorado de su hermosura.
Por eso decidí unir nuestras vidas,
seguro de que sería mi consejera en la dicha,
mi alivio en la pesadumbre y la tristeza [...].
Dios de mis padres, Señor de misericordia,
que todo lo creaste con tu palabra
y formaste al hombre sabiamente
para que dominara todas tus criaturas,
gobernara el mundo con justicia y santidad
y administrara justicia rectamente:
dame la sabiduría entronizada junto a ti,
no me niegues un puesto entre los tuyos.*

Lo que Dios desea de ti - Miq 6,8

Un versículo que vale por un largo discurso. Una invitación condensada en tres expresiones: respetar el derecho, amar la misericordia, caminar humildemente ante Dios. Cuando has sentido que Dios se "quejaba" de tu respuesta, que te sentía lejano a él; cuando, en medio de ese sentimiento de pobreza y de lejanía, sabías que su amor fiel estaba ahí inconmovible, probablemente te has preguntado: «Entonces, ¿qué tengo que hacer?». Y con el profeta tenías la certeza de que la respuesta no podía ser grandilocuente ni hipócrita. La respuesta que Dios espera está en el centro mismo de la Alianza: darte tú mismo, darte desde el fondo, desde el corazón mismo de Dios.

*Te he explicado [...] lo que Dios desea de ti:
simplemente, que respetes el derecho,
que ames la misericordia
y que andes humilde con tu Dios.*

El nuevo nacimiento - Jn 3, 1-21

A veces tu oración es ésta. Primeramente, la valentía de salir de tu rincón privado de fariseo (de hombre o mujer bueno, religioso, honesto), y, aunque sea de noche (es decir, a hurtadillas: tú sabrás por qué te escondes y de qué tienes pudor), encontrarte con Jesús cara a cara. Una vez hecho esto, mantenerte en

conversación con él. Sobre todo dejándote enseñar por el Maestro, tú que presumes de saber tanto, o quejándote de llevar tantos años de oración baldía. Escucha a la Palabra en persona, déjate conmover por ella. No tengas impaciencia por averiguar de repente qué es eso de nacer de nuevo o nacer de lo alto. Además, es que lo sabes (tantos años de sacramento del bautismo y de la confirmación en el Espíritu...); lo que ocurre es que hace falta un dejar que de verdad empieces a nacer desde Dios. Este es el nombre que recibe la fe cuando se ha hecho un camino vital, irreversible, salvífico.

Había un fariseo llamado Nicodemo, jefe judío. Éste fue a ver a Jesús de noche y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios como maestro; porque nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él.

Jesús le contestó: Te lo aseguro, el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le pregunta: ¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer? Jesús le contestó: Te lo aseguro, el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu. No te extrañes de que te haya dicho: Teneis que nacer de nuevo; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu.

Nicodemo le preguntó: ¿Cómo puede suceder eso? Le contestó Jesús: Y tú, el maestro de Israel, ¿no lo entiendes? Te lo aseguro, de lo que sabemos hablamos; de lo que hemos visto damos testimonio, y no aceptáis nuestro testimonio. Si no creéis cuando os hablo de la tierra, ¿cómo creeréis cuando os hable del cielo? Porque nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre.

Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.

La Visitación de María a Isabel - Lc 1,39-56

Israel temblaba y a la vez gozaba con la presencia de Dios: ya fuera en el Arca, en el Templo o en el propio corazón. La escena de la Visitación no puede ser leída y contemplada desvinculada de esa experiencia del Pueblo de Dios.

El "hágase" de María ha abierto la puerta de esta presencia del Mesías, que llena de gozo al que será el último profeta. Su misma madre pronuncia la bienaventuranza de la fe, que es un anuncio de la que hará años más tarde el mismo Jesús. Entra en este clima de presencia y de alegría, y déjate después llevar por el primer gran himno de alabanza del Evangelio que es el Canto de María.

El Magníficat es tanto una bendición de la Madre como el Salmo por excelencia de la Iglesia. Hazlo tuyo, personalízalo, refiérela a lo que Dios está haciendo

contigo. Hazlo de todos, descubre a la Iglesia queriendo entrar por este camino sorprendente del Dios Amor Salvador.

Unos días después, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo, y dijo a voz en grito: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá. María dijo:

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán
todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho
obras grandes por mí:
su nombre es santo.
Y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos,
y enaltece a los humildes;
a los hambrientos los colma de bienes,
y a los ricos los despide vacíos.
Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán
y su descendencia para siempre.*

María se quedó con Isabel unos tres meses y después volvió a casa.

5. Un tiempo para el carisma

1. La vida espiritual como proceso

El profeta Elías o el viajero y misionero Javier. Nombres que recuerdan caminos, fruto de persecuciones y huidas, de coherencias de la fe y de envíos evangelizadores. Estas imágenes de la Escritura y de la Historia de la Iglesia, ilustran los procesos personales que Chaminade prevé que seguirán sus discípulos y sus fundaciones. El pan de Elías «hay que terminarlo del todo»: nuestro camino está hecho de tiempos diversos que hay que asumir, «comer». Y

en medio del camino, momentos para gozar del monte, momentos de Tabor, «momentos felices que quedan grabados en el alma para siempre».

Nuestro Buen Padre nos recordó la huida de Elías por el desierto. Llegado a un lugar, rendido de sueño y cansancio, se durmió. Un ángel vino a despertarlo diciéndole estas palabras: Levántate y come porque aún te queda mucho camino por andar. Elías se levanta, come y se vuelve a dormir. Pero el ángel lo despierta de nuevo y le dice por segunda vez: Levántate y come. Cuando terminó el resto del pan, se sintió tan fortificado por el alimento celestial que caminó durante cuarenta días. Al cabo de esos cuarenta días llegó al monte Horeb, donde vio a Dios. Este sólo momento ya le compensó de todas sus fatigas y penas. Ese monte era figura de la perfección.

*Nuestro Buen Padre nos dijo que las virtudes de preparación y el trabajo de purificación son la mitad del pan de Elías, que tenemos que comer pero sin detenernos ahí. Hay que terminarlo del todo, es decir, adquirir las virtudes de consumación, para llegar a aquel monte tan deseado donde veremos a Dios. Este corto instante es tan feliz que compensa de todas las penas que uno pueda haber sufrido. Nos contó que san Francisco Javier no estimaba haber hecho demasiado, en comparación del gozo que produce uno de esos momentos felices que quedan grabados en el alma para siempre. Es el descanso santo, el sueño, o mejor el éxtasis, cuya dulzura gustó Adán cuando Dios le quitó una de sus costillas para formar a la primera mujer. Aquel sueño prefiguraba el sueño de Jesucristo en el árbol de la cruz, cuando le abrieron el costado, de donde salió su esposa sagrada, la Iglesia (Tres conferencias del Padre Chaminade a las Hijas de María sobre la perfección y el espíritu del Instituto, ¿1816-1825?. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 211-212, nn. 1145-1146).*

2. Jesucristo, nueva humanidad

El camino espiritual busca plenitud, va en busca de hondura. Como dice el texto original del Evangelio que solemos traducir por "sed perfectos": "sed gente que va más lejos", "llegad a vuestra plenitud como persona", a lo mejor de vosotros mismos. Esta tarea no es un puro prometeísmo; llegar a una plenitud personal, según la medida de cada uno, es una obra del mismo Dios (Ef 4,7). Pero el modelo de la humanidad nueva es Jesucristo. La Iglesia sólo tiene un camino, el de la dignidad humana, el que encarnó y recorrió Jesús de Nazaret. Después de Cristo, lo verdaderamente humano se ajusta al Evangelio. Jesucristo, nueva humanidad

Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. Este fue el texto que nuestro Buen Padre tomó para la primera conferencia que nos dio sobre la perfección. Jesucristo dirige estas palabras en su Evangelio a todos los cristianos, pero hace de ellas un precepto para todas las personas religiosas. Por eso estamos obligados a tender a esta deseable perfección de nuestro Padre celestial. Nunca llegaremos a alcanzarla por completo, pero debemos trabajar en ello sin descanso, de modo que ésta sea nuestra ocupación más importante. Para

animarnos a este trabajo, hay que considerar en qué consiste la perfección a la que estamos llamados, y qué medios debemos emplear para conseguirla.

*La perfección consiste en despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo. Pero ¿qué es el hombre viejo? Es esta naturaleza corrompida que nos ha dejado nuestro padre Adán. Por tanto, hay que hacer morir esta naturaleza, despojarnos de ella completamente para que el nuevo Adán se forma en nosotros. ¿Quién es ese hombre nuevo? Es Jesucristo (Tres conferencias del Padre Chaminade a las Hijas de María sobre la perfección y el espíritu del Instituto, ¿1816-1825?. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 207, nn. 1132-1134a).*

3. María, formadora en el camino cristiano

«Madre de la vida y de la gracia». «El Padre ha puesto en manos de María los tesoros adquiridos por Cristo, para que ella ejerza las funciones de su maternidad». María está en el comienzo, acompañando la llamada, pero también está en el camino: engendra, acompaña y forma. María forma «recibiendo y entregando»: «es el canal que recibe y deja correr hasta nosotros». Recordemos que este doble movimiento es el de la transmisión kerigmática del Evangelio: «porque yo recibí lo que a mi vez os he transmitido» (1 Cor 15,3). Hay que caminar sabiendo recibir y comunicar lo recibido.

*El primer deber de una madre es alimentar a sus hijos, y la primera necesidad que siente es la de amarlos. María no ha querido renunciar a esta obligación sagrada. Madre de la vida y de la gracia, nos ha dado la vida, y cada día derrama en nuestras almas la gracia que debe alimentarlas, fortificarlas y hacerlas llegar a la plenitud de la edad perfecta. Efectivamente, de su bondad recibimos todos los auxilios que conducen a la salvación. Es verdad que Jesucristo, de quien viene todo nuestro valer, es el único que nos ha podido merecer esas gracias por su muerte. Como Padre, ha provisto abundantemente de todo lo necesario para la vida de nuestras almas, para el aumento de nuestras fuerzas, para la curación de nuestras enfermedades y para el desarrollo de la fe y de todas las virtudes. Al mismo tiempo, ha puesto en manos de María los tesoros de bendición adquiridos por su sangre, para que ella ejerza las funciones de su maternidad. De ese modo, María, como Madre de una gran familia, distribuye todos los bienes según las necesidades, las circunstancias y la fidelidad de cada uno. Por eso, nada viene del cielo sin pasar por la Santísima Virgen. Ella es el canal que recibe y deja correr hasta nosotros el agua bienhechora de la gracia. Como dice san Bernardo, María ha sido dada al mundo para que por ella se transmitan sin cesar los dones celestiales de Dios a los hombres; y Jesucristo ha querido poner en manos de María el fruto de sus méritos para que recibamos de ella todos los bienes que podamos obtener (Breve tratado del conocimiento de María. Manual del Servidor de María (1844). En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 107, n. 495).*

4. El principio de todo

Caminar según el Espíritu es «hacerle sitio, darle libertad para obrar e influir en nosotros». Y él lo que hace es encaminarnos a vivir de Dios y para Dios. Todo el

proceso de la vida cristiana es "espiritual", en cuanto que está movida y animada por el Espíritu de amor y libertad, por el Espíritu que siempre tiende a crear, a hacer nacer y renacer, a dar vida. En nuestra oración nos abrimos de una manera más consciente a esta actuación.

En esto consiste precisamente ser espiritual y vivir según el espíritu: en que el Espíritu Santo es en nosotros el principio de todo, nos posee por completo, nos tiene en sus brazos y nos lleva a todo lo que él quiere. Esto se realiza en unos más visiblemente que en otros, pero se realiza de verdad en todos los que se quieren mortificar y renunciar totalmente a la carne y a sí mismos [...].

Cuando hacemos sitio en nosotros al Espíritu y le damos libertad para obrar e influir en nosotros, nunca deja de actuar, de guiarnos y de tomar posesión de nuestras potencias para elevarlas a las obras que Dios quiere de nosotros. Está y habita en nosotros, para obrar en nosotros para gloria de Dios, para vivificarnos y para ser el principio de nuestra vida nueva y de la vida divina de la que tenemos que vivir [...].

*Efectivamente, desde el bautismo, en el que recibimos el espíritu de hijos de Dios, debemos vivir según Dios y de la vida misma de Dios, porque el hijo debe vivir de la vida de su padre, desciende de él como un segundo viviente, y debe continuar, extender y renovar su misma vida. En una palabra, debe tener un mismo principio de vida con su padre. Ahora bien, la vida de Dios en Dios es Dios mismo, y él mismo es el principio de su vida. Así también la vida de Dios en nosotros es Dios mismo, y él es el principio de nuestra vida, el que nos anima, nos mueve y nos da fuerzas (Manual de Dirección para la vida y las virtudes religiosas en la Compañía de María, 1829. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 244-245, nn. 33-34).*

5. ¿Qué te dice tu corazón?

Cada carta de Adela es una ventana abierta al discernimiento y al camino marianista que va abriéndose paso. Adela pertenece a la primera generación de jóvenes que buscan una consagración especial y, a la vez, ayudan a otras a realizar ese mismo camino marianista. La larga relación epistolar con Melania Figarol es un ejemplo del primitivo acompañamiento vocacional en los orígenes marianistas. Ese «¿Qué te dice el corazón?» es toda una interpelación a nuestro caminar, a nuestra situación.

J.M.J.T.

11 de noviembre de 1820

¡Dios mío, qué largo es mi destierro!

¡Con qué gran satisfacción, queridísima amiga, hemos recibido noticias tuyas, de las cuales nos veíamos privadas hace ya mucho tiempo!

He tenido un gran consuelo al ver que te mantienes entregada a la salvación de las almas, precio de la sangre de nuestro Salvador. ¡Que un deseo cada vez más ardiente por tan noble fin nos abrase! Estemos dispuestas a consumirnos, a sacrificarnos por la salvación, incluso de una sola alma. San Ignacio decía que

aunque sólo evitara un único pecado mortal, daría por bien empleados todos sus trabajos.

Te lo ruego, querida hija: no dudes de que tenemos siempre los mismos sentimientos contigo y de que estamos dispuestas a acogerte en cuanto la Providencia te traiga. No te preocupes de nada más [...].

Te voy a decir lo que me brota del corazón: después de tres años, tu vocación debes tenerla tan clara como para tomar una decisión definitiva. El corazón de tus padres lo sentirá, pero, en fín, no te necesitan, tienen otros hijos... No diría yo lo mismo a una hija única; pero es preciso que Dios nos hable claro cuando nuestros padres tienen necesidad de nosotras. "Dejad a los muertos el cuidado de enterrar a los muertos". Por lo demás, querida hermana, trátalo con tu Ananías; él debe ser para ti el interprete de la voluntad de Dios, y piensa que en cuanto llames a nuestra puerta te abriremos... ¡Qué felicidad si pudiéramos comenzar el año juntas! Pero, querida amiga, ¿qué te dice tu corazón?

Ahora tenemos ya dos casas, y se habla de nuevos establecimientos; cada una de nosotras puede esperar cambios. Se ha acostumbrado una a una casa, quiere a sus hermanas, y de pronto recibe una obediencia para ir a otra comunidad que tiene necesidad de alguien más. ¿Hará vacilar esto una vocación?

Me complace que me digas que estás trabajando un poco por mantener el silencio. Pero nosotras solemos hablar de cinco silencios: el de la palabra, el de los signos, el de la mente, el de las pasiones y el de la imaginación. Se trabaja por adquirir gradualmente cada silencio.

Por el de los signos se trata de controlar los gestos que demuestran nuestros diferentes sentimientos; por ejemplo, manifestar con un ademán o con mala cara que algo nos molesta o nos contraría; se trata de dominar un exceso de alegría y de evitar ciertas contorsiones del cuerpo que así lo atestiguan.

Por el de la mente se trata de acostumbrarnos a no perder el tiempo con pensamientos inútiles, y poder concentrarnos en pensamientos piadosos, como el de la presencia de Dios, etc.

El de la imaginación es esforzarse en no dejarse llevar por ensueños y no ocuparse de quimeras.

El de las pasiones es imponer silencio a los movimientos desordenados del corazón.

Te he dado un breve bosquejo del trabajo en que tendrás que ocuparte en el noviciado. Pero no hay que llevar todo este trabajo a la vez; no se conseguiría nada. Una cosa después de otra. Por ahora, conténtate con el de la palabra y un poco con el de los signos.

Todas nuestras hermanas te abrazan y te echan de menos. Te quiero en Nuestro Señor Jesucristo.

Sor María

(Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 413. A Melania Figarol. Tarbes).

6. Orando en el camino

Llamamos doxología a toda oración de alabanza que se dirige a Dios para glorificarlo (doxa= gloria) o proclamarlo santo. En la eucaristía hay dos momentos

solemnes doxológicos: el "Santo", y el "Por Cristo, con él y en él." También en la tradición marianista existe una doxología que, como todas las compuestas en la Iglesia, testimonian la gloria o santidad de Dios. Pero lo típico de la doxología marianista es el carácter mariano que tiene: es María la que glorifica al Señor «en todas partes», como primera discípula de Jesús y modelo de la Iglesia. Recordemos que María, en su cántico de alabanza, fue la primera persona del Nuevo Testamento que glorificó al Dios salvador. Por eso podemos decir que nuestra oración es un magníficat abreviado.

DOXOLOGÍA MARIANISTA

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo
sean glorificados en todas partes
por la Inmaculada Virgen María. Amén

SEGUNDA SECCIÓN: LA MISIÓN DEL HIJO

Capítulo 3: Para ser como Jesús

Este capítulo presenta la figura de Jesucristo, que debe ser conocido, amado y seguido con el fin de identificarnos con él. Como discípulos, nos ponemos a la escucha del Maestro y avanzamos en el camino de su seguimiento: aprender a ser discípulos que, en comunidad, reciben una misión y se deciden y comprometen a ser apóstoles.

1. Lo que yo creo

El plan de amor del Padre culmina en la persona de su Hijo. Por tanto, nosotros somos llamados en Jesucristo y para identificarnos con él. «Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman. De aquellos que han sido llamados según su designio. Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,28-29).

El camino de la espiritualidad en la Iglesia, de cualquier carisma, y, por tanto, también del carisma marianista, no es otro que el seguimiento de Jesucristo. Su persona, presencia activa del Dios amor para con nosotros, es a la vez cercanía humana y misterio insondable. Su amor sale al encuentro nuestro.

Sus palabras son un llamamiento continuo: «Sígueme» (Mc 1,14), «Vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Luego, ven y sígueme» (Mc 10,21), «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6).

Este seguimiento que define el ser cristiano se presenta primeramente como discipulado. Ser discípulo significa estar a la escucha de él, aprender de él. Esta dimensión formativa del seguimiento es primordial, como lo fue en la primera comunidad de discípulos: Jesús enseñaba a los doce (Mc 9,31), a sus amigos (Lc 10,39). María, su madre, antes de actuar invitaba a escuchar a Jesús (Jn 2,5).

Seguimiento y discipulado atañen, en primer lugar, al ser y luego al hacer. Y el primer "hacer" del discípulo consiste en estar con él, vivir con él (Jn 1,38-39) para identificarse y transformarse en él: «Para mí, la vida es Cristo» (Flip 1,21). «La vida espiritual no es otra cosa que la vida de Jesucristo, la vida vivida según el espíritu de Jesucristo» (Chaminade, Retiro de 1822).

El segundo paso vocacional cristiano está en el apostolado o envío. Seguir a Jesús es escuchar cómo soy enviado por él al mundo, para ser testigo de él y de la Buena Noticia (Mc 3,14; 6,7-13). Seguir a Jesús como enviado supone tener las prioridades de él, actuar como él, tener los rasgos de Jesús en su misión:

- a) la relación de intimidad con el Padre (oración, cumplimiento de la voluntad del Padre);
- b) dedicación prioritaria a los pobres, pecadores, y enfermos (Jesús lleva a culmen la obra liberadora de Dios comenzada en la revelación de la zarza, Ex 3);
- c) el anuncio del reino de Dios con palabras y signos;
- d) la relación con los demás en el diálogo, la misericordia, la amistad nueva, la formación y preparación para asumir el Reino y la misión que éste entraña. Es

Jesús mismo el que envía. La fe que de Jesús hemos recibido se fortalece dándola y compartiéndola en la tarea evangelizadora.

Ser discípulo y apóstol de Jesús significa asumir el Evangelio, la Buena Noticia del Reino que ha llegado, ante la que respondemos con la conversión y la fe (Mc 1,15). Ser como Jesús sólo es posible encarnando en la vida el Evangelio. Para ello, primero lo tengo que hacer vida en mí, después debo llevarlo como mensaje y buena noticia para la vida de los demás.

Ser como Jesús supone, finalmente, vivir con él el misterio pascual: muerte y vida plena vividas en la biografía personal y en comunión con la pascua de nuestro mundo. La prueba definitiva del seguimiento de Jesucristo pasa necesariamente por la entrega de la vida. Esta dimensión pascual es evidentemente la más costosa y crucial en el proceso del seguimiento. Pero es el verdadero sello de la veracidad de nuestra fe cristiana. Por eso los mártires son para la Iglesia los modelos de respuesta a Aquél que nos amó primero (Jn 15,13). «Renazcamos en Jesucristo. Llega la Pascua. Tratemos de ser dignas de resucitar con él y de comenzar una vida nueva» (Adela de Trenquelléon, *Cartas*, 27 de marzo de 1805).

La espiritualidad marianista tiene en su centro la persona de Jesucristo. Las escenas evangélicas que subrayan nuestro carisma, como la Anunciación (Lc 1,26-38), las Bodas de Caná (Jn 2) o las palabras de Jesús desde la cruz a su madre y al discípulo amado (Jn 19,25-27), muestran a María, la madre y discípula, encarnando a Cristo, llevándolo a los hombres, acogiendo a su Iglesia. María nos lleva siempre a Cristo y a la comunidad eclesial.

Guillermo José Chaminade bebió de las fuentes de la Escuela francesa de espiritualidad, especialmente del Seminario de San Sulpicio, fundado por Juan Jacobo Olier. De este centro de formación brota un cristocentrismo que se concreta en la famosa fórmula: «Jesús ante los ojos, Jesús en el corazón, Jesús en las manos». Nuestro Fundador toma de ahí el triple objetivo de «mirar a Jesús, sentir como Jesús, actuar como Jesús».

Nuestra oración es, como la de Jesús, un diálogo de intimidad y amor con el Padre (Mc 1,35; Lc 10,21). La oración por excelencia de la Iglesia, la plegaria eucarística, es oración de Jesús al Padre. Por eso Jesús es el mediador en nuestra oración. Pero, al mismo tiempo, Jesús está presente, él mismo nos habla en la oración, porque él es la Palabra, la Buena Noticia. Orar es escucharle y hablarle para seguirle mejor. Cristo ora en nosotros, porque vive en nosotros.

2. Para hacer el camino

1. Jesús ante los ojos (Conocerle - conocer desde él)

Para entender y vivir mi itinerario de fe como un seguimiento de Jesús, y después de haber escuchado su llamada e iniciado el camino, necesito conocerle a él, su persona. No nos referimos tanto a un conocimiento intelectual, teórico, sino vital, que abarca la persona entera: «Conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él

en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos» (Flip 3,10-11).

Conocerlo implica conocer su mensaje, comprender la Buena Noticia del Evangelio. No puedo tener verdadera comprensión de la persona de Cristo si no escucho su palabra personalmente y en la comunidad eclesial, que es su cuerpo.

Sugerencias

1. Sigue a Jesús en la lectura continua del Evangelio que hace la Iglesia cada día del año. Este Evangelio orienta la celebración eucarística y alimenta tu oración personal. Anota en tu cuaderno la impresión que te queda de lo que en la jornada te dejan las lecturas bíblicas de turno.
2. Formación permanente sobre Jesús: intenta leer cada año un libro, asistir a un curso sobre Jesús, o verlo plasmado en el arte religioso.
3. Déjate contagiar por la manera de mirar de Jesús. Aprende a mirar como él. Recorre cada rostro tratando de mirar a la gente como lo haría él. Recorre cada rostro tratando de adivinar qué se esconde detrás de las expresiones de cansancio, indiferencia, preocupación, serenidad... Deja brotar en ti la súplica de Jesús hacia ellos.

2. "Jesús en el corazón" (Amarle - amar desde él)

De los ojos hay que pasar al corazón. Tras la comprensión primera debo llegar a un conocer más profundo: «Para que seáis fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en vuestros corazones para que, arraigados en el amor, podáis comprender» (Ef 3,16-18). Me identifico con Jesús en la medida en que pienso, siento, valoro y actúo como él (Flip 2,5).

Sugerencias

1. Al final de esta semana haz una lista de los principales encuentros con personas, y de los sucesos más destacados que has vivido. ¿Cómo ha sido tu actuación? ¿Cómo habría sentido, hablado, actuado Jesús en esas circunstancias? ¿En qué necesitas crecer?
2. Dedicar un tiempo con alguien, o en grupo, a hacer una valoración fraterna de vuestra vida a la luz del Evangelio (corrección de lo negativo y afirmación de lo positivo).

3. Cuando termines de leer un texto del Evangelio, toma conciencia de los frutos que en ti quedan:

- el de la presencia de Jesús: él se ha hecho presente, y así se le siente cuando se proclama el Evangelio,
- el del mensaje que de Jesús llega: algo nuevo se aprende o se recuerda; el Evangelio renueva nuestra mente y la despierta; nos ilumina y nos saca del error o de la duda,
- el de la acción: al escuchar a Jesús que habla, hay una acción misteriosa en nosotros.

3. "Jesús en las manos " (Vivir y actuar como él)

Este último paso de identificación con Cristo es el más importante y definitivo. Se trata de transformar la vida a imagen de Jesús. Supone un proceso de conversión interior: desde el "yo cerrado", orientado hacia la absolutización o idolatrización del tener, el placer y el poder (el antievangelio), hasta el "yo abierto", o en disponibilidad, orientado hacia Jesús y los demás.

"Jesús en las manos" significa, en resumen, vivir como Jesús, amar como Jesús; y hay que llegar a hacer eso realidad en el día a día, en la práctica, en lo cotidiano, con los extraños y con los más conocidos.

Sugerencias

1. Los santos, canonizados o no, son los testigos más cualificados de Jesús, los que han llevado a cabo ese ser como él. Lee alguna buena biografía, que te ayude a incorporar a tu vida alguna de esas actitudes cristianas que ellos encarnan.
2. Este mes voy a comprometerme a realizar ese gesto o acción evangélica que tengo pendiente: pedir perdón o acercarme a una persona concreta, visitar a aquel enfermo que he olvidado, animar una comunidad que se acaba de formar...
3. Por este camino se llega a ser de Cristo. El cristiano es de él, lleva su nombre, forma parte de su familia, es su propiedad, actúa en su nombre, trabaja para él. Nada ni nadie le separa de él; la fuerza que tenemos viene de Cristo y nos une a todos los creyentes. ¿Cómo expresarías el ser de Jesús? ¿Vivo la certeza de que todo lo mío es suyo y todo lo suyo mío?

3. Caminos de oración

"Orar entrando en el Evangelio"

Qué es

1. Ignacio de Loyola, uno de los grandes maestros de la vida espiritual, nos ha dejado en su camino de oración y discernimiento de los Ejercicios espirituales una serie de métodos para orar que tienen todos como finalidad llegar al conocimiento interno del Señor (Ej. 104), «porque no el mucho saber harta y satisface el ánimo, más el sentir y gustar de las cosas internamente» (Ej 2).

2. Entre las formas de oración que propone Ignacio, destaca sobre todo la que define como "contemplación". La aplica a cualquier escena de la vida de Cristo, a partir de la segunda semana de los Ejercicios. Quiere llegar a captar los misterios de Jesús. Se trata de "entrar" en la escena evangélica, penetrar en el texto llegando imaginativamente hasta el lugar y los personajes. A ello invita con tres expresiones típicas que resumen este método: «ver las personas, oír lo que hablan, mirar lo que hacen».

3. Se trata de contemplar la vida de Jesús, entrando en el Evangelio «como si presente me hallase». Es estar ante Jesucristo «nuevamente encarnado para mí». Cuando nos introducimos de esa manera, surge una nueva visión; como cuando descubrimos la imagen en relieve escondida mirando con atención una postal estereoscópica.

4. Todo ello nos debe llevar a una respuesta vital y comprometida. Conocerle a él conociéndome a mí, «para que más le ame y le siga». Orar acercándome a Jesucristo y a su Evangelio desencadena el seguimiento y la elección del Reino.

5. Guillermo José Chaminade, formado en la Escuela francesa de espiritualidad, conoció la fórmula sulpiciano «Jesús ante los ojos, Jesús en el corazón, Jesús en las manos», y la tuvo en cuenta en su pensamiento. Igualmente tuvo que conocer, por su hermano Juan Bautista, el cristocentrismo de los Ejercicios ignacianos. Con los influjos recibidos, y sobre todo con su experiencia de fe y de vida, esta centralidad de Jesucristo la transmitió a nuestra espiritualidad. Nosotros queremos vivirla y afianzarla en nuestra oración.

Cómo orar

1. Creo un ambiente de silencio y de escucha.

2. Pido la gracia de acoger su Palabra y de conocer mejor al Señor en este rato de oración; descubrir qué quiere de mí.

3. Leo pausadamente el texto evangélico elegido. Para este tipo de oración se recomienda una escena con personajes, un relato, pero no un discurso; por ejemplo, una narración de la infancia de Jesús, de su vida pública, o relatos pascuales.

4. Una vez leído, me detengo por partes:

a) «Ver las personas»: Me pongo a mirarlas. Ejercito mi imaginación. Sólo hago eso: miro, observo, veo cómo son Jesús, María, Pedro, Marta, la samaritana, Zaqueo, etc. Me doy cuenta de que nunca había mirado a Jesús así, despacio... Me fijo, incluso, en detalles de su rostro.

b) "Oír lo que hablan": Ahora escucho lo que dicen. Primero me detengo en las palabras que transmite el texto. A partir de ahí sigo escuchando otras cosas que dicen y comentan. Incluso oigo algo que María me dice, un comentario que me hace el apóstol Juan, o Pablo. Me dirijo a Cristo y le hablo.

c) "Mirar lo que hacen": Observo la acción, los gestos, el movimiento dirigido a curar a un enfermo, a atender María al niño, a repartir los panes y los peces a la multitud... Voy metiéndome tranquilamente en la escena. Soy, incluso, invitado a actuar yo también: corro con Pedro y Juan al sepulcro, sigo a Jesús por el camino junto a sus discípulos...

5. Termino centrando la atención en la persona de Jesús: qué quiere decirme al final de este rato; qué quiero decirle yo.

6. Reflexiono sobre esta oración. Apunto lo que ha ocurrido y lo que me ha aportado.

4. Un tiempo para la Palabra

El Rey prometido - Salmo 72

Israel soñaba con un rey ideal: el garante de la justicia y de la paz, el defensor de los pobres, el guardián de la Alianza, el impulsor de una política de progreso y felicidad para todos; un hombre honesto, amado por todos, y cuya fama de bondad y libertad, de fe y fidelidad traspasaba todas las fronteras. Ese rey lo ensayó David, un rey «según el corazón de Dios». Pero el pueblo siguió después esperando un rey definitivo, el Rey-Mesías. Con este salmo puedes no soñar, sino reconocer que ese Rey ya ha empezado a reinar. Su reino ya está aquí, entre nosotros, reconocible en la humildad de lo cotidiano: en la fe servicial y comprometida de los creyentes, en el amor entregado de los no creyentes, en el clamor de los que sufren. El rey prometido, Mesías para los pobres, es Jesucristo.

*Dios mío, confía tu juicio al rey,
tu justicia al hijo de reyes,
para que rija a tu pueblo con justicia,
a tus humildes con rectitud.
Que los montes traigan paz,
y los collados justicia;
que él defienda a los humildes del pueblo,
socorra a los hijos del pobre
y quebrante al explotador.*

Que dure tanto como el sol,
 como la luna de edad en edad;
 que baje como lluvia sobre el césped,
 como llovizna que empapa la tierra.
 Que en sus días florezca la justicia,
 y la paz hasta que falte la luna.
 Que domine de mar a mar,
 del Gran Río al confín de la tierra.
 Que en su presencia se inclinen sus rivales;
 que sus enemigos muerdan el polvo;
 que los reyes de Tarsis y de las islas
 le paguen tributo.
 Que los reyes de Saba y de Arabia
 le ofrezcan sus dones;
 que se postren ante él todos los reyes
 y que todos los pueblos le sirvan:
 porque él librará al pobre que clamaba,
 al afligido que no tenía protector;
 él se apiadará del pobre y del indigente
 y salvará la vida de los pobres;
 él rescatará sus vidas de la violencia,
 su sangre será preciosa a sus ojos.
 Que viva, y que le traigan el oro de Saba,
 que recen por él continuamente
 y lo bendigan todo el día.
 Que haya trigo abundante en los campos
 y susurre en lo alto de los montes,
 que den fruto como el Líbano
 y broten las espigas como hierba del campo.
 Que su nombre sea eterno
 y su fama dure como el sol;
 que él sea la bendición de todos los pueblos,
 y lo proclamen dichoso todas las razas de la tierra.
 Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
 el único que hace maravillas;
 bendito por siempre su nombre glorioso,
 que su gloria llene la tierra.
 ¡Amén, amén!

Estaba durmiendo, mi corazón en vela - Cant 5,2- 6,3

El Cantar de los Cantares es a la vez un canto, un poema, y una obra teatral. El novio y la novia viven su juego de encuentros y desencuentros, el juego serio del amor. Ponle nombre al novio: Jesús. Ponle nombre a la novia: la comunidad eclesial. Y déjate llevar no sólo por la magia poética y la belleza de las palabras y las imágenes (corazón que vela, paloma perfumada, voz del amado en la noche,

etc), sino por su significado para ti que sigues a este novio. Ora con este texto buscando tu noche, la llamada de Jesús a tu vida en este momento, tus búsquedas y tu enfermedad de amor, sus silencios, tu confesión de fe: «Yo soy para mi amado, y mi amado es para mí» (6,3).

*Estaba durmiendo,
mi corazón en vela,
cuando oigo a mi amado que me llama:
Ábreme, amada mía,
mi paloma sin mancha,
que tengo la cabeza
cuajada de rocío,
mis rizos, del relente de la noche [...].
Ya me he levantado
a abrir a mi amado:
mis manos gotean
perfume de mirra,
mis dedos, mirra que fluye
por la manilla
de la cerradura.
Yo misma abro a mi amado,
abro, y mi amado se ha marchado ya.
Lo busco y no lo encuentro,
lo llamo y no responde.
Me encontraron los guardias
que rondan la ciudad.
Me golpearon e hirieron,
me quitaron el manto
los centinelas de las murallas.
Muchachas de Jerusalén,
os conjuro
que si encontráis a mi amado,
le digáis... ¿qué le diréis?...
que estoy enferma de amor.*

El siervo - Is 42,1-9; 49,1-6; 50,4-9; 52,13-53,12

Con cualquiera de los "cantos del siervo" puedes entrar en esta experiencia de revelación que es descubrir lo que Dios le dice al elegido que se ha puesto a escuchar en total disponibilidad y confianza. Ese elegido es el Pueblo de Dios, Israel, abierto a la acción de lahveh incluso en el momento de exilio. Es el profeta que se dispone a ser instrumento dócil en manos de Dios. Pero ese siervo se ha revelado de forma definitiva en la persona de Jesucristo. Seguir a Jesús supone identificarse con el espíritu de estos cantos de servicio. Servicio hasta la cruz de salvación (53,4-5).

*Mirad a mi siervo, a quien sostengo;
 mi elegido, a quien prefiero.
 Sobre él he puesto mi espíritu,
 para que traiga el derecho a las naciones.
 No gritará, no clamará,
 no voceará por las calles.
 La caña quebrada no la quebrará,
 el pábilo vacilante no lo apagará [...].
 Yo, el Señor, te he llamado con justicia,
 te he cogido de la mano,
 te he formado y te he hecho
 alianza de un pueblo, luz de las naciones.
 Para que abras los ojos de los ciegos,
 saques a los cautivos de la prisión,
 y de la mazmorra a los que habitan las tinieblas [...].*

*Escuchadme, islas,
 atended, pueblos lejanos:
 Estaba yo en el vientre, y el Señor me llamó;
 en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre.
 Hizo de mi boca una espada afilada,
 me escondió en la sombra de su mano;
 me hizo flecha bruñida,
 me guardó en su aljaba
 y me dijo: "Tú eres mis siervo [Israel],
 de quien estoy orgulloso" [...].*

*Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado,
 para saber decir al abatido
 una palabra de aliento.
 Cada mañana me espabila el oído,
 para que escuche como los iniciados.
 El Señor me abrió el oído,
 yo no me resistí ni me eché atrás:
 ofrecí la espalda a los que me apaleaban,
 las mejillas a los que mesaban mi barba;
 no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos.
 El Señor me ayuda,
 por eso no sentía los ultrajes;
 por eso endurecí el rostro como pedernal,
 sabiendo que no quedaría defraudado [...].*

*Mirad, mi siervo tendrá éxito,
 subirá y crecerá mucho.
 Como muchos se espantaron de él
 porque, desfigurado, no parecía hombre
 ni tenía aspecto humano [...].*

*Sin figura, sin belleza,
 lo vimos sin aspecto atrayente,
 despreciado y evitado de los hombres [...].
 Él soportó nuestros sufrimientos
 y aguantó nuestros dolores [...].
 Nuestro castigo saludable cayó sobre él,
 sus cicatrices nos curaron [...].
 Como cordero llevado al matadero,
 como oveja ante el esquilador,
 enmudecía y no abría la boca.
 Sin defensa, sin justicia se lo llevaron.
 ¿Quién meditó en su destino? [...].
 Por los trabajos de su alma verá la luz.
 Mi siervo justificará a muchos,
 porque cargó con los crímenes de ellos.*

El misterio de la vida cristiana - Rm 8

Una de las páginas más definitivas del Nuevo Testamento, en una carta magistral de Pablo. Densidad de pensamiento, donde nuestra fe encuentra suelo y consuelo. Lee primeramente todo el capítulo sin detenerte, dejándote inundar por este río de la verdad del Espíritu, que nos revela quién es Jesús, hasta dónde llega el amor del Padre y la permanencia de la entrega de Jesús (8,35.39). Quizá después de leerlo entero no quieras sino entrar en ti o en Él. O a lo mejor no has podido terminarlo porque te ha agarrado Él en alguna esquina (hay muchas en este capítulo (v v 1,11,15,22,26,28,29,38,39). En este trozo extraordinario seguramente encontrarás nuevas formas de orar: decir solamente y muchas veces: «¡Abbá, Padre!», dejar que el Espíritu ore en ti con gemidos inefables, o cantar: «¿Quién nos separará del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús?»

Ahora no pesa condena alguna sobre los que están unidos a Cristo Jesús, pues por la unión con Cristo Jesús, la ley del Espíritu de vida me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.(...) Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros [...]. Habéis recibido no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: ¡Abbá! (Padre) [...]. Porque sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso: también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de vuestro cuerpo [...]. Pero además, el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables [...]. Sabemos también que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio. A los que había escogido, Dios los

predestinó a ser imagen de su hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos [...]. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.

No vivo yo, es Cristo quien vive en mí - Gal 2, 20

A veces, nuestra lectura es un capítulo; pero otras, como en este caso, es un sólo versículo. La experiencia es similar a la de otros grandes pasajes: conciencia de trascendencia, estupor, sentimiento de profunda pobreza, agradecimiento sin palabras. Este versículo de la "Carta de la libertad" es una lección sobre el sentido de la vida. De la nuestra y de la de todos. La vida está en el Hijo, en su amor, como dirá Juan con insistencia en su Evangelio y en su primera carta. Esa vida que es Cristo, que él trae en plenitud, se nos mete dentro de la nuestra; más que vivir nosotros, es él quien "nos vive". Y nuestra respuesta no puede ser más que la de vivir en la fe del hijo de Dios, vivir de la fe. Orar es tomar conciencia, en el silencio de esta interpenetración, de su vida y mi vida.

Estoy crucificado con Cristo: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí. Y mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí.

A lo que Dios llama felicidad - Mt 5,1-12; Lc 6,20-26

Las bienaventuranzas son, en primer lugar, un retrato de Dios. Nos dan su imagen verdadera, sobre todo, porque son pronunciadas por Jesús, el icono perfecto del Padre. Dios está con los pobres, con los que sufren, lloran, tienen hambre de que reinen la justicia y la paz definitivamente. Este es nuestro Dios, que ardió en la zarza (Ex 3), guió a Abrahán y consoló a Job; el Dios liberador y santo que luchó con Jacob, dio la victoria a las mujeres de coraje (Débora, Judit) y de fe (Rut, María de Nazaret, María Magdalena). Reza así con las bienaventuranzas: fíjate cuándo Dios ha sido así contigo, cuándo ha aparecido hoy, en estos años, en los que se dejaban guiar por él, siendo sencillos, misericordiosos, y a la vez como constructores de paz y sufridores a causa de la justicia del Reino. Las bienaventuranzas son siempre el telón de fondo de la oración evangélica.

Al ver el gentío, subió a la montaña, se sentó, y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar enseñándoles:

*Dichosos los pobres en el espíritu,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.
Dichosos los sufridos,
porque ellos heredarán la tierra.
Dichosos los que lloran,*

*porque ellos serán consolados.
 Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia,
 porque ellos quedarán saciados.
 Dichosos los misericordiosos,
 porque ellos alcanzarán misericordia.
 Dichosos los limpios de corazón,
 porque ellos verán a Dios.
 Dichosos los que trabajan por la paz,
 porque ellos se llamarán "los hijos de Dios".
 Dichosos los perseguidos por causa de la justicia,
 porque de ellos es el Reino de los Cielos.
 Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan,
 y os calumnien de cualquier modo por mi causa.
 Estad alegres y contentos
 porque vuestra recompensa será grande en el cielo,
 que de la misma manera persiguieron
 a los profetas anteriores a vosotros (Mt 5, 1-12).*

Cruz y gloria - Filip 2,1-11

Uno de los himnos a Jesucristo más antiguos que conservamos en el Nuevo Testamento. Pablo nos lo ha transmitido al invitar a la comunidad de Filipos a llevar una vida comunitaria más basada en la unidad y en un amor como el de Jesús. «No os encerréis en vuestros intereses individuales», dice con energía Pablo. El himno presenta entonces cuál fue el camino de Cristo: del servicio humilde al reconocimiento y exaltación. Jesús llegó a ser Señor siendo primero el servidor (esclavo) de todos y cada uno. Este Dios «a los pies» del mundo sigue siendo hoy un mensaje que rompe todos nuestros esquemas de poder y de estructura social. Pero si queremos identificarnos con Jesús, no hay más camino que el suyo.

Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes, con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, deaos guiar por la humildad y considerad siempre superiores a los demás. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús.

*Él, a pesar de su condición divina,
 no se aferró a su categoría de Dios;
 al contrario, se despojó de su rango
 y tomó la condición de esclavo,
 pasando por uno de tantos.
 Y así, actuando como un hombre cualquiera,
 se rebajó, obedeciendo hasta la muerte,
 y una muerte de cruz.*

*Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el "Nombre-sobre -todo-nombre";
de modo que, al nombre de Jesús, toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra y en el abismo,
y toda lengua proclame:
¡Jesucristo es Señor!
para gloria de Dios Padre.*

Al pie de la cruz - Jn 19, 25-27

Cuando ponemos en Navidad un "nacimiento", todas las figuras se encaminan hacia el portal; todo confluye hacia el Niño. Pero cuando llega el Calvario, todos huyen del hombre rechazado, torturado y crucificado. ¿Todos? No, el discípulo amado y las mujeres, entre ellas María, la mujer y madre de la vida, están al pie de la cruz de Jesús. Con esta escena, tan querida por la espiritualidad marianista, puedes hacer la prueba de "permanecer" en el amor, tal como el mismo Jesús pedía antes de morir (Jn 15). Orar para conformar tu vida con Jesús. Y escuchar las palabras de Jesús, que comprometen al discípulo y a la madre. También puedes, en esta "hora de salvación" de la cruz, acompañar a María en su itinerario de fe, que tiene en este momento un hito fundamental. María, la peregrina de la fe, madre y discípula, se convierte para todo discípulo amado en el modelo de la Iglesia, madre de los creyentes.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y, cerca, al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.

5. Un tiempo para el carisma marianista

1. Nacer de María para vivir la vida de Cristo

Dios se hizo humano en María. «Y acampó entre nosotros». Jesucristo es, desde entonces, la vida entre nosotros. Y ya sólo es posible vivir desde esa vida, en esa vida y por esa vida. De ahí que ya sólo sea posible ser humano desde la humanidad del Verbo. Pero hay que comenzar a vivir esa vida desde las raíces: dejándonos formar en el seno de María, y naciendo a la vida de Dios desde María. Es una de las vivencias clave transmitidas por el Fundador, uno de los lugares teológicos fundamentales del carisma.

Una persona realmente cristiana no puede ni debe vivir más que de la vida de Nuestro Señor Jesucristo.

Esta vida divina debe ser el principio de todos sus pensamientos, de todas sus palabras y de todas sus acciones.

Jesucristo fue concebido en el seno de la augusta María por obra del Espíritu Santo. Jesucristo nació del seno virginal de María. Concebido por obra del Espíritu Santo, nacido de María Virgen.

El bautismo y la fe hacen que empiece en nosotros la vida de Jesucristo. Por eso, somos como concebidos por obra del Espíritu Santo. Pero debemos, como el Salvador, nacer de la Virgen María.

Jesucristo quiso formarse a nuestra semejanza en el seno virginal de María. También nosotros debemos formarnos a semejanza de Jesucristo en el seno de María, conformar nuestra conducta con su conducta, nuestras inclinaciones con sus inclinaciones, nuestra vida con su vida.

*Todo lo que María lleva en su seno, o no puede ser más que Jesucristo mismo, o no puede vivir más que de la vida de Jesucristo. María, con un amor inimaginable, nos lleva siempre en sus castas entrañas como hijos pequeños, hasta tanto que, habiendo formado en nosotros los primeros rasgos de su hijo, nos dé a luz como a él. María nos repite incesantemente estas hermosas palabras de san Pablo: Hijitos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo se forme en vosotros (Gál 4,19). Hijitos míos, que yo quisiera dar a luz cuando Jesucristo se haya formado perfectamente en vosotros (La Compañía de María, considerada como orden religiosa, Cuaderno D, 1828-1838. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 259, nn. 335-339).*

2. Predestinados a ser conformes a Jesucristo (Rom 8,29)

Los "principios de dirección" de Guillermo José Chaminade están contenidos en el famoso "Cuaderno D", escrito de su puño y letra, apuntes personales para preparar la Reglas definitivas. Lo que encontramos en el núcleo de este importante documento es la conformidad con Jesucristo. Toda la formación inicial y permanente de cualquier persona y grupo cristiano se encamina a esta identificación con Jesús. Si esto no está en el corazón de los procesos, ni hay fundamentos ni hay dirección.

María fue la primera que fue concebida en Jesucristo según el espíritu, como Jesucristo fue concebido según la naturaleza en su seno virginal. Es decir, María fue formada interiormente a semejanza de Jesucristo, su adorable Hijo, y desde ese momento fue asociada a todos sus misterios, tanto en lo que tienen de exterior como en lo que tienen de interior, para que la conformidad fuese lo más perfecta posible, o más bien, para que hubiese entre ellos toda la uniformidad posible.

Así pues, Jesucristo es el primero de los predestinados, y no habrá más predestinados que los que sean conformes con Jesucristo, y todos los predestinados habrán sido concebidos y formados en María. Tu seno es un montón de trigo (Cant 7,3).

*La fe en que el hijo de Dios se hacía hombre fue para María, en el momento de la encarnación, ese grano de trigo sembrado en su alma, que le hizo concebir, por la operación del Espíritu Santo, a Jesucristo y a todos los predestinados (Principios de Dirección, Cuaderno D, 1828-1838. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 265-267, n. 467).*

*Jesús es verdaderamente el Hijo de María: ex qua natus est Jesus (cf. Mt 1,16). Nadie podrá salvarse más que teniendo una gran conformidad con Jesucristo. Dios no predestina a nadie sino para ser conforme a Jesucristo (Resumen de los Principios de Dirección, Cuaderno D, 1828-1838. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 269, n. 483).*

3. De los misterios exteriores a los interiores

Como «lo esencial es lo interior», es decir, como el espíritu de las fundaciones marianistas es «el espíritu de María», la identificación con Jesucristo se realiza interiorizando. Esto supone, según el Fundador, dos pasos: el primero, parecerse a Jesús, viviendo desde la fe lo que él vivió; el segundo, entrando en sus sentimientos y actitudes interiores. Son las dos "leyes de la conformidad con Cristo".

Primera conformidad que debemos tener con Jesucristo.

Todos estamos obligados a ser conformes a Jesucristo. San Pablo nos lo enseña cuando dice que Dios nos ha predestinado a ser conformes a la imagen de su Hijo (Rom 8,29).

Ahora bien, esta conformidad consiste, en primer lugar, en parecerse a él en sus misterios exteriores, que han sido como los sacramentos de los misterios interiores que debía obrar en las almas. Así, si Jesucristo ha sido crucificado exteriormente, es preciso que nosotros lo seamos interiormente, y lo mismo cabe decir de su muerte y sepultura. La vida interior, expresada por los misterios exteriores, junta con las gracias adquiridas por esos misterios, deben estar en todos, puesto que han sido merecidas para todos. Estáis muertos (Col 3,3).

El espíritu de los santos misterios se nos comunica por el bautismo, que está produciendo en nosotros gracias y sentimientos que tienen relación y conformidad con los misterios de Jesucristo. A nosotros sólo nos corresponde dejarle obrar y, en virtud de sus gracias y de sus luces, actuar sobre nosotros y sobre los demás en conformidad con esos santos misterios.

Segunda conformidad que debemos tener con Jesucristo.

*Es la conformidad que debemos tener con el interior de los misterios, de modo que nuestras almas, en sus sentimientos y disposiciones interiores, lleguen a ser conformes no sólo al exterior de los misterios, como acabamos de ver, sino también a las disposiciones y sentimientos interiores que Nuestro Señor tenía en esos mismos misterios (Principios de Dirección, Cuaderno D, 1828-1838. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 268-269, nn. 471-474).*

4. "Nos invitan a caminar": el seguimiento de Cristo

Los dos Institutos de Vida Consagrada marianista (El "Instituto de María" en el lenguaje primitivo de la Fundación) tienen en el centro de sus objetivos la invitación a seguir a Jesucristo. Es otra manera de decir que se es cristiano. Hablamos de conformidad con Cristo, pero de una conformidad activa,

"responsable", no de la conformidad del que imita un estilo moral o espiritual sin más, sino de la responsabilidad del que ha comprometido la vida a acompañarle, e incluso a anunciarle, yendo delante de él.

*La Compañía de María y el Instituto de Hijas de María emiten los tres grandes votos que constituyen la esencia de la vida religiosa y que tienen como finalidad elevar a sus respectivos miembros a la cima de la perfección cristiana. Esta perfección consiste en la semejanza lo más perfecta posible con Jesucristo, el divino modelo. Por eso, los dos Institutos invitan a sus miembros a caminar en seguimiento del Salvador, que fue pobre, casto y obediente hasta la muerte de cruz, y para ello se obligan, con la santidad supremo del voto, a la pobreza, a la castidad virginal y a la obediencia evangélica (Carta a los predicadores de retiros, 24 de agosto de 1839. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 61, n. 70).*

5. Marcados por una señal: al pie de la cruz

El espíritu de fe, el espíritu de María, está continuamente presente en la correspondencia de Adela. La vida de sus comunidades es vista desde los misterios de Jesucristo: participando tanto de los gloriosos como de los dolorosos. Lleva a sus hermanas de la mano, a través del año litúrgico y de los acontecimientos, para llegar a la gran solemnidad de la Pascua. Pero mientras esa Vida se espera y se prepara, es preciso estar, como María, en el rincón apartado de la Cruz de Jesús. Desde ahí se "hace" misteriosamente mucho más que desde la acción.

† J.M.J.T.

28 de marzo de 1825

¡Oh Jesús, graba profundamente en mi corazón el recuerdo de tus sufrimientos!

Mi querida hija:

Lo mismo que tú, estoy muy impresionada por el estado en que se encuentra la querida y buena Madre. Por favor, dame a menudo noticias de ella [...]. Aquí hemos comenzado de todo corazón una novena por su pronto restablecimiento.

¡Ánimo, querida hija, Dios nos aflige, resignémonos a su voluntad!

La cruz es la señal de los elegidos, es el sello con el que son marcados. Yo leía el otro día que los enfermos son una fuente de bendiciones para las comunidades, y que hacen mucho más por el bien de las mismas que otras personas con buena salud. Miremos las cosas a la luz de la fe, y permanezcamos, como María, de pie junto a la cruz. Nuestra resignación nos atraerá más gracias y nos librárá incluso de los males que nos amenazan. La resignación es la verdadera señal de la virtud.

Soy muy consciente de la necesidad que tenéis de una hermana conversa para salir y trabajar. En cuanto sea posible, os la enviaremos. Aquí tenemos una que parece muy conveniente para un internado, y si la enviamos a Condom, entonces

podríamos enviaros a Sor Agueda. Nuestras hermanas van a tomar el hábito muy pronto, pienso que será el mes próximo.

La cuenta de la tela resulta a veinte soles la vara, y otros doce para limpiarla y teñirla, lo que hace en total unos treinta y dos soles la vara.

Os enviamos un velo para sor Natividad y otros dos para las que más lo necesiten.

Te deseo, querida hija, una gran conformidad con Jesucristo durante estos días santos. Sigámosle en sus dolores, en sus tristezas; muramos a nosotras mismas, y así podremos esperar resucitar con él en la gran solemnidad de la Pascua.

Te abrazo en el Corazón de Jesús que sufre.

Sor María T.

(Adela de Trenquelléon, *Cartas*. n. 568. A Sor Dositea Gatty. Tonneins).

6. Orando en el camino

La "Oración de las tres" es una plegaria típicamente marianista, que conservamos desde nuestra fundación y que nos recuerda el misterio de la redención. Es una cita que tenemos a la hora de nona, las tres de la tarde, hora en que murió el Señor (Mc 15,34). Tradicionalmente atribuida al Padre Chaminade, un análisis histórico muestra que se usó primero en la Obra de la Misericordia (1801), gracias a Teresa de Lamourous, y más tarde en la asociación de Adela de Trenquelléon (1804). Desde entonces aparece recomendada por el Fundador entre los seglares ("Congregación Estado"), y finalmente en las dos congregaciones religiosas marianistas. A través de las dos co-fundadoras de Chaminade, se puede rastrear el origen de esta oración hasta llegar al Carmelo. La redacción ha ido cambiando a lo largo de estos doscientos años, pero su objetivo central continúa siendo el mismo: permanecer, como María y el discípulo amado, junto a Cristo que se entrega, y entregarnos nosotros mismos a la misión eclesial que se abre con la hora del Hijo que ahora sí ha llegado.

ORACIÓN DE LAS TRES

Señor Jesús,
aquí nos tienes reunidos al pie de la cruz,
con tu madre y el discípulo que tú amabas.

Te pedimos perdón por nuestros pecados,
que son la causa de tu muerte.

Te damos gracias por haber pensado en nosotros
en aquella hora de salvación
y habernos dado a María por madre.

Virgen Santa, acógenos bajo tu protección
y haznos dóciles a la acción del Espíritu Santo.

San Juan, alcánzanos la gracia
de acoger, como tú, a María en nuestra vida,
y de asistirle en su misión. Amén.

Capítulo 4: Con la comunidad

Vamos a abordar la realidad y misterio de la Iglesia que surge del primitivo grupo de discípulos de Jesús, y que continúa viva en el pueblo de los creyentes: en cada pequeña comunidad de fe y en esa gran comunidad extendida en la inmensidad del tiempo y del espacio. Para ser como Jesús, para conocerle, amarle y seguirle, es preciso vivir el misterio de su Cuerpo total, que es su Iglesia.

1. Lo que yo creo

El seguimiento de Jesús lleva consigo entrar en una familia nueva, la de los discípulos que, alrededor de Jesús, escuchan su palabra: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Quien cumpla la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mc 3,33-35).

El grupo formado por Jesús, los doce y otros hombres y mujeres que le siguen, es el germen de la futura comunidad eclesial. Ese grupo contiene en sí vocaciones muy diversas. Unos han sido elegidos por el mismo Cristo, son los doce. Otros le buscan porque se sienten atraídos por él, y le siguen muy de cerca. Otros creen en él y le siguen desde sus casas, desde su situación y trabajo habitual. Tanto los doce como los demás discípulos están llamados a anunciar el Evangelio del Reino. Todos son enviados, cada cual según su vocación.

La comunidad de discípulos adquiere forma, estilo y misión con la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés. La Iglesia se ha sentido siempre confirmada ese día prometido por Jesús. Esto significa que la comunidad es obra del Espíritu, que la construye Dios. Siendo una realidad humana y concreta, su horizonte y sentido está más allá de ella, pertenece al misterio de la comunión trinitaria.

Al terminar de formarse y ser iluminada la comunidad por la venida del Espíritu, la madre de Jesús está presente, siendo un lazo de unión entre el hijo y los hijos. María, que fue la primera en abrirse al Espíritu para encarnar la Palabra, es ahora la que ora con la Iglesia naciente (Hch 1,14), para acompañarla en este momento decisivo de Pentecostés. María, que fue confiada como madre al discípulo amado por el mismo Jesús (Jn 19,26-27), se convierte verdaderamente en madre de la Iglesia, madre del Cristo total.

El itinerario espiritual del cristiano desemboca y madura precisamente en la vivencia de la comunidad. Ésta no es sólo el pequeño grupo en el que he nacido y crecido (familia, amigos), sino esa realidad histórica amplia, y a la vez misteriosa, que es la Iglesia. Nos trasciende tanto en el espacio como en el tiempo. Comparto la misma fe y vida con quien está en un país lejano, y a la vez me siento hermano de todos los que nos han precedido. Es lo que siempre hemos llamado "comunión de los santos".

Siento la Iglesia como mía, como una realidad a la que pertenezco para siempre, indisolublemente. No veo a la Iglesia como algo externo. No *estoy* en la Iglesia, *soy* Iglesia. Iglesia santa y a la vez pecadora. Siempre con fallos e infidelidades, y siempre amada por Jesús y embellecida por el Espíritu. Iglesia en camino hacia la santidad y la verdad. Iglesia fiel y evangélica en los testigos: en la sencillez de lo cotidiano, y en la dura pasión de los mártires y en la aventura de

los santos. Todo esto es lo que quiero decir cuando afirmo: «Creo en la Iglesia». A ella le debo realmente el haber escuchado el Evangelio, los medios para vivir la fe siguiendo a Jesús, y un espacio de comunión. Sufro con ella igual que ella sufre por mi causa; me alegro con ella, creo, espero y amo con ella (cf. 1Cor 12,12-31).

Yo formo con la Iglesia el Cuerpo de Jesús, un signo e instrumento de Jesús para que el mundo crea y tenga vida. «Jesucristo es la cabeza de todo el cuerpo, cuyos miembros se mantienen unidos y apretados por vínculos mutuos, y recibe su crecimiento por la influencia secreta de esta cabeza, que abastece a cada miembro según su capacidad, a fin de que todo el cuerpo se perfeccione por la caridad» (Guillermo José Chaminade, *Sexta carta a un maestro de novicios*).

Sabemos que la única Iglesia de Jesús está dividida. Es el resultado de cismas, que a lo largo de la historia nos hablan de nuestros errores y desencuentros. Jesús ya nos habló del peligro de esta grave y escandalosa situación. Por eso pedía al Padre que nos ayudara a buscar juntos la unidad (Jn 17,20). La sensibilidad ecuménica, y en la medida de las posibilidades la acción efectiva en la tarea de la unidad de las distintas confesiones, es una señal de verdadera eclesialidad. Nuestro espíritu ecuménico se hace, incluso, extensivo a todas las religiones, trabajando juntos por la unión, la justicia y la paz del mundo.

El Espíritu Santo nos constituye en comunidad por medio de la centralidad del agapé, ya que «Dios es amor» (1 Jn 4,8) y en él nos fundamos. La Iglesia no se forma por preferencias exclusivistas, sino por la acogida de los otros como don de Dios y como escuela donde se aprende a aceptar, comprender y ayudarse. Si Dios nos ama incondicionalmente, gratuitamente, sin tener en cuenta ni el pecado ni la pretendida virtud, estamos llamados a vivir ese tipo de amor «sin medida y sin condiciones» que se ha revelado en la persona de Jesucristo.

Así nos reconocemos «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4,32), aunque seamos diferentes en nuestras personas y carismas. El amor cristiano une y realiza la comunión, al mismo tiempo que crea tolerancia, respetando las diferencias. La comunión no pide uniformidad; se hace a partir de la diversidad. El equilibrio entre la unidad y el pluralismo es otra de las características de la verdadera eclesialidad. Sólo así podemos ser fraternidad para dar testimonio en el mundo de la comunión que enseña el Evangelio.

La Familia marianista quiso vivir desde el comienzo esta dimensión comunitaria de la fe y de la misión. Nacimos como una red de comunidades seculares y religiosas, enraizadas en la Iglesia diocesana y con una vocación misionera universal. Para nosotros la Iglesia se vive desde la experiencia de las pequeñas comunidades. Por ello nuestra espiritualidad habla de "espíritu de familia", de ministerios y vocaciones diferentes -seculares y religiosos, laicos y sacerdotes, mujeres y varones-, pero vividos de modo diverso y solidario. Es lo que nuestros Fundadores definían como «unión sin confusión»; o lo que llamamos hoy con el nombre de "inclusividad". En esta Familia, cada uno de los grupos sólo se entiende y se define bien en relación con los otros.

Orar con la comunidad es saberse y sentirse parte de un único cuerpo que ora, la Iglesia de Jesús. Aunque el creyente ore en soledad, ora en comunión con todos e intercediendo por toda la comunidad humana. Nuestra oración adquiere

todo su sentido, cuando es la oración de toda la Iglesia, en la liturgia de las Horas y en la eucaristía.

2. Para hacer el camino

1. "Ser Iglesia de Jesús"

El camino del seguimiento de Jesús no es un hecho individualista o intimista, sino una experiencia realizada en comunión. Un cristiano verdadero es aquel que, al mismo tiempo que acoge la vida y la palabra de Jesús, acoge en su casa a María, es decir a la Iglesia (Jn 19,27).

La Familia marianista ha sentido desde sus orígenes que nacía desde y para la Iglesia, o mejor dicho, en la Iglesia y para la misión. Hemos sabido siempre que la Iglesia es una gran comunidad, donde se comparte, se dialoga, nos encontramos y hay sitio y trabajo para todos. Nos abrimos a toda la Iglesia, a la Iglesia universal, pero partimos siempre de nuestra Iglesia local, nuestra diócesis y parroquia.

Descubrir el sentido eclesial de nuestra fe, nuestra pertenencia y entrega a la comunidad fraterna es la segunda conversión del creyente: primero me dejo llamar por Jesús (=soy de Cristo), después descubro que esa vocación se vive en la comunión (=soy de la Iglesia).

Sugerencias

1. Ejercicio de revisión de mi vivencia eclesial: toma una hoja y divídela en cuatro secciones:

- a) lo que recibí y viví de mi familia,
- b) lo que vivo hoy en mi parroquia o iglesia diocesana,
- c) mi relación actual con mis amigos o mi grupo,
- d) mi vida de pareja, matrimonio, hijos, o comunidad religiosa.

Anota en cada sección qué vivencia eclesial tienes hoy, y qué ves que se te está pidiendo. Haz un rato de oración sobre el resultado de tu revisión.

2. Formación eclesial: ¿Has leído alguno de los documentos publicados este año por la Iglesia mundial o diocesana? ¿Has participado en la preparación o celebración de algún sínodo o acontecimiento de la diócesis? Anota en tu agenda algún compromiso en este sentido.

3. Relación con la Iglesia: ¿Cómo ha sido tu relación con la Iglesia? ¿Hay en esa relación fidelidad y sinceridad? ¿"Sientes" la Iglesia y sientes con ella? ¿Cuál es tu actitud ante el papa,

los obispos, los laicos, los otros grupos religiosos o los diferentes movimientos eclesiales?

2. "Ser Familia marianista"

Soy Iglesia de Jesús en el interior de una familia, de un grupo que tiene un carisma propio, una historia y un estilo de vivir la fe, la comunidad y la misión: la vida marianista.

Quiero vivir mi pertenencia eclesial conociendo en qué consiste lo comunitario del carisma.

En primer lugar, lo que hemos llamado desde nuestros orígenes "el espíritu de familia", hecho de un modo de ser propio: interioridad, espíritu de fe, cercanía, respeto y aceptación del otro, diálogo, sencillez, sensibilidad y delicadeza, apertura, encarnación. Es el verdadero "espíritu de María".

En segundo lugar, con una visión de Iglesia verdaderamente de comunión y de igualdad. Queremos entender y vivir nuestro ser Iglesia, desde vocaciones y ministerios diferentes pero sin jerarquizar, complementariamente. La comunión y corresponsabilidad de las cuatro ramas de la familia marianista tienen consecuencias en nuestra vida de fe, en las relaciones entre nosotros, en la vivencia de la espiritualidad, en la misión y en la formación.

Sugerencias

1. Late al pulso de la Familia marianista en el mundo, en tu país, en tu ciudad: ¿Sabes qué se celebra, proyecta o realiza este año por parte de las distintas ramas de la Familia marianista? Tenlo en cuenta en tu agenda y en la oración personal y comunitaria.
2. Cómo serías más familia este año: ¿Insistiendo en la formación, colaborando en la misión o participando más en los momentos de oración común? Traduce tu respuesta a la práctica.
3. ¿Qué ofreces y qué recibes cuando te juntas con los otros grupos de la Familia marianista? Se forma parte de la Familia marianista para aprender y recibir, pero también para compartir y dar. El modo de vivir el carisma marianista un laico y un religioso es diferente y complementario; el de un hombre y una mujer se distinguen y mutuamente se enriquecen.
4. Para ser comunitaria, nuestra oración nos debe llevar a orar desde la comunidad, es decir, a partir de su realidad, de su

espíritu, de su caminar; a orar con la comunidad, a poder ser en presencia de la comunidad y siempre en comunión con ella; a orar por la comunidad: las intenciones de cada uno serán las del grupo, y las del conjunto serán compartidas por cada uno de los integrantes.

3. "Ser de todos y para todos"

El núcleo último de la eclesialidad o de la vivencia comunitaria no está en la oración, ni en la formación, ni en la misión, sino en el amor. Sin el amor, «aunque conociera todos los misterios [...], aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas [...], nada soy, nada me aprovecha» (1 Cor 12,1-3).

Vivir con la comunidad no es una frase. Es una tarea enriquecedora, pero también exigente porque me invita a salir de mí mismo continuamente, a abandonar mi egocentrismo y adoptar actitudes de aceptación incondicional del otro, actitudes de escucha y empatía, de tolerancia y espíritu ecuménico.

El amor no es sentir ni gustar. Es salir de sí y darse sin esperar, es entregarse en manos del otro hasta el final: «No busca su interés, no se irrita, no se alegra de la injusticia, se alegra con la verdad» (1 Cor 13,5-6).

Como Familia marianista, estamos llamados a poner en el centro el amor: en el centro de la comunidad a la que pertenezco, en la familia, en la parroquia, en la ciudad. Para que el amor esté en el centro, son muchas las cosas que tienen que cambiar. María despierta el corazón filial y fraterno que a veces duerme en la gente. Nos corresponde crear en la comunidad un ambiente familiar, la voluntad de acogida, el amor y el respeto a la vida y la esperanza. Nuestro carisma nos lleva a repetir con Pablo VI: «No se puede hablar de la Iglesia si no está presente María» (MC 28).

Sugerencias

1. El "himno al amor" de san Pablo (1 Cor 13), junto con la forma de amar de Cristo revelada en los Evangelios, tendrían que ser un motivo constante de revisión de vida y de oración. Proponte algún compromiso en este aspecto.
2. "Caricias positivas incondicionales". Así llama la psicoterapia a las expresiones gratuitas de estima y reconocimiento del otro. También existen las "condicionadas"; y las indeseadas, pero frecuentes, "caricias negativas". Proponeos hablar de las tres en

una reunión o encuentro de amistad, de pareja o de comunidad.
¿Qué conclusión sacáis sobre la forma de relacionarnos y de amarnos?

3. Es importante poner orden en nuestro amor, y tomar conciencia de lo que más amamos y también de lo que amamos menos. ¿En qué lugar están los pobres? ¿Los integrantes de mi comunidad o de mi familia? ¿Qué puesto ocupan María y la Familia marianista?

3. Caminos de oración

La "oración compartida"

Qué es

1. Desde que Jesús nos enseñó a orar con el Padre nuestro, sabemos que la oración es fundamentalmente un hecho comunitario, eclesial. Decimos *nuestro*, no *mío*. Y oramos en común. La oración oficial de la Iglesia es siempre comunitaria: la eucaristía y la liturgia de las Horas.

2. Sin embargo, es cada persona la que ora desde su situación, desde lo más profundo de sí. La oración es una realidad muy personal; nadie puede orar en mi lugar. Esto quiere decir que la oración debe ser siempre un misterio de comunión compartido. Oración personal y oración comunitaria se relacionan estrechamente, se apoyan mutuamente.

3. Actualmente hay un mayor deseo de compartir la fe, de comunicar nuestras vivencias o experiencias de Dios o del Evangelio. De ahí que se haya popularizado un método de oración comunitaria llamada "oración compartida". Quien escucha la oración de otro, la hace suya, la ora. Toma prestadas las palabras del otro para dirigirse a Dios con la oración del hermano o de la hermana. Reza con su oración. Sale de sí para vivir en comunión una oración compartida. Esta oración se hace fundamentalmente con un pasaje del Evangelio, y al estilo de la "lectio divina".

4. Queremos acercarnos a vivir el misterio de la comunidad a través de la oración compartida. Ésta no es una actividad más, yuxtapuesta a otras, sino un fruto natural de una vida comunitaria intensa que quiere comunicarse desde lo más profundo.

Cómo orar

1. *Motivación del grupo. El animador o responsable de la oración compartida comienza invitando al encuentro con Dios y a la comunicación de la fe. Desde un momento de silencio, de conciencia de la presencia del Señor, de la búsqueda de lo que Dios quiere para cada uno o para el grupo. Se le pide a María la gracia de escuchar como ella lo hizo.*

2. *Lectura del texto bíblico elegido (lectio). Primero personalmente, en silencio; después lo lee en voz alta una persona (o bien es dramatizado entre un narrador y varios personajes). Le sigue un momento de información y aclaración de datos, para comprender mejor el texto.*

3. *Reflexión compartida sobre los personajes que rodean a Jesús. Intervenciones, en las que cada uno comparte desde dentro lo que siente, piensa o escucha del texto. Esta reflexión se puede hacer también mediante símbolos, imágenes, gestos y elementos tomados de la naturaleza.*

4. *Revestirse de los sentimientos de Jesús. Nos centramos en la persona de Jesús: a) Sus palabras o gestos en esta escena; los compartimos. b) Cristo se dirige a nosotros, a mí; ¿Qué me dice? c) Nosotros somos Jesús: ¿Se nos está pidiendo actuar o hablar como él lo hace en este pasaje? ¿Qué estoy haciendo hoy, en este sentido, en mi vida?*

5. *Oración que brota ante esta escena y nuestra vida, tras este rato de compartir la fe como "meditatio" (pasos 3 y 4). Se motiva brevemente la entrada en la "oratio": va a ser un rato en el que espontáneamente, y dirigido personalmente al Señor, se da gracias, se alaba, se pide perdón, se intercede por otros, se pide una gracia... Como es el momento de mayor intimidad de la oración, tenemos en cuenta las distintas sensibilidades, y dejamos mucha libertad para expresarse e incluso para orar en silencio.*

6. *Concluimos orando juntos la oración dominical. Al terminar, puede ser muy enriquecedor hacer una breve evaluación para recoger las vivencias y sugerencias para una próxima oración.*

4. Un tiempo para la Palabra

Si el Señor no construye la casa... - Sal 126

Casa, ciudad, familia... En este salmo resuenan nuestros afanes cotidianos, el trabajo profesional y doméstico, la alegría por los hijos, el paso de una generación a otra. Pero, en medio de todo el ajetreo de la vida, el salmista sabe y canta la acción de Dios. Es Dios quien guía y fecunda todo este movimiento y este fluir de nuestra existencia compartida. Si no actúa él, sólo hay vanidad, es decir, todo se puede quedar en puro viento. Pero la fe quiere reconocer su presencia, que da consistencia a nuestras labores, preocupaciones y empresas. Con Dios, la ciudad se hace más humana, la familia más dichosa, la casa más habitable. El símbolo

final del salmo (la puerta de la ciudad, o la plaza donde se convive, se juzga y se negocian los asuntos) nos habla de lugares de encuentro, de espacios donde tenemos que percibir la seguridad y la libertad, la comunicación y la fraternidad. Pide en este salmo reconocer la acción de Dios "mientras duermes" o en plena batalla de la vida.

*Si el Señor no construye la casa,
en vano se cansan los albañiles;
si el Señor no guarda la ciudad,
en vano vigilan los centinelas.
Es inútil que madruguéis,
que veléis hasta muy tarde,
que comáis el pan de vuestros sudores:
¡Dios lo da a sus amigos mientras duermen!
La herencia que da el Señor son los hijos;
su salario, el fruto del vientre;
son saetas en mano de un guerrero
los hijos de la juventud.
Dichoso el hombre que llena
con ellas su aljaba:
no quedará derrotado cuando litigue
con su adversario en la plaza.*

Escucha, Israel, el amor de tu Dios - Dt 6-8

El Pueblo de Israel condensó, en estos capítulos del Deuteronomio, su interpretación de la historia, vivida como comunidad liberada, guiada y regalada por Dios con la tierra de la Promesa. Puedes detenerte en lo que Dios hizo por el Pueblo, «por el amor que os tiene, por guardar el juramento hecho a vuestros padres» (7,8), o bien, orar con la gran oración cotidiana del pueblo de Dios: «escucha Israel» (6,4). La comunidad se sabe obra del mismo Señor, que la ha elegido, la ha formado y la ha reunido. Tú también, como miembro de la Iglesia, sabes que el presente y el futuro de la comunidad en la que vives está en las manos del Señor. «Acuérdate de que es él quien te da la fuerza para crear la prosperidad» (8,18).

Estos son los preceptos, los mandatos y decretos que el Señor vuestro Dios os mandó aprender y observar en la tierra donde vais a entrar para tomar posesión de ella [...]. Escúchalo, Israel, y ponlo por obra, para que te vaya bien y crezcas en número. Ya te lo dijo el Señor Dios de tus padres: Es una tierra que mana leche y miel.

Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y

levantado; las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus portales [...].

Porque tú eres un pueblo santo para el Señor tu Dios: él te eligió para que fueras, entre todos los pueblos de la tierra, el pueblo de su propiedad. Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió, no fue por ser vosotros más numerosos que los demás -porque sois el pueblo más pequeño-. Sino que, por puro amor vuestro, por mantener el juramento que había hecho a vuestros padres, os sacó de Egipto con mano fuerte y os rescató de la esclavitud, del dominio del Faraón, rey de Egipto [...].

Recuerda el camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto; para afligirte, para ponerte a prueba y conocer tus intenciones: si guardas sus preceptos o no [...]. Cuando el Señor tu Dios te introduzca en la tierra buena, tierra de torrentes, de fuentes y veneros que manan en el monte y la llanura, tierra de trigo y cebada, de viñas, higueras y granados, tierra de olivares y de miel, tierra en que no comerás tasado el pan, en que no carecerás de nada [...], no te olvides del Señor tu Dios siendo infiel a los preceptos, mandatos y decretos que yo te mando hoy [...]. Y no digas: por mi fuerza y el poder de mi brazo me he creado estas riquezas. Acuérdate del Señor tu Dios: que es él quien te da la fuerza para crearte estas riquezas, y así mantiene la promesa que hizo a tus padres, como lo hace hoy.

Jesús forma a su comunidad - Mc 10,32-45

«Jesús se les adelantaba». Él siempre se adelanta, les sobrepasa. Es una constante en el Evangelio: «Hizo ademán de pasar de largo» (Mc 6,48), «Hizo ademán de seguir adelante» (Lc 24,28). Ellos siempre por detrás, él siempre por delante. Es natural, es el maestro.

Pero conviene que apliquemos esto a nuestra vida actual. Jesús quiere que esta enseñanza sobre el servicio que es el centro del texto, la aprendamos bien; que seamos una comunidad cuyo poder reside en la fuerza de ese «no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos». Una Iglesia que no sirve, no sirve para nada.

Iban subiendo camino de Jerusalén, y Jesús se les adelantaba; los discípulos se extrañaban y los que seguían iban asustados. Él tomó aparte otra vez a los doce y se puso a decirles lo que iba a suceder: Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del Hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, se burlarán de él, le escupirán, lo azotarán, y lo matarán; y a los tres días resucitará.

Se le acercaron los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir. Les preguntó: ¿Qué queréis que haga por vosotros? Contestaron: Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda. Jesús replicó: No sabéis lo que pedís: ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros

con el bautismo con que yo me voy a bautizar? Contestaron: Lo somos. Jesús les dijo: El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y os bautizaréis con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; está ya reservado.

Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. Jesús, reuniéndolos, les dijo: Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros, nada de eso: el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos.

La comunidad cristiana - Hch 2,42-47; 4,32-35

Lucas resumió así el ideal de vida en común que animaba a la primitiva comunidad de Jerusalén: fundados en la Palabra que explicaban los apóstoles; fortalecidos por la acción del Espíritu, que les hacía tener un solo corazón y una sola alma (4,32), y les constituía en comunión; orantes y solidarios con los más pobres. Querían ser una comunidad que continuara las palabras y las acciones del mismo Jesús. Al orar con estos "resúmenes" de la vida comunitaria, puedes pedir que ese ideal sea cada día más realidad en tu propio grupo de fe. La oración es eclesial porque te une a la fe y misión de la comunidad, al testimonio que queremos seguir dando de Jesús y del Reino de Dios.

Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y signos que los apóstoles hacían en Jerusalén. Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes, y los repartían entre todos según la necesidad de cada uno. A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo, y día tras día el Señor iba agregando al grupo los que se iban salvando [...].

En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucha eficacia. Y Dios los miraba a todos con mucho agrado; ninguno pasaba necesidad, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero y lo ponían a disposición de los apóstoles; luego, se distribuía según lo que necesitaba cada uno.

Sólo el amor permanece - 1 Cor 13

El "himno al amor cristiano" es una de las páginas cumbres del Nuevo Testamento. Para orar con este pasaje, debes tener en cuenta dos cosas: primera, que Pablo lo compone o lo transmite para subrayar cuál es el principal

don del Espíritu Santo; segunda, que el amor presentado así tiene un modelo vivo que es Jesucristo. No es, por tanto, un texto teórico, una pura proclamación ética, sino un recuerdo del que amó así «hasta el extremo» (Jn 13,1), y desde ahí, una tarea para la Iglesia. Amar así es seguir al que nos amó; amar así es dejarse modelar por el Espíritu; amar así es actuar como el Padre, que no hace distinción de personas y cuyo amor «no tiene fin» (Sal 136).

*Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles;
si no tengo amor, no soy más que un metal que resuena
o unos platillos que aturden.*

*Ya podría tener el don de profecía
y conocer todos los secretos y todo el saber;
podría tener fe como para mover montañas;
si no tengo amor, no soy nada.*

*Podría repartir en limosnas todo lo que tengo
y aun dejarme quemar vivo;
si no tengo amor, de nada me sirve.*

*El amor es paciente, afable, no tiene envidia;
no presume ni se engríe;*

no es mal educado ni egoísta;

no se irrita, no lleva cuentas del mal;

no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad.

*Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites,
aguanta sin límites.*

El amor no pasa nunca.

¿El don de profecía? Se acabará.

¿El don de lenguas? Enmudecerá.

¿El saber? Se acabará.

*Porque limitado es nuestro saber y limitada es nuestra profecía;
pero cuando venga lo perfecto, lo limitado se acabará.*

*Cuando yo era niño, hablaba como un niño,
sentía como un niño, razonaba como un niño.*

Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño.

*Ahora vemos confusamente en un espejo;
entonces veremos cara a cara.*

Mi conocer es, por ahora, limitado;

entonces podré conocer como Dios me conoce.

En una palabra: quedan la fe, la esperanza, el amor.

La más grande es el amor.

La mesa para fundar la comunión - Lc 22,14-20

La eucaristía fundamenta la comunidad de vida en torno a Jesús. Él se pone a la mesa con nosotros. Y este ponerse a la mesa nos recuerda todas las veces que él comió con la gente de su tiempo: religiosos y pecadores, hombres y

mujeres. Eran comidas-signos de la comunión que el mismo Cristo anunciaba. Y la comida final expresaba la comunión total, la entrega de él por todos nosotros. La mejor manera de orar con este texto es participar en la celebración de la eucaristía. Y hacerlo con la profundidad y, a la vez, la sencillez del que se sabe continuador del mandato de Jesús: «Haced esto en memoria mía» (v.19). Vivir la eucaristía con todos en torno a la mesa, y luego "hacer la eucaristía" en la vida, estableciendo una comunión cada vez mayor, como levadura en la masa de la humanidad.

Llegada la hora, se sentó con sus discípulos y les dijo: He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el Reino de Dios. Y tomando una copa, pronunció la acción de gracias y dijo: Tomad esto, repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el Reino de Dios.

Y tomando pan, pronunció la acción de gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía. Después de cenar, hizo lo mismo con la copa diciendo: Esta copa es la Nueva Alianza sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros.

Iglesia guiada por el Espíritu - Hch 1,12-14; 2,1-11

María, la madre de Jesús, hace comunidad con los discípulos de su hijo, esperando la venida del Espíritu. Su largo camino de fe desde Nazaret hasta la «estancia superior donde vivían» es también el camino de fe de la Iglesia. Allí perseveraban en la oración con un mismo espíritu. Entre esta escena y la siguiente puedes dejar un tiempo de oración, de hacer silencio y tomar conciencia de que María está ahí contigo, con la comunidad eclesial, fortaleciendo tu espera. Permanece, persevera, sé firme en la oración y en el amor. Como Jesús pidió. Como María y Juan supieron hacer junto a la cruz. Y ahora sí, entra en la escena de Pentecostés, y déjate inundar por el Amor, que se infunde en plenitud en los corazones. Reconoce que es el Amor que te mueve y anima desde tu Bautismo.

Entonces los apóstoles se volvieron a Jerusalén, desde el monte que llaman de los Olivos, que dista de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado. Llegados a casa, subieron a la sala donde se alojaban, Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago el de Alfeo, Simón el Celotes y Judas el de Santiago.

Todos ellos se dedicaban a la oración en común, junto con algunas mujeres, entre ellas María, la madre de Jesús, y con sus hermanos [...].

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían posándose encima de cada uno. Se llenaron

todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería.

5. Un tiempo para el carisma marianista

1. "Jamás pueden separarse "

La "Sexta carta a un maestro de novicios" es el texto capital del Fundador sobre el misterio del cuerpo místico de Cristo. En este pasaje se subraya la centralidad de la persona de Jesús en la vivencia de la Iglesia. No hay comunidad sin Jesús, ni Jesús sin su comunidad. Él está «tan estrechamente unido al cuerpo de su Iglesia, que jamás pueden separarse».

A Jesucristo se le llama jefe o cabeza de la Iglesia porque:

1º: Así como la cabeza ocupa el puesto principal en el cuerpo, así también a Jesucristo le corresponde el primer lugar en su cuerpo místico. En él residen el espíritu y el alma que animan a todo el cuerpo. De él reciben la vida y la santidad todos los miembros.

*2º: Así como la cabeza está íntimamente unida al cuerpo, así también Jesucristo está tan estrechamente unido al cuerpo de su Iglesia, que jamás pueden separarse. Los grupos y asociaciones que no tienen a Jesucristo como cabeza no son su cuerpo, porque Jesucristo no está unido a ellos y no los gobierna por el influjo de su Espíritu (Cartas a un maestro de novicios, Sexta carta, 1835-1836. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 122, n. 155).*

2. Circulación, comunicación

Como el fluir de la sangre, así es el Espíritu que nos trae la vida de Cristo. Un alma que anima al cuerpo, unos canales sacramentales, las virtudes teologales. Cabeza y cuerpo están relacionados activamente, comunicándose: Cristo viene a nosotros continuamente, nos enriquece con su Palabra, su amor, su presencia, a través del Espíritu; nosotros vamos hacia él, permanecemos en él.

¿Cómo se realiza esta unión tan íntima y tan inefable entre Jesucristo y sus miembros? Esta gran unión se realiza:

1º: Por el Espíritu Santo, que Jesucristo ha recibido en toda su plenitud y que comunica a todos sus miembros según la medida de cada uno. Este Espíritu es como el alma de ese gran cuerpo, que lo anima y hace vivir.

2º: Esta gran unión se realiza por los sacramentos, que son como las venas y los canales que llevan a cada miembro la sangre, es decir, el Espíritu y la vida de Jesucristo, para que pueda ejercer sus funciones propias.

3º: También hay que decir que esta unión se realiza por la fe, la esperanza y la caridad, y por la Palabra de Dios. De Jesucristo recibimos esas virtudes. Nos las da para que vayamos a él y permanezcamos nosotros en él y él en nosotros

(*Cartas a un maestro de novicios*, Sexta carta. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 122-123, nn. 156-158).

3. Los frutos de la unión

La vida eclesial manifiesta de forma misteriosa pero real la presencia de Jesús entre nosotros, en el mundo entero, hasta el final de los tiempos. Él es quien actúa cuando actuamos, el que sufre en los más despreciados y marginados de nuestro mundo, el que ora cuando alguien reza, el que realiza la unidad cuando trabajamos por la solidaridad entre todos, por hacer un mundo más fraterno y más en justicia y paz.

No existe nada más admirable y más santo, querido hijo, que lo que se deriva de esta unión entre Jesucristo y su cuerpo místico. Le invito a hacer ver con claridad a sus discípulos esas consecuencias. Se las expongo a continuación:

1ª. Si estamos unidos a Jesucristo como lo están los miembros a su cabeza, podemos deducir que no formamos con él más que un solo hombre, porque la vida de los miembros tiene que ser la misma que la de la cabeza.

2ª. Al formar todos los miembros un solo hombre con Jesucristo, todo lo que se diga de la cabeza debe decirse de los miembros. Por eso, con él somos sacerdotes, víctimas y reyes, y no formamos con él más que un solo hijo de Dios.

3ª. Todos los miembros participan de los bienes y beneficios de la cabeza, de sus méritos, de sus sufrimientos, de sus humillaciones y de su gloria. Os he dado, decía Jesucristo, todo lo que me ha dado mi Padre. Comunica y hace partícipes a sus miembros de todo lo que ha recibido de su Padre, es decir, su divinidad y su humanidad.

4ª. De este gran principio se sigue también que todo el bien o el mal que se hace al menor de sus miembros se le hace también a él, como lo dirá en el último día: En verdad os digo que cuantas veces habéis cumplido los deberes de caridad con el menor de los míos, conmigo los habéis cumplido; y cuantas veces se los habéis negado, a mí me los habéis negado (Mt 25, 40 y 44). Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hch 9,4).

5ª. También se puede concluir que, al estar Jesucristo Cabeza tan íntimamente unido a todos sus miembros, todo el bien que éstos realizan él es quien lo realiza en ellos y con ellos. Él es quien reza, quien llora, quien obra en ellos, quien los hace merecedores y dignos de la gloria.

*6ª. La unidad del Espíritu que rige este cuerpo hace que todos los dones sobrenaturales y todos los demás bienes espirituales que se confían a este cuerpo se conviertan en comunes a todos los miembros; y aunque todos no desempeñen las mismas funciones, todos actúan para el bien común de este cuerpo y comparten todo lo que le sucede (véase 1 Cor 12). Cada miembro cumple sus funciones para bien propio y para bien de todo el cuerpo. Basta mirar sin envidia, y amar todo el bien que hay en cada miembro, para que también nosotros participemos de ese bien (*Cartas a un maestro de novicios*. Sexta carta. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 123-125, nn. 159-165).*

4. El Amor de Dios fundamenta la caridad

Guillermo José Chaminade está viviendo los peores años de su vida. No son precisamente los del Terror o los del destierro. Son los años finales de su vida, en los que las dificultades vienen del interior de sus fundaciones, y le llegan incluso contra él mismo, en forma de ataques y marginación por parte de los suyos. Sabiendo que está escrito en esos años, concretamente en 1843, el presente texto adquiere una significación preciosa. Al final de su vida todo está reducido al amor. Sus "Apuntes sobre el Amor de Dios", curiosamente inéditos, son una prueba de lo que hay en su corazón en ese momento: un amor como el de Jesús, como el de las bienaventuranzas, un amor que quiere seguir llamando hermanos a aquellos que lo están arrinconando. Ese fue nuestro Fundador. Ese fue su último mensaje. Un precioso texto para orar pidiendo amar así a todos, sin fronteras ni discriminaciones.

Si Dios es la única felicidad del hombre, sólo a él se debe amar. Porque no se ama más que lo que hace a uno dichoso. Si uno no se encuentra feliz aquí abajo más que en tanto en cuanto ama a Dios, no amaré más que lo que le conduce a él, y así no amaré nada más que en relación a Dios [...].

El amor a Dios y el amor al prójimo tienen el mismo motivo: se ama a Dios por él mismo, se ama a Dios igualmente en el prójimo. No puede existir un amor sin el otro. Se los posee a uno y al otro en el mismo grado. Los dos tienen su raíz en el mismo Dios. Los dos pertenecen igualmente a la caridad. En vano nos enorgullecemos de amar a Dios, si no practicamos la caridad fraterna los unos con los otros. Y recíprocamente, todo el bien que pudiéramos hacer al prójimo no provendría de una verdadera caridad, si no lo hiciéramos en vistas a Dios y si no procediera de su amor [...].

Es preciso que nuestro amor al prójimo sea sobrenatural en su motivo, en su origen, y en su fin.

1º. En su motivo. No debemos considerar en el prójimo sus cualidades naturales, lo que tiene de amable, los vínculos de sangre o de amistad que tenemos con él, los favores que nos ha hecho o los que pudiéramos esperar; no es que no esté permitido amar al prójimo por esta clase de razones, pero entonces el amor que se le tiene no es más que un amor natural [...]. Para que este amor al prójimo sea un amor de caridad, es preciso que esté fundado en las relaciones que el prójimo tiene con Dios, como obra suya, su imagen, su hijo, el objeto de su amor, el precio de la sangre de Jesucristo [...].

2º. En su origen. El amor de caridad con el prójimo es una rama, o más bien un brote, del amor a Dios. Debe brotar del mismo principio divino; sólo el Espíritu Santo lo puede producir y difundir en nuestros corazones. Diffusa est charitas.

3º. En su fin. Este amor tiende directamente a Dios, del cual emana. No se propone más que lo que puede hacer al hombre más santo y más grato a Dios [...]. Una señal segura por la que se puede saber que nuestro amor es sobrenatural la podemos descubrir cuando nuestro amor es universal, hacia todos los hombres, sin distinción de amigos y enemigos, de parientes o extraños; y cuando se quiere el bien y se hace el bien, todo lo que se puede, a todo el

mundo. No se tiene ese amor de caridad sin el cual no se puede estar en gracia de Dios, a menos que se dirija a todos los hombres. Un solo hombre que se excluyera del amor, aunque fuera el peor malvado y el más odioso de los hombres que viven en la tierra, bastaría para hacernos ver que no tenemos ese amor de caridad que nos es absolutamente necesario para la salvación. Amad a vuestros enemigos, dice el Señor, haced el bien a los que os odian, y rezad por los que os persiguen y calumnian, a fin de que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace surgir su sol sobre buenos y malos, y que envía su lluvia a justos e injustos (Mt 5,44-45) (Apuntes sobre el Amor de Dios, Manuscrito, inédito. AGMAR 20.34.1).

5. La madre de la Iglesia

El misterio de la maternidad divina de María enlaza con el de su maternidad espiritual con respecto a los creyentes. Este es el eje fundamental de la visión mariológica del Fundador. Por eso, cada pasaje en que aparece María parece una síntesis de su pensamiento, de su fe. «Todas las gracias que deben formar a los miembros del cuerpo místico reciben como nuevas cualidades de su caridad maternal». «En ella se realiza para nosotros la formación de la Iglesia».

¿Por qué operación nos ha concebido María? Por la operación del Espíritu Santo. Esta virgen madre nos ha concebido en su ser sobreeminente de gracia. En el ardor de su caridad, nos ha comunicado su ser de gracia, que es una participación de Cristo para que todo culmine en la unidad. Consumados en la unidad formando con Cristo un solo Cristo (san Agustín, Sermón 138, c.5).

A los pastores de la Iglesia, especialmente a los confesores, se les llama padres espirituales porque, por la administración de los sacramentos, comunican el ser de gracia, la vida del espíritu. Pues bien, todo el ser de gracia, este cuerpo místico de Cristo, este único hijo de Dios, María lo ha concebido en su ser de gracia al pie de la cruz. Todas las gracias que deben formar a los miembros del cuerpo místico reciben como nuevas cualidades de su caridad maternal. Así, todos los elegidos tendrán la máxima semejanza, primero con Jesucristo y después con la divina María. Se puede decir que todo el cuerpo de los elegidos, que constituye el cuerpo místico de Cristo fue concebido primero en Jesucristo y después en María, porque Jesucristo quería que todo lo que sucedía en él sucediese también en su divina madre, y que de ese modo participase ella de todos sus misterios. Para anunciar y confirmar ese gran misterio de la formación del cuerpo de los elegidos, Jesús dice: Mujer, ahí tienes a tu hijo, y al discípulo: Ahí tienes a tu madre (Jn 19,26-27).

La muerte natural de Jesucristo significaba para nosotros, místicamente, la muerte del hombre viejo y la consumación del hombre nuevo. Por eso, la sangre y el agua que salieron del costado de Jesucristo significaban la Iglesia. Eva, formada de una costilla de Adán dormido, era una figura de este profundo misterio [...]. Por la muerte de Jesucristo, María ha recibido la muerte, y la lanza que atraviesa el costado de su hijo atraviesa también su hermosa alma. En María se realiza, para nosotros, el mismo misterio, la formación de la Iglesia. María nos

da a luz en cierto modo (Fundamentos de la devoción de la Santísima Virgen, ¿1810?. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 91-92, nn. 74-76).

Todos los miembros de esta Familia [de María] se aman con ternura y están reunidos habitualmente en el corazón de la divina María. Si la diferencia de caracteres, si la apariencia de algún defecto personal pudiera enfriarlos alguna vez mutuamente, no necesitan, para restablecer la paz, la unión y la caridad, más que pensar que todos son hermanos, engendrados todos en el seno maternal de María. Si la inconstancia de la fortuna, el peso de los trabajos, la miseria de los tiempos vienen a derramar la amargura sobre su vida, pronto suceden el consuelo y la alegría cuando pueden decirse: todavía un poco de tiempo y veremos la belleza de nuestra divina Madre en su gloria y nos abismaremos en el seno de su ternura (Manual del Servidor de María. Prólogo. Escritos marianos II, 391).

6. Imitar la caridad de María

La fuente de la caridad está en el amor que Dios nos tiene. Adela tiene esta convicción de forma vivencial en el momento de recibir la comunión eucarística, un hecho que, al espaciarse tanto antiguamente, se vivía con más intensidad. Y ella realiza una meditación sobre la caridad de María al ponerse en camino para ir a ver a Isabel. Es la fiesta de la Visitación. Amar como Dios ama, estar junto al otro como María, servir como Jesús.

† J.M.J.T.

2 de julio de 1810

¡Todo para tu gloria, Dios mío!

Hace unas horas he tenido la dicha, mi querida amiga, de alojar en mi corazón al santificador de Juan Bautista. Con cuánta más razón que Isabel he podido gritar: «¿De dónde me ha venido esta dicha, que mi Señor y mi Dios haya venido a visitarme?».

Efectivamente, yo, culpable de tantos pecados y tantas infidelidades, ¿podría esperar un favor tan grande? El dulce Jesús olvida en un momento todo lo que he hecho contra él, y ya no se acuerda... sino de que soy su hija, rescatada al precio de su sangre.

¡Qué día tan dichoso para mí si sé conocerlo! Dulce Salvador mío, no te retires ya de mí; fija, por la gracia, tu morada en mi corazón. Que nunca tenga la desgracia de disgustarte por el pecado; que no te eche nunca de mi corazón por el pecado mortal: antes que eso, morir ahora mismo.

Imitemos, querida amiga, la caridad de nuestra divina madre. Y, a ejemplo suyo, hagamos con gusto a todos nuestros hermanos los favores que esté en nuestro poder hacerles, tanto corporales como espirituales. Dios quiere considerar hecho a él mismo lo que hagamos a nuestros hermanos: ¡qué poderoso motivo para avivar nuestra caridad!

Desde esta comunión a la próxima, procuremos combatir las faltas de caridad de todo género que pudiéramos cometer. ¡Cómo podríamos no tener caridad

cuando Dios tiene tantísima con nosotras! Con la misma medida con que hayamos medido a los demás, se nos medirá a nosotras.

Adiós, mi queridísima amiga, te abrazo con ternura en los dulces corazones de Jesús, María y José.

Adela de Batz

PD. Perdona mi horrible letra, no sé si vas a poder leerme.

(Adela de Trenquelléon, Cartas, n. 128. A Agueda Diché. Agen).

6. Orando en el camino

Jesús nos enseñó a orar al Padre, pero no dijo: «Orad así: Padre mío...». Su oración se expresa desde el "nosotros", desde la comunidad. Y no porque el cristiano tenga que dejar de orar desde sí mismo, pues también hay que entrar en lo secreto, cerrar la puerta y orar en soledad. Jesús nos ha enseñado las dos cosas a la vez (Mt 6,5-15). Nos sabemos comunión entre nosotros y con él.

Este capítulo lo queremos resumir en una oración que expresa a la vez la alegría y el agradecimiento por la vida en comunión, y la petición de ayuda para impulsar un estilo comunitario verdaderamente evangélico.

Construida con expresiones actuales de las Reglas de Vida y de los documentos de las CLM, esta plegaria nos hace dirigirnos a Dios desde nuestra propia identidad marianista.

ORAR CON LA COMUNIDAD

Jesús, tu estás presente en medio de nosotros cuando, en tu nombre, nos reunimos como lo hicieron los primeros discípulos, para crecer en la fraternidad y prepararse para la misión.

Sabemos que la vida comunitaria es fuente de alegría e infunde estima de la vocación marianista; pero también somos conscientes de que no está exenta de dificultades y tensiones.

Por la intercesión de María, concédenos la gracia de llegar a formar una nueva familia, fundada en el Evangelio del Señor e inspirada en el mandamiento del amor. Que miremos a María y en ella nos inspiremos cuando queramos poner en práctica el espíritu de familia y ejercitarnos en la sencillez, la hospitalidad, la reconciliación y el mutuo estímulo a la santidad.

Te lo pedimos a ti que, con el Padre y el Espíritu Santo, vives por los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo 5: Haciendo lo que él nos diga

En este capítulo se presenta el carácter de envío o misión que tiene necesariamente el camino de fe. La misión surge de la persona y de la misma palabra de Cristo, y se vive en continuidad con él, ya que es una "misión permanente".

1. Lo que yo creo

Ser cristiano es ser como Cristo y actuar como él lo hizo. El seguimiento de Jesucristo lleva, por tanto, a asumir su propia misión. No hay vida cristiana ni camino espiritual que no desemboquen en compartir de alguna manera la misión del mismo Jesucristo. El Espíritu, con la efusión de sus carismas, diversifica y concreta los distintos tipos de misión en la comunidad, para el mundo.

Jesús vivió para llevar a cabo el plan del Padre. Ese era su alimento (Jn 4,34) porque él no quería realizar un proyecto propio, sino la voluntad salvífica del que lo envió. La misión de Jesús es la cumbre de una historia de amor que Dios vive con su pueblo (Ef 1,3-14; Col 1,15-20). Jesús es el enviado, el amor del Padre hecho presencia viva y eficaz para dar vida al mundo.

La misión de Jesús fue entonces hacer presente el Reino de Dios, la soberanía del Dios-Amor sobre el mundo, proclamándolo como Buena Noticia, el Evangelio, con su propia vida, con palabras y hechos.

La Iglesia ha sido enviada por el mismo Jesús para llevar este Evangelio al mundo (Mt 28,19-20), hasta tal punto que ella considera que esto es prioritario en su vida: «La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia» (Evangelii Nuntiandi 14). La Iglesia no puede esconder o callar el Evangelio (1 Cor 9,16) porque eso significaría ser infiel al encargo que el Señor le dio. La Iglesia evangeliza: 1º con su propio testimonio de vida; 2º con el anuncio explícito del Evangelio.

La Iglesia se sabe inserta y formando parte del mundo, en cuanto humanidad a la que Dios ama hasta el extremo (Jn 3,16; 13,1). Pero no quiere ser de un mundo autosuficiente y cerrado a Dios, destructor de la persona (Jn 17,14-17). La Iglesia quiere mirar al mundo como Dios lo mira; comparte con él sus gozos, dolores y esperanzas, como los compartió Cristo (Gaudium et Spes 1); denuncia lo que en él aparece como contrario al hombre y a Dios; y se sabe enviada por Jesús al mundo, para que éste crea y tenga vida (Jn 17,18-21). Sabe que es una realidad de este mundo y que su tarea se orienta a que el Reino venga, el Reino que es lo definitivo.

La evangelización quiere ser palabra y acción en favor de todos. Está dirigida en primer lugar a aquellos que no han oído hablar de Jesús y del Evangelio: los niños y jóvenes, los pueblos que no lo conocen o le han olvidado, la sociedad de la increencia o indiferencia religiosa. De una manera especial, el Evangelio es proclamado a los pobres, a los que sufren, a los privados de libertad, de justicia y de paz, siguiendo el programa misionero que el mismo Jesús se trazó (Lc 4,16-19). Evangelizar es anunciar con palabras y hechos, a la humanidad entera, la liberación y la plenitud de la vida en Dios.

El camino espiritual se realiza y se entiende en esta dimensión misionera, porque el Espíritu lleva siempre a testimoniar el Evangelio y a encarnarlo en el mundo. La espiritualidad pasa por incorporar el mundo, la realidad entera, por encarnarse, ya que «lo que no es asumido no es salvado». Desde ahí, la espiritualidad cristiana se hace evangelizadora.

La Familia marianista nació de la sensibilidad y de la vocación evangelizadora de nuestros Fundadores: las raíces de nuestro carisma hay que buscarlas en el trabajo misionero de Adela de Trenquelléon, en la labor pastoral de Guillermo José Chaminade y en los compromisos de Teresa de Lamourous. La vocación evangelizadora de los tres marcó, desde el origen, el empeño eclesial de los congregantes seculares y de los institutos religiosos. «Dios mío, mi corazón es demasiado pequeño para amarte, pero hará que te amen tantos corazones que su amor suplirá la debilidad del mío» (Adela de Trenquelléon a Melania Figarol. *Cartas*, 325, 4 de mayo de 1818). La misión marca nuestra espiritualidad y ésta para llevar a cabo la misión.

Esta misión eclesial la vive la Familia marianista, a la vez, como permanente y universal, abierta en el tiempo y en la diversidad de llamadas del Espíritu. María es impulsora de la misión de su hijo al decirnos cada día: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5). Y la Iglesia trata de actuar según las palabras y los hechos de Jesús.

Desde que Jesús oró por los discípulos preparándolos para la futura misión (Jn 17), la Iglesia siempre ha unido oración y evangelización: orar para escuchar el envío (Hch 13,2-3), orar para mantener vivo el sentido de la misión, orar por los que son enviados, orar para dar gracias porque el Señor hace crecer la semilla de la Palabra anunciada (Lc 10,21-22). Con la oración se une la vida y la misión.

2. Para hacer el camino

1. "No tienen vino"

En el relato de las bodas de Caná (Jn 2,1-12) que motiva el capítulo, aparece en primer lugar esta frase de María, que recoge su mirada atenta a las necesidades de las personas concretas, de la comunidad, de su pueblo de Israel.

Yo también quiero mirar el mundo como María, para descubrir al mismo tiempo su deseo de felicidad (la boda) y sus carencias (se ha acabado el vino).

Mi camino de fe, que siguiendo a Jesús en comunidad desemboca en la misión, está situado en una cultura determinada, con unas raíces y caracteres muy precisos. Conocerla desde dentro, discernir sus valores y descubrir sus heridas es una tarea que debo asumir. La encarnación es la condición primera de la misión. Sólo así puedo saber que el mundo necesita el vino nuevo de Jesús. A esta forma y condición de la misión la llamamos inculturación.

Sugerencias

1. Preocúpate por conocer de una forma más detenida la situación social y la sensibilidad moral y religiosa del ambiente en que vives. Continuamente, instituciones públicas y privadas, así como de la Iglesia, publican informes sociológicos que pueden ayudarte a saber más del mundo donde vives.

2. Hablar o relacionarse siempre con las mismas personas puede ser un empobrecimiento. ¿Has salido de tu ambiente habitual y entrado en contacto con otro ámbito social y otras preocupaciones eclesiales? Sobre todo, es importante relacionarse con el público de las bienaventuranzas: los pobres, los que sufren, los que trabajan más directamente con ellos, los constructores de justicia y de paz, etc ¿Eres tú de ese público ?

3. El cine es un buen testimonio del momento cultural. Elige una película, a ser posible nacional, que muestre algún rasgo de nuestra problemática social. Coméntala en grupo.

4. Ora con una fotografía de la prensa de esta semana, a la que le puedas poner como pie de foto: «No tienen vino». Anota en tu cuaderno lo que has sentido en la oración.

2. "Llenad las tinajas de agua"

La misión que realizo (haced), procede de una obediencia a la palabra de Jesús (lo que él os diga). María-Iglesia invita continuamente a los servidores a fiarse de Cristo en esa transformación del agua en vino.

Mi misión, grande o pequeña, en la Iglesia, es colaborar con Cristo para que el Evangelio, encarnado y proclamado por mí, ayude a transformar las conciencias, los ambientes y la propia sociedad humana. La evangelización no es un proyecto mío, sino un encargo de Jesús dado a su Iglesia. Por ésta recibo yo el envío, la tarea y la ayuda de otros para realizarla.

Sugerencias

1. ¿Conoces los planes y las tareas de evangelización de tu diócesis y de tu parroquia? Lo que estás realizando como misión ¿está en línea y comunión con ello ?

2. El proyecto misionero de un grupo ayuda a precisar a quiénes quiere ofrecer sus servicios, por qué lo quiere hacer,

cómo lo va a llevar a cabo (estilo, insistencias, método...) y con quiénes lo va a realizar. ¿Ves un proyecto misionero en tu comunidad, en tu Provincia marianista o en la Familia marianista? ¿Lo conoces? ¿Lo asumes? ¿Trabajas por realizarlo?

3. Quizá este año puede ser la ocasión para conocer o para colaborar en algún campo de misión nuevo para ti: catequesis, enfermos, Justicia y Paz, pastoral Juvenil, marginación, pastoral familiar, ecumenismo, medios de comunicación, formación de adultos, mujer, etc.

3. "Y la Madre de Jesús estaba allí "

Ser Familia marianista supone, para mí, descubrir y valorar las implicaciones misioneras del carisma. Este carisma lo compartimos diversas ramas, que son vocaciones particulares: el laicado, la vida consagrada como religioso laico o sacerdote. Yo pertenezco a una de estas vocaciones, y en ella Dios me ha puesto como un testigo y un evangelizador, ya que del Padre Chaminade hemos recibido la orden: «Todos sois misioneros». Mi primera y singular misión está en dar testimonio de mi propia vocación específica, es decir, que surge y se expresa en la propia consagración mía como seglar, como consagrado/a por los consejos evangélicos, siendo religioso laico o sacerdote.

Nos une a todos un único carisma y, por tanto, una misma espiritualidad misionera. Desde ella realizamos múltiples actividades, algunas de ellas compartidas.

Sugerencias

1. Tu "Libro de Vida", o "Regla de Vida", es para ti una referencia importante sobre la misión. Utilízalo para hacer una revisión de tu proyecto personal.
2. Invita, a tu fraternidad o comunidad, a un miembro de otra rama o alguien que esté en misión fuera de tu país, con el fin de compartir la reflexión y la oración.
3. En una Regla de Vida se nos recuerda que «la comunidad como tal es siempre una unidad apostólica que apoya, orienta y evalúa el trabajo de cada religioso» (RVSM, 68). ¿Tiene carisma apostólico y evangelizador tu comunidad? ¿Cuida de afirmar y confirmar la tarea misionera de cada uno de sus miembros?

3. Caminos de oración

Orar la vida para alcanzar amor

Qué es

1. La naturaleza, el mundo, la historia (la de todos y la personal), son y han sido siempre un motivo para orar, para el encuentro con Dios. Este hecho no deja de cuestionarnos: ¿Por qué en la montaña, en un valle, junto al mar, entramos con más facilidad en oración? ¿Por qué nos resulta difícil, y tiembla, nuestra oración ante el sufrimiento personal, la rutina diaria, el mal en el mundo?

2. Sin embargo, la Escritura nos muestra que los creyentes hanorado fundamentalmente desde la vida tal como es, con sus momentos y lugares hermosos, anodinos o problemáticos: los salmos son una colección de oraciones desde la vida en la que podemos reconocernos: nuestra historia está hecha de misterios dolorosos y gozosos. Y en el Evangelio, María ora desde la vida en su magnífica, verdadera meditación de la obra de amor de Dios en su historia y en la del Pueblo.

3. Los Ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola se cierran, precisamente, con una oración desde la vida, para invitar al ejercitante a ver a Dios en todas las cosas, para «en todo amar y servir» (Ej. 233). Es la llamada "Contemplación para alcanzar amor" (Ej. 230-237), verdadero método para ser contemplativos en la acción o en la vida.

4. Nuestro camino espiritual encuentra en esta oración el impulso y el sentido para realizar la misión. Porque respondemos al «haced lo que él os diga», desde una actitud de amor y agradecimiento.

Cómo orar

1. *Creo un ambiente de silencio. No es para olvidar la vida, sino para llegar a lo más hondo de ella.*

2. *Pido la gracia de hallar a Dios en el mundo, en nuestra vida; de ver con los ojos de Dios lo que está ocurriendo hoy, lo que me pasa; de reconocer que todo es gracia o don.*

3. *"Contemplación para alcanzar amor"*

a) Hago memoria de todo lo que he recibido de Dios (dones naturales, dones de la gracia o de mi vida de fe). Soy un puro don de Dios. Existo porque soy amado/a por él. Quiero ofrecermee, porque el amor es comunicación de las dos partes, y digo: «Tomad Señor, y recibid, toda mi libertad, mi entendimiento y toda

mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; tú me lo diste, a ti Señor te lo devuelvo. Todo es tuyo. Dispón de mí para lo que quieras. Dame tu amor y tu gracia, que eso me basta».

b) Abro los ojos para mirar la creación y el mundo. Tanto si estoy en plena naturaleza como si estoy en la calle, me fijo que en todo habita Dios. Él da el ser, la vida, la inteligencia, la capacidad de amar. Todo es templo suyo.

c) Dios está trabajando en toda la creación. Ésta no ha terminado: Dios está jugando en ese niño que juega, construyendo en ese albañil que levanta la casa, curando en ese médico que extirpa un tumor, sosteniendo el giro estelar de las galaxias que admiramos en el firmamento...

d) Todo lo bueno del mundo actual, lo que es justicia, bondad, paz, misericordia, proviene de Dios. Lo que es contrario no viene de Dios. Sin embargo, él no quiere abandonar ni condenar a nadie. Quiere que todo se salve.

4. Puedo adaptar este método a mi vida, a mi historia concreta: puedo incluir un momento para traer a la oración lo que he vivido hoy, la gente con la que me encontrado, mis vivencias y sentimientos.

5. Termino tomando conciencia de lo ocurrido en este rato de oración. ¿Qué imagen de Dios ha aparecido? ¿Cómo he sentido interiormente el amor y la vida? Anoto en mi cuaderno lo más llamativo.

4. Un tiempo para la Palabra

Bendita tú entre todas las mujeres - Jc 4 y 5

La victoria de Israel, gracias a la profetisa Débora, sobre el ejército de novecientos carros de Sísara es uno de los lugares gloriosos de la épica bíblica. El lema marianista "Nova bella elegit Dominus" está inspirado precisamente en este doble pasaje narrativo y lírico de Jueces. Aunque parte de una inexacta traducción de la Vulgata de Jc 5,8, le sirve a Guillermo José Chaminade para descubrir que Dios inspira nuevas formas de evangelizar. Como dice un comentarista bíblico de tiempos de la fundación: «El Señor ha elegido nuevas batallas y una nueva manera de hacer la guerra, porque ha puesto al mando de su ejército a una mujer y ha tomado como soldados a hombres desarmados». Igual que Barac pidió que Débora se pusiera al frente del ejército, nosotros tenemos a María, que inspira la obediencia a la palabra de Dios y a sus planes.

Débora, profetisa, casada con Lapidot, gobernaba por entonces a Israel. Tenía su tribunal bajo la Palmera de Débora, entre Ramá y Betel, en la serranía de Efraín, y los israelitas acudían a ella para que decidiera sus asuntos. Débora mandó llamar a Barac, hijo de Abinoan, de Cadés de Neftalí, y le dijo. Por orden del Señor Dios de Israel, ve a alistar gente y reúne en el Tabor diez mil hombres de Neftalí y Zabulón; que a Sísara, general del ejército de Yabín, yo te lo llevaré junto al torrente Quisón, con

sus carros y sus tropas, y te lo entregaré. Barac replicó: Si vienes conmigo, voy; si no vienes conmigo, no voy. Débora contestó: Bien, iré contigo. Ahora, que no será tuya la gloria de esta campaña que vas a emprender, porque a Sísara lo pondrá el Señor en manos de una mujer [...].

En cuanto avisaron a Sísara que Barac, hijo de Abinoan había subido al Tabor, movilizó sus carros -novecientos carros de hierro- y toda su infantería, y avanzó desde Jaroset hasta el torrente Quisón. Débora dijo a Barac: ¡Vamos! Que hoy mismo pone el Señor a Sísara en tus manos. ¡El Señor marcha delante de ti! Barac bajó del Tabor, y tras él sus diez mil hombres. Y el Señor desbarató a Sísara, a todos sus carros y todo su ejército, ante Barac; tanto que Sísara tuvo que saltar de su carro de guerra y huir a pie [...].

Aquel día, Débora y Barac, hijo de Abinoan, cantaron: Oíd, reyes; príncipes, escuchad: que voy a cantar, a cantar al Señor, y a tocar para el Señor de Israel. Señor, cuando salías de Seir, avanzando desde los campos de Edom, la tierra temblaba, los cielos destilaban, agua destilaban las nubes, los montes se agitaban ante el Señor, el de Sinaí, ante el Señor de Israel. ¡Despierta, despierta, Débora! ¡Despierta, entona un canto!

*¡Mi corazón por los capitanes de Israel; por los voluntarios del pueblo!
¡Benedicid al Señor!*

El Espíritu del Señor está sobre mí - Is 61

El Espíritu del Señor está sobre el profeta, ungiéndolo para anunciar a los pobres la Buena Nueva. Está así dispuesto a hacer lo que el Señor le pide: ser un instrumento de curación, liberación y alegría. En un momento crítico para el pueblo, la vuelta del destierro, se necesitan personas que reconstruyan la esperanza. Este fue el pasaje de Isaías que leyó Jesús al comienzo de su vida pública (Lc 4,16-21). «Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy», afirma el mismo Jesús. Tu oración con este importante pasaje mesiánico puede ser tanto una contemplación de la misión del mismo Cristo como una petición para poder asumir, tú también, esto que se está pidiendo en este momento cara a la misión evangelizadora.

*El Espíritu del Señor está sobre mí
porque el Señor me ha ungido.
Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren,
para vendar los corazones desgarrados,
para proclamar la amnistía a los cautivos
y a los prisioneros la libertad,
para proclamar el año de gracia del Señor,
el día del desquite de nuestro Dios,
para consolar a los afligidos,
los afligidos de Sión,
para cambiar su ceniza en corona,
su traje de luto en perfume de fiesta,*

*su abatimiento en cánticos.
 Los llamarás Robles del Justo,
 plantados para gloria del Señor [...].
 Como el suelo echa sus brotes,
 como un jardín hace brotar sus semillas,
 así el Señor hará brotar la justicia y los himnos
 ante todos los pueblos [...].
 Desbordo de gozo con el Señor
 y me alegro con mi Dios:
 porque me ha vestido un traje de gala
 y me ha envuelto en un manto de triunfo,
 como novio que se pone la corona,
 o novia que se adorna con sus joyas.*

¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio! - 1 Cor 9,16-23

Escucha lo que dice Pablo sobre la tarea de la evangelización. Es algo cuya iniciativa no está en él. Lo que hace es cumplir una misión que se le ha confiado. «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (v. 16). Gracias a Dios, el evangelizar no depende de las ganas que yo tenga ni de las dotes y habilidades humanas. La misión es de Dios, no mía ni de mis ganas de lucirme o de tener éxito. Evangelizar es ponerme por entero a disposición de todos, olvidándome de mí mismo («Siendo libre, me he hecho esclavo de todos»), para «ganar a los más posibles». Orar desde la tarea misionera es tomar conciencia de este desprendimiento personal, y acoger con alegría la recompensa que es, sencillamente, poder anunciar a Jesús y el Reino.

El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio! Si yo lo hiciera por mi propio gusto, eso mismo sería mi paga. Pero si lo hago a pesar mío, es que me han encargado este oficio. Entonces ¿cuál es la paga? Precisamente dar a conocer el Evangelio, anunciándolo de balde, sin usar el derecho que me da la predicación del Evangelio. Porque, siendo libre como soy, me he hecho esclavo de todos, para ganar a los más posibles. Con los judíos me he hecho judío, para ganar judíos; con los sujetos a la Ley me sujeté a la Ley, aunque personalmente no esté sujeto, para ganar a los sujetos a la Ley. Con los que no tienen Ley me he hecho libre de la Ley, para ganar a los que no tienen Ley -no es que yo esté sin Ley de Dios, no, mi Ley es Cristo-. Me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles; me he hecho todo a todos, para ganar, sea como sea, a algunos. Y hago todo esto por el Evangelio, para participar yo también de sus bienes.

Nos apremia el amor de Cristo - 2 Cor 5,11- 6,10

Pablo defiende con energía la razón y la forma de la evangelización que está llevando a cabo. Es una misión urgida por el amor de Cristo (v. 14), y no por otros amores o intereses. Es una misión que quiere renovar («el que es de Cristo es una criatura nueva») y reconciliar, no dividir o formar sectas. Es una misión en la que el apóstol se juega la vida y en la que brillan las paradojas del Evangelio: impostores veraces, muertos bien vivos, pobres que enriquecen a muchos, cargados de preocupaciones pero con una alegría que nadie les quitará. Traduce este texto según tu situación personal en la misión de la Iglesia en la que trabajas. Desde ahí, reconoce que eres cooperador de Jesús en su misión. En la evangelización no vives para ti, para tus intereses, sino para él.

Nos apremia el amor de Cristo, al considerar que si uno murió por todos, todos murieron. Cristo murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos. Por tanto, no valoramos a nadie según la carne. Si alguna vez juzgamos a Cristo según la carne, ahora ya no. El que es de Cristo es una criatura nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado.

Todo esto viene de Dios, que, por medio de Cristo, nos reconcilió consigo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados, y a nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación. Por eso nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio; en nombre de Cristo os pedimos que os reconcilieis con Dios.(...)

Para no poner en ridículo nuestro ministerio, nunca damos a nadie motivo de escándalo; al contrario, continuamente damos prueba de que somos ministros de Dios con lo mucho que pasamos: luchas, infortunios, apuros, golpes, cárceles, motines, fatigas, noches sin dormir y días sin comer; procedemos con limpieza, saber, paciencia y amabilidad, con dones del Espíritu y amor sincero, llevando la palabra de la verdad y la fuerza de Dios. Con la derecha y con la izquierda empuñamos las armas de la justicia, a través de honra y afrenta, de mala y buena fama. Somos los impostores que dicen la verdad, los desconocidos conocidos de sobra, los moribundos que están bien vivos, los penados nunca ajusticiados, los afligidos siempre alegres, los pobretones que enriquecen a muchos, los necesitados que todo lo poseen.

La misión de los doce - Mt 10,1-20

Llamados por él. Investidos con el mismo poder mesiánico que él. Discípulos formados por su Palabra. Enviados primeramente a los perdidos, a los pobres. Sin seguridades ni apoyos, más que los del mismo mensaje que proclama que el Reino se acerca. Tú eres un continuador de esa historia apostólica primitiva. Estás siendo educado por él a lo largo de tu vida. Escuchas diariamente su Palabra, que forma tu corazón y modela tus actitudes. Estás siendo enviado por la Iglesia, que es su cuerpo. Ya no hay límites a la misión. El encargo de Cristo

sigue vivo en ti: en tu trabajo de curar, reconstruir, resucitar; en tu tarea sobre la paz; en el testimonio de palabra o de obra que debes realizar.

Y llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia. Estos son los nombres de los doce apóstoles: Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago el Zebedeo y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Santiago el Alfeo y Tadeo; Simón el Celote y Judas Iscariote, el que lo entregó. A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones:

Id y proclamad que el Reino de los cielos está cerca: curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis. No llevéis en la faja oro, plata ni calderilla; ni tampoco alforja para el camino, ni túnica de repuesto, ni sandalias ni bastón; bien merece el obrero su sustento [...]. Mirad que os mando como ovejas entre lobos; por eso sed sagaces como serpientes y sencillos como palomas [...].

Os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes por mi causa; así daréis testimonio ante ellos y ante los gentiles. Cuando os arresten, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en su momento se os sugerirá lo que tenéis que decir; no seréis vosotros los que habléis, el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros.

La boda de Caná - Jn 2 , 1-12

El evangelista Juan comienza la vida pública de Jesús con la descripción de la "primera semana" del Reino. Se puede seguir día tras día. Es como si asistiéramos a la creación del nuevo mundo... Y el último día es la fiesta, las bodas del Cordero con la novia. En Caná comenzó Jesús sus signos, gracias a la delicada atención de María y a su labor mediadora entre el Mesías, los servidores y los invitados a la boda. Si oras en Caná, siéntate muy cerca de donde lo hace María, para que observes su mirada sobre las carencias y necesidades del pueblo. Luego, suplica con ella a Cristo, y con plena confianza disponte a escuchar lo que ella te dice: «Haced lo que él os diga». Lo que viene a continuación es ya el encargo que Cristo te hace.

Había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda. Faltó el vino, y la madre de Jesús le dijo: No les queda vino. Jesús le contestó: Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora. Su madre dijo a los sirvientes: Haced lo que él diga. Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una. Jesús les dijo: Llenad las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les mandó: Sacad ahora y llevádselo al mayordomo. Ellos se lo llevaron. El mayordomo probó el agua convertida en vino, sin saber de donde venía (los sirvientes sí

lo sabían pues habían sacado el agua), y entonces llamó al novio y le dijo: Todo el mundo pone primero el vino bueno, y cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora. Así, en Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en él.

5. Un tiempo para el carisma marianista

1. Comprometidos con la mujer prometida

La nueva Eva es una mujer luchadora, una mujer que tiene asegurado el triunfo porque el Señor se lo ha prometido. Es la victoria que trae su descendencia, el hijo, y en la que ella está comprometida. Chaminade comienza su mariología leyendo Génesis, el "protoevangelio". Desde ahí lee la historia, y tiene conciencia de que ese compromiso de María con el poder de Cristo continúa y sigue convirtiéndose en victoria: «salvar la fe del naufragio». Nosotros nos disponemos también a comprometernos como ella y con ella, «felices de poder emplear en su servicio una vida y unas fuerzas que le son debidas».

Todas las épocas de la Iglesia están marcadas por los combates y los triunfos gloriosos de la augusta María. Desde que el Señor estableció la enemistad entre ella y la serpiente (Gn 3,15), María ha vencido constantemente al mundo y al infierno. La Iglesia nos dice que todas las herejías han tenido que inclinarse frente ante la Santísima Virgen, y poco a poco ella las ha reducido al silencio de la nada. Pues bien, la gran herejía reinante en nuestros días es la indiferencia religiosa, que va sumiendo las almas en el embotamiento que produce el egoísmo y en el marasmo de las pasiones [...].

El poder de María no ha disminuido. Creemos firmemente que ella vencerá esta herejía, como todas las demás, porque ella es, hoy como siempre, la mujer par excelencia, la mujer prometida para aplastar la cabeza de la serpiente. Jesucristo, al llamarla siempre con ese gran nombre de Mujer, nos enseña que ella es la esperanza, la alegría, la vida de la Iglesia y el terror del infierno. A ella, pues, está reservada en nuestros días una gran victoria, a ella corresponde la gloria de salvar la fe del naufragio de que está amenazada entre nosotros.

Nosotros hemos comprendido este designio del cielo, mi querido hijo, y nos hemos apresurado a ofrecer a María nuestros débiles servicios, para trabajar a sus órdenes y combatir a su lado. Nos hemos alistado bajo su bandera, como soldados y ministros suyos, y nos hemos comprometido por un voto especial, el de estabilidad, a secundarla con todas nuestras fuerzas, hasta el final de nuestra vida, en su noble lucha contra el infierno. Y así como una orden merecidamente célebre ha tomado el nombre y el estandarte de Jesucristo, nosotros hemos tomado el nombre y el estandarte de María, dispuestos a volar a donde ella nos llame, para extender su culto y, por él, el reino de Dios en las almas.

Este es, mi querido hijo, el carácter distintivo y el aire de familia de nuestras dos órdenes: somos de una forma especial los auxiliares y los instrumentos de la Santísima Virgen en la obra de la reforma de las costumbres, del mantenimiento y

crecimiento de la fe y, por consiguiente, de la santificación del prójimo. Depositarios de las iniciativas que su caridad casi infinita sabe crear, hacemos profesión de servirla fielmente hasta el fin de nuestra vida y de cumplir con prontitud cuanto ella nos diga, felices de poder emplear en su servicio una vida y unas fuerzas que le son debidas (Carta a los predicadores de retiros, 24 de agosto de 1839, En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 63-65, nn. 73-75).

2. *María también llama y envía*

La "Carta a los predicadores de retiros" es la Carta Magna de la originalidad carismática marianista. Y en ella aparece con fuerza esta llamada de María, que viene del mismo Evangelio: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5). En Caná, María descubre la carencia de vino, habla con Jesús y le envía los servidores. Este triple movimiento de la madre del Mesías y madre de la comunidad es fundamental para Chaminade. Las palabras de María constituyen la divisa marianista. Considerarnos llamados, convocados por la misma María hacia Jesús. «Misioneros de María».

Pues bien, nosotros, los últimos de todos, que nos consideramos llamados por María misma a secundarla con todas nuestras fuerzas en su lucha contra la gran herejía de esta época, hemos tomado como divisa, como lo hemos señalado en nuestras Constituciones (art. 6), las palabras de la Santísima Virgen a los servidores de Caná: Haced todo lo que él os diga (Jn 2,5). Convencidos de que nuestra misión propia, a pesar de nuestra debilidad, es practicar para con el prójimo todas las obras de celo apostólico y de misericordia, empleamos todos los medios posibles para preservarlo o curarlo del contagio del mal, bajo el título general de enseñanza de las costumbres cristianas, y con este espíritu hacemos de ello el objeto de un voto especial [...]. Para responder a las palabras de María: Haced todo lo que él os diga, este voto llega a todas las clases, sexos y edades, pero sobre todo a la juventud y a los pobres [...].

Nuestra obra es grande, es magnífica. Si es universal, es porque somos los misioneros de María, que nos ha dicho: Haced todo lo que él os diga. Sí, todos somos misioneros. A cada uno de nosotros nos ha señalado la Santísima Virgen una tarea para trabajar por la salvación de nuestros hermanos en el mundo (Carta a los predicadores de retiros, 24 de agosto de 1839. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 69-70, nn. 81-82).

3. *"Un corazón lleno de solicitud y compasión": marianistas con corazón de madre*

La primitiva Regla de las Hijas de María nos hace detenernos en esta expresión, que podemos convertir en la "oración misionera marianista": «Danos, Padre, la fuerza de tu Espíritu de amor, que se encarnó en la compasión de tu hijo Jesús, en la solicitud femenina de María, para poder nosotros acoger y curar las miserias de la humanidad». Desde ahí entendemos bien la universalidad misionera. Nada queda excluido. Todo cabe en el corazón materno marianista.

*Jesús y María vivieron solamente para glorificar a Dios por la salvación de los hombres. Por tanto, sería ilusorio pretender imitarlos sin trabajar en la salvación de las almas al mismo tiempo que en la propia santificación. Por eso, el corazón de una Hija de María debe ser el de una madre, o sea, un corazón lleno de solicitud y compasión por todas las miserias de la humanidad, particularmente por las que comprometen la salvación de las almas, que son la ignorancia y el pecado. Dedicará su vida a extirparlos, en la medida de sus posibilidades y de los medios que le dé la Providencia (Constituciones de las Hijas de María, 1839, art. 8. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 38, n. 610).*

*La Compañía no excluye ningún género de obras, adopta todos los medios que la divina Providencia le ordena para alcanzar los fines que se propone: Quodcumque dixerit facite. Tal es su máxima; la sigue como si la orden dada por María a los sirvientes de Caná fuese dirigida por la Augusta Virgen a cada uno de sus miembros: Haced todo cuanto él os diga (Constituciones de la Compañía de María, 1839, art. 6. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 26).*

4. Consagración, conformidad con Cristo y misión

"Principios de constitución" de la Compañía de María. Un texto donde se condensa la intuición germinal de Chaminade. El lenguaje carismático marianista está ya ahí: «Formarse en el seno de la ternura maternal de María a semejanza de Jesucristo»; interesar a María en los trabajos de la misión; hacer que sea «glorificada»; «multiplicar cristianos», etc. Expresiones que forman parte de nuestra cultura espiritual y que marcan con un sello especial nuestro estilo de actuación, de relacionarnos con los demás, de evangelizar.

1º *La Compañía de María desea constituirse como verdadera orden religiosa.*

2º *Esta orden toma el nombre de Compañía de María (el de Familia de María expresaría mejor su naturaleza) porque todos los que la componen o la compondrán en el futuro deben: 1) consagrarse a María. 2) considerarla su madre y considerarse ellos sus hijos. 3) formarse en el seno de su ternura maternal a semejanza de Jesucristo, lo mismo que este adorable hijo se formó en él a la nuestra; es decir, tender a la más alta perfección o vivir la vida de Jesucristo bajo los auspicios y la dirección de María. 4) no emprender ninguno de sus trabajos encaminados a alcanzar el fin mediato de su institución más que con una total confianza en la protección del augusto nombre de María y con el deseo de hacer que sea glorificada. El verdadero secreto del éxito en los trabajos, tanto para alcanzar la propia perfección como para sostener la Religión y propagar la fe, es interesar en ellos a la Santísima Virgen y atribuirle toda la gloria, teniendo las mismas miras y sentimientos de Nuestro Señor Jesucristo.*

El fin secundario de la Compañía de María, es decir, el objeto inmediato que se propone, es la multiplicación de los cristianos y el sostenimiento de la Religión contra los esfuerzos de la impiedad. De ahí la variedad y la multiplicidad de los medios que emplea, así como la forma de su constitución, adaptada lo más

posible al tiempo actual (Compañía de María: Principios de su constitución y de sus reglamentos. Cuaderno D, 1828-1838, En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 264-65, nn. 350-351).

5. Sólo la santidad es garantía de verdadera misión

El noviciado lo acaban de trasladar de Agen a Burdeos. 1824 es un año importante para las Hijas de María a nivel de congregación: expansión, aprobación diocesana del Instituto, reconocimiento legal en Francia para las congregaciones femeninas... En este clima de esperanza y alegría, Adela escribe a las novicias y formadoras esta preciosa carta, que podría llamarse "la carta de la santidad". El núcleo de la formación está en la santidad personal, que se vive contagiando el espíritu del Evangelio por todas partes. Porque el objetivo principal de la formación está en identificarnos con Jesús mismo. Desde este vivir la vocación como relación personal con él, surge una misión que entonces sí es de verdad fructífera. «Se hace mucho con un pequeño número de gente que se abre a la santidad; en cambio, con mucha gente que se conforma con la mediocridad no hacemos nada».

† J.M.J.T.

20 de octubre de 1824

¡Cuánto ama Dios la ofrenda de un corazón joven y tierno!

A vosotras, mis queridas hijas, madres, profesas y novicias, os envío estas líneas, que brotan de un corazón en el que os tengo grabadas muy profundamente. ¿Qué querría mi corazón de sus queridas novicias, sino que llegaran a ser verdaderas religiosas, que se penetraran del espíritu de nuestro santo Instituto, para poder extenderlo después por nuestras casas?

Vosotras sois la esperanza del Instituto, mis queridas hijas. Sois un vivero de pequeñas misioneras que el divino Maestro distribuirá por diversos lugares para llevar a cabo su obra [...].

¡Qué amable y noble es vuestro destino! Estáis destinadas a extender la doctrina de Jesucristo, asociadas a las funciones apostólicas que forman parte de la gran obra de la redención. Pero ¡cuánto hace falta que trabajéis para llegar a ser santas, ya que los apóstoles que convirtieron el universo fueron todos santos!

Se hace mucho con un pequeño número de santas, pero no se hace nada con religiosas imperfectas. Ese es, pues, vuestro trabajo durante el noviciado: trabajar en vuestra perfección, esa es vuestra gran ocupación, el más importante de vuestros estudios, al cual deben referirse todos los demás. No descuidéis, pues, ninguno de los medios que tan abundantemente tenéis para santificaros.

Sois esa viña elegida que el Señor plantó con sus propias manos, y que riega con sus gracias. ¿Qué ha podido hacer él por su viña que no haya hecho ya? ¿Y qué ha producido esa viña? ¡Buen tema de examen!

Aún tenemos enferma a nuestra querida hermana Teresa. Tiene una enfermedad parecida a la que tuve yo. Se agotó, pues ha tenido que hablar todo el día, en los retiros, en el locutorio o en las conferencias. Rezad por ella. Es una religiosa de verdad.

Adiós, queridas hijas. Mi corazón os quiere, y os querrá todavía más si sé que trabajáis de común acuerdo para alcanzar la santidad. No me olvido de las noticias que me han llegado (las hermanas Schmeder entran juntas en el Instituto): mi corazón las acoge como hijas.

Vuestra indigna madre.

Sor María T.

PD. Creo que debemos a la señorita de Lamourous el franqueo de una carta por diez soles. Enviadnos, por favor, una libra de esa sémola de patatas que me dio la señorita de Lamourous.

(Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 535. A María José de Casteras. Burdeos).

6. Orando en el camino

Orar con María en este capítulo significa entrar en comunión con ella, fijarse cómo se da cuenta de las necesidades y cómo se acerca con confianza y con rapidez a su hijo: «No tienen vino».

Orar con María es descubrir que mi encuentro con el Señor me implica en la tarea misionera fundamental, que es la de Jesús: «Haced lo que él os diga».

Orar con María, en comunión con la toda la Iglesia, pidiendo ayuda para saber estar atentos, disponibles, y comprometidos en la misión.

ORACIÓN CON MARÍA

Dios todopoderoso,
que derramaste el Espíritu Santo sobre los
apóstoles
reunidos en oración con María, la madre de Jesús,
concédenos, por intercesión de la Virgen,
entregarnos fielmente a tu servicio
y proclamar la gloria de tu nombre,
con testimonio de palabra y de vida.
Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

TERCERA SECCIÓN: LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU

Capítulo 6: Vivir de la fe

Nuestra vocación es una llamada a vivir de la fe. Esta afirmación forma parte del núcleo mismo del Evangelio, porque creer es seguir a Jesús, en comunión con los otros y en misión. Vivir de la fe fue el gran mensaje que Pablo daba al mundo por dondequiera que pasaba: vivir desde la Ley había tenido su sentido "pedagógico", pero ahora se trata de entender la vida desde Cristo Jesús y de su Evangelio (Rom 1,16-17). El Espíritu, desde Pentecostés, va impulsando en toda la Iglesia y en el mundo este vivir, esta forma de existencia. Como Familia marianista, nosotros nacimos, hace doscientos años, con esa preocupación y deseo de animar la fe, de llevar a cabo el camino que este libro está describiendo.

1. Lo que yo creo

«Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida», confiesa la Iglesia al recitar el símbolo de la fe. «Veni Creator Spiritus», canta la comunidad desde hace siglos. La Iglesia ha llamado al Espíritu Santo «el gran desconocido», y, sin embargo, ha recibido y sentido continuamente su acción en la historia. Él es siempre, lo conozcamos e invoquemos o no, energía para el mundo, huésped del alma, tregua en el trabajo, luz que penetra, gozo que consuela, fuego que abre paso, aliento de Dios.

El Espíritu, amor en el que se comunican y se entregan mutuamente el Padre y el Hijo, es quien se cernía sobre el caos para crear el mundo; el que animó a los jueces, ungió a los reyes e hizo hablar a los profetas; la sabiduría que brilló en los sabios y volvió a aparecer más sabia en los sencillos y en los pobres a los que Dios se reveló. El que llenó de gracia a María.

Jesús fué el ungió con el Espíritu por excelencia; el que prometió a la samaritana que ese Espíritu brotaría como manantial en el interior de la persona, si se responde con la fe al mismo Jesús; el que sigue iluminando, abriendo a la verdad, y creando un mundo nuevo en los nuevos profetas, pastores, sabios, mártires y santos de hoy, en cada lugar y tiempo, dentro y fuera de la Iglesia.

«Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo permanece en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia es una pura organización, la autoridad es tiranía, la misión es propaganda, la liturgia es simple recuerdo y la vida cristiana es una moral de esclavos. Pero en el Espíritu, y en una sinergia indisociable, el cosmos es liberado y gime en el alumbramiento del Reino, el hombre lucha contra la carne, Cristo Resucitado está aquí, el Evangelio es una fuerza vivificadora, la Iglesia significa la comunión trinitaria, la autoridad es un Pentecostés, la liturgia es memorial y anticipación, y la acción humana es divinizada» (Ignacio IV, patriarca de Antioquía).

Desde el día de Pentecostés, el Espíritu de Dios anima a los discípulos, siendo fuerza y fuego interior. Él es el amor del Padre y del Hijo enviado, que se dona en forma de gracias o carismas y que impulsa nuestra vida centrada en Dios, la "vida teologal", y nos envía en misión para dar lo que hemos recibido.

La acción del Espíritu es formadora y afianzadora de la fe del discípulo en Jesús y en su Evangelio (Jn 14,26; 16,13-15), y a la vez constituye la fuerza de la comunidad para testimoniar y anunciar el Evangelio.

Crear significa seguir a Jesús, compartir su vida y su Evangelio, comulgar con su muerte y resurrección. Por eso, el primer acto de fe desemboca en el bautismo (Hech 16,30-34), signo de esta comunión total con el misterio y la misión de Jesucristo. Nuestro bautismo es, así, nuestra consagración cristiana raíz y primordial.

La fe es uno de los tres dones fundamentales del Espíritu, unido misteriosa e indisolublemente a la esperanza y al amor, aunque al final sólo quedará el amor (1Cor 13). Brotando del corazón (fe del corazón), anima toda la vida, haciendo ver el mundo con los ojos de Dios (espíritu de fe).

Estas dos expresiones típicas del lenguaje de Guillermo José Chaminade nos ayudan a profundizar en el misterio de la fe. La expresión "fe del corazón" está inspirada en Pablo (Rom 10,8-10), y quiere referirse a la fe que consigue calar en el núcleo más profundo del ser humano, las raíces de la persona. «Es preciso amar lo que se cree. Someter la razón a la fe y someter el corazón; pero el corazón no se somete más que amando. La fe, esa fe sobre todo del corazón, es un gran don de Dios, y nosotros tenemos siempre necesidad de decir: Señor, aumenta nuestra fe» (G.J. Chaminade, *Cartas*, n. 661).

El "espíritu de fe" resume, para el Fundador, una manera de ser y de vivir: frente a criterios y estilos de vida no evangélicos, queremos penetrarnos del espíritu de Cristo, hacer nuestras sus maneras de pensar, sentir y actuar. Espíritu de fe es ver la vida y el mundo, y comprometer nuestra existencia, desde Jesús. «El espíritu de fe, en el que siempre debéis hacer progresos, será el que os regule en todo y para todo. El espíritu de fe está en oposición directa al espíritu del mundo.» (G.J. Chaminade, *Cartas*, n. 915).

Esta fe sólo alcanza su madurez cuando llega a la obediencia. Desprendiéndose del propio proyecto para abrirse al plan de Dios. Como Abrahán y como María. Se abre así un camino o itinerario: la peregrinación de la fe, en la que ésta es probada pero que engendra un mundo nuevo. Es la paternidad-maternidad de la fe.

La fe vive en el encuentro. Con Dios, en la oración; con el hermano, en el servicio y en la entrega. No hay fe verdadera si no respira en la vida de oración y en la vida comunitaria y misionera. Nuestra oración, así como nuestro sentido comunitario y misionero, están marcados por este rasgo teologal de la fe, que es confianza en el Padre, seguimiento de Jesús y apertura al Espíritu de amor. «En Cristo Jesús, ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor, sino solamente la fe que actúa por el amor» (Gal 5,6).

«El justo vivirá por la fe» (Hab 2,4). Esto significa que la Buena Noticia traída por Jesucristo es que Dios ha prescindido de la Ley y nos justifica gratuitamente por el amor entregado hasta la muerte por nosotros (Rom 3,21-31). El hombre nuevo es así el que «vive de la fe». Al querer Dios ser justo incondicionalmente

por gracia, y hacerse nuestro justificador en Jesús, la salvación sólo puede ser vivida en dinámica de gracia. El hombre renuncia a apoyarse en obras propias, a justificarse como bueno ante Dios y constituirse merecedor de premio. Nada le es debido. Todo es gracia: la que viene de la cruz, soberanía del amor y de la nueva vida. Por todo esto decimos que sólo la fe en Jesús, que actúa por el amor, nos justifica, nos da la vida, es nuestro único fundamento.

Vivir de la fe sólo es posible cuando se ha llegado a la "experiencia fundante", es decir, cuando llegamos al punto en nuestra vida en que entendemos profundamente que Dios es nuestro único fundamento. No se tiene fe: se es desde la fe, se es creyente. La fe es como una fuente que se desborda en el amor. A la "experiencia fundante" se llega de formas diversas: a veces está causada por algún acontecimiento que irrumpe con fuerza en la vida, pero ordinariamente es un suceso oculto y que va llegando poco a poco. Recibe nombres diversos: nuevo nacimiento (Jn 3,3), segunda conversión, vida teologal.

La fe se vive en un clima de confianza. Siguiendo el espíritu de los pobres de Yahvé, expresado sobre todo en los salmos («Acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre» Sal 131). La confianza es la espera sostenida por la certeza. Nace del amor, como dice Juan: «No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor» (1 Jn 4,18). La confianza da la fortaleza de saber que soy amado y de que nada me pasará, la seguridad que me impide buscarme seguridades, la audacia que le lanza a uno hacia el futuro. La confianza se prueba en las crisis, pero sale fortalecida siempre. Fue una de las últimas palabras que escribió Teresa de Lisieux: «Dios, en su misericordia [...] ha preservado a mi alma del pecado [...]; pero no es eso lo que me eleva a él por la confianza y el amor». (*Historia de un alma*. Final del manuscrito C).

La fe nos lleva al amor. El amor no falta en el verdadero creyente. El cristiano cree como quien ama, con confianza, sencillez, apertura, intimidad y generosidad; y ama como quien cree, con amor firme, sustentado en las raíces de la convicción y con fidelidad. Permanece y dura en el amor.

La Familia marianista, fruto de un carisma del Espíritu, nació en medio de una sociedad y de una Iglesia que sufrían una tremenda crisis espiritual y una gran prueba para la fe y la caridad: la Revolución francesa de 1789. De nuestros Fundadores hemos heredado la sensibilidad y la preocupación por formar y hacer crecer en la fe, para trabajar por la comunión y el amor de las personas y de los grupos. Por eso nuestra misión está marcada por este rasgo del carisma que es vivir de la fe, formando comunidades unidas y activas de creyentes. «Vivamos del espíritu de fe, seamos hijas de la fe» (Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 492). «Nos reunimos para formar comunidades de fe, y nos proponemos comunicar esa misma fe a nuestros hermanos los hombres» (*Regla de Vida SM*, n. 3) Al hacerlo, les llevamos a ser hermanos por tener un Padre común y que es "nuestro".

La oración es un ejercicio de la fe, un lugar privilegiado donde tiene lugar el encuentro entre Dios y nosotros. Al orar, el creyente se abre, desde el corazón, al misterio del amor de Dios revelado en Jesucristo. La oración es acogida del Espíritu en nuestro corazón y en la vida. Esa fe interior discierne lo que Dios quiere, y se convierte finalmente en una fe que anima toda la vida.

2. Para hacer el camino

1. "Formarnos en la fe"

Mi fe es un don gratuito de Dios, para el encuentro con él y con los demás desde la sencillez y la alegría. Dios se revela así a los pequeños (Lc 10,21). La fe no es elitista ni discrimina a nadie. Sin embargo, «la fe busca comprender», quiere profundizar y hacer camino, ayudada por nuestra razón y por los diversos medios que le facilitan crecer en hondura.

Mi fe pide formación. Desde sus orígenes, la Iglesia educó la fe con la catequesis (Hech 8,26-40) y la enseñanza de los apóstoles (Hech 2,42). Si quiero que mi vida cristiana pueda dar razón de lo que cree, y de forma adulta, necesito formarme.

La falta de formación religiosa entre los adultos, sea por desinterés, falta de tiempo o dificultades objetivas, tiene que ser corregida poco a poco en la Iglesia, especialmente en el laicado. Los laicos, seglares o consagrados, están llamados no sólo a formarse teológica o pastoralmente, sino a traducir al lenguaje laical el pensamiento del Magisterio o de la teología académica. El laicado está llamado no sólo a aprender, sino también a enseñar.

Por otra parte, la fe se forma en mí como fundamento cuando desarrolla la interioridad, es decir, la capacidad de percibir la realidad entera a niveles cada vez más hondos.

Sugerencias

1. Procúrate una "síntesis de fe", en forma de Introducción a la fe cristiana o de Catecismo de adultos. Elige cada semana un tema o capítulo. Anota las dudas o puntos en los que debes clarificar tu fe.
2. Valora los otros medios que tienes para formar tu fe: Biblia, liturgia, reuniones de formación, lecturas, conferencias, preparación personal para una misión, etc.
3. Procura que tu fe te lleve a crecer en confianza en las personas y en el Señor. ¿Ocurre así en tu vida? ¿Te lleva tu fe a dar un testimonio de caridad? ¿Crea unión y comunión en la comunidad?

2. "Orar desde la fe"

La espiritualidad marianista nos ha transmitido desde sus orígenes una preocupación tanto por la fe como por la oración (G.J. Chaminade. Escritos sobre la fe y sobre la oración). La insistencia de los Fundadores al fundir oración y fe les lleva a promover una serie de métodos de oración que la tradición marianista nos

ofrece también para hoy: "Método de oración sobre el credo", "Método de oración de fe y presencia de Dios", y "Método común de meditación".

De una manera u otra, mi oración es un ejercicio de mi fe, es decir, de mi comunión con Jesús y con su Palabra. Desde él quiero entender mi vida. «Para un cristiano, todo puede y debería convertirse en oración» (Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 277).

Sugerencias

Como sugerencias ofrecemos precisamente una guía para orar con los tres métodos tradicionales marianistas. Se trata de una adaptación realizada expresamente para este libro, teniendo en cuenta los textos originales (cf. *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 270-333).

I. MÉTODO DE ORACIÓN SOBRE EL CREDO

El texto original, "Método de oración sobre el Símbolo", constituye una cima del pensamiento de Guillermo José Chaminade sobre la vida de oración, y se dirige fundamentalmente a los que se inician en ella. En todos los proyectos y ensayos anteriores sobre la oración se destacaba de forma sobresaliente el papel de la fe. Esta consideración llega ahora a mayor claridad y precisión. El Fundador alude a este método de oración en una carta de 1840.

1. Entrada en la oración

In omnibus respice finem. En todas las cosas ten presente el fin.

Comienza tu oración tomando conciencia del sentido profundo de tu vida: "Conocer, amar y servir". Estas tres palabras te ayudan a ponerte en presencia del Señor y a entenderte en este momento y circunstancia de tu vida, en este rato de oración de fe que vas a vivir.

«Nuestro fin, nuestro único fin, es conocerle, amarle y glorificarle. Toda nuestra felicidad consiste en esto». Tu corazón está creado para amar. Y la fe es el don que él te regala para que aprendas a conocer, amar y servir. Comienza pidiendo un corazón creyente, la fe del corazón, para poder «no amar más que a Dios, no buscar más que a él solo, y no tender más que hacia él con todas nuestras fuerzas». Pide el don de la fe para ti y para el mundo entero: para que, creyendo, tenga vida (Jn 17,17-20). Pide el Espíritu Santo, y un corazón nuevo que sepa alegrarse en que toda la felicidad está en conocer, amar y servir al Padre a través de Jesucristo; y sintiendo muy cerca de ti a María, la madre de los creyentes.

2. Orando con el símbolo de nuestra fe

Toma uno de los dos símbolos de la fe eclesial: el de los apóstoles o bien el largo de Nicea-Constantinopla. Estás ante una síntesis de fe que ha sido fruto de la vivencia de los primeros tiempos. Son los cimientos. No ha sido fácil formular esa

fe, ni vivirla. Muchos fueron perseguidos por defender eso que ahora vas a rezar. Este credo ha tenido sus mártires y los sigue teniendo. No es una fórmula, es la afirmación común de la fe, de la esperanza, del amor que nos sostiene.

Lee primeramente el credo entero, despacio. Haz silencio, pide al Espíritu luz para profundizar en el misterio de Dios y en la historia salvífica. A continuación, detente en cada artículo de la fe. Medita y contempla. Lo que viene a continuación es una guía de oración, a título de ejemplo. Lo importante es lo que el Espíritu suscita en ti, personalmente, al detenerte en cada artículo de la fe.

Creo en Dios, padre y creador

Has sido creado a su imagen. Eres vida como él, libertad para el bien como él, fruto de su amor. Existes como la criatura-icóno de su verdad. Eres su criatura y a la vez su hijo o hija. Tienes, además, el encargo de cuidar de las criaturas: «labrar y cuidar la Tierra» (Gn 2,15).

Hago memoria de todo lo que he recibido de él. Soy un puro don suyo. Abro mis ojos para mirar la creación y el mundo. En todo habita Dios. Dios está incluso trabajando por su creación. Todo lo bueno, todo cuanto hay de noble, justo y amable en el mundo viene de él. De mi interior brota espontánea la oración ignaciana de ofrecimiento: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; tú me lo diste, a ti, Señor, te lo devuelvo. Todo es tuyo. Dispón de mí para lo que quieras. Dame tu amor y tu gracia, que eso me basta».

Creo en Jesucristo, hijo de Dios, hecho hijo de María para la salvación de la humanidad

Enviado, mediador, camino. El creador y padre nos comunicó su Palabra de forma asombrosa y humilde: se hizo carne. Como la nuestra. Dios se hizo humanidad.

Ve a Nazaret y contempla a María en el día de la Anunciación: la palabra de María, "hágase", dio paso a que la Palabra se hiciera carne. Ve a Belén con José y María. Contempla al niño. María te lo da. Tómallo.

Treinta años viviendo en lo escondido de la vida cotidiana. Dios creció entre nosotros, y no lo sabíamos. «Con vosotros está y no lo conocéis» (Jn 1,26). Creo, Señor, que estás aquí en lo cotidiano, en la sencillez de la vida, como entonces.

Creo en la Palabra que pronunciaste durante tres años, en parábolas y en discursos, al formar a tus discípulos o en la intimidad de mesa y sala de estar con tus amigos. Creo en tu amor a todos, sobre todo, a los pobres y a los pecadores. Creo en tu perdón continuo, firme, sin condiciones.

Creo que no hay hecho más asombroso e inexplicable que tu entrega y tu cruz. Creo que en tu cruz está la vida, que nunca entenderé por qué el Dios Amor ha llegado por nosotros hasta este punto («los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). Pero sé íntimamente, todos sabemos y creemos, que eso es lo único que basta. Solo tu cruz basta. Creo que de ahí brotó vida en plenitud, resurrección. Tú vives con el Padre, y eres amor infinito que nos espera y que, a la vez, vendrá.

Creo en el Espíritu Santo, amor y dador de vida

Amor del Padre y del Hijo, enviado a nosotros en Pentecostés, y a partir de ahí a todo el mundo, llenando el universo, infundiéndose «en todas las edades, entrando en los santos, hace de ellos amigos de Dios y profetas» (Sab 7,27).

Creo en ese amor que era quien movía a Jesús. Él estaba ungido (cristo) por ese Espíritu de amor total. Jesús nos lo prometió y nos los envió. Y ahora creo que el defensor sigue animando y consolando en las luchas de los testigos de Dios. Él sigue dando luz y fuego a los nuevos profetas de la reconciliación, la justicia y la

paz; abriendo caminos nuevos en la Iglesia; regalando carismas para que sean puestos al servicio de la comunidad y de la humanidad.

Creo en la Iglesia, que vive en la comunión, en el perdón y en la esperanza de una vida en plenitud

Llamados para vivir en el amor y para el amor («Amamos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 13,34)). Formamos una comunión que es, a la vez, un regalo, un don y una tarea. Creo en la Iglesia que somos y que queremos ser en plenitud.

Creo que la Iglesia trasciende el tiempo y el espacio. Creo en la comunión de los santos de toda nuestra historia. Creo en una Iglesia que es comunión, y que se abre al mundo, y ora y trabaja con todos los creyentes de cualquier religión, y que busca la unidad con los hermanos de las otras confesiones cristianas.

Creo que el perdón que Jesús nos trajo y nos regaló en nombre del Padre es, desde entonces, una realidad y un camino. Sólo el perdón creará un mundo nuevo, sólo la reconciliación basada en la justicia y la misericordia hará posible que Dios reine hoy y siempre. Yo creo en la fuerza de ese perdón para mí y para todos.

Creo que hemos resucitado con Jesús, y que tenemos la vida si creemos y le seguimos de corazón. Y que esa vida en plenitud nos mueve a la alegría, a la paz y a la misión de extender este Evangelio, que es nuestra fuerza y nuestro tesoro.

Amén, amén, amén.

II. ORACIÓN DE FE Y PRESENCIA DE DIOS (LLAMADA TAMBIÉN ORACIÓN DE SENCILLEZ)

El documento original parece ser de 1829, y se compone de doce "notas" que escribió el Fundador, como maestro de oración, con la intención de ayudar y orientar a sus discípulos en la vida de oración.

1. Abre la puerta por el silencio

Dice Jesús que cuando vayamos a orar, entremos en nuestra habitación y cerremos la puerta para hallarle en el secreto (Mt 6,6). Hacer silencio es la primera condición para poder escucharle. Un silencio que debe ser completo, que abarque todo nuestro ser porque todo el ser debe abrirse a su palabra. Así posibilitamos «oír a Dios dentro de uno mismo. *Escucharé lo que el señor habla en mi interior* (Sal 85,8). El silencio es completo sólo cuando al silencio de las palabras se le une el de los signos, el de la memoria, el de la imaginación, el de la mente y, sobre todo, el de las pasiones» (*El Espíritu que nos dio el ser*, p. 283, n. 381).

Pide al Señor que aquiete tu corazón, que lo centre en lo único necesario. Un silencio que puede darse incluso en medio de tus ocupaciones, de tu trabajo, porque lo profundo de ti está en esa apertura a él, en la paz contigo y con los demás.

2. La fe busca la presencia

El silencio sólo es una puerta. Tras ella viene el encuentro, y eso es lo que buscamos en la oración. «Cuando la fe ha crecido considerablemente, uno desea mantenerse en la presencia de Dios» (*El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 281, 377a).

La presencia es a la vez una obra de Dios y de mi actuación:

1. Dios siempre está presente, pero busca el encuentro

Toma conciencia de esta realidad. Hay momentos en los que la presencia de Dios se hace evidente, de forma más suave o más fuerte. Habitualmente dura poco tiempo, pero te queda una certeza clara de que es él. Utiliza casi siempre la forma de la "consolación", de la alegría profunda, porque ese es primordialmente su lenguaje. Muchas veces Dios utiliza como medio para este encuentro una causa concreta: la meditación de la Escritura, la palabra o el ejemplo de una persona, un acontecimiento, etc. Otras veces puede hacerse presente "sin que tú sepas por qué", en momentos inesperados.

Estas formas de presencia de él deben ser para ti el apoyo y la memoria para poder entrar tú en la presencia de él.

2. Yo quiero abrirme a su presencia

Puede hacerse desde la Palabra o desde la vida, inmerso en la realidad cotidiana. Hecho el silencio, tomo conciencia de que Dios nos envuelve con su presencia; me envuelve a mí, nos envuelve a todos; a toda la creación y a toda historia; aquí y en todas partes, y ahora y siempre. Mi oración no busca pensar ni considerar. Sólo mirar, estar atento desde el corazón. Es la oración sencilla de la fe: «Una atención apacible a la presencia de Dios, lo cual hace que el alma le considere a la luz de la fe con toda la atención del corazón, y no quiera más que a él; le mira sin cesar y no se cansa de mirarle» (G.J. Chaminade. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 279, n. 373).

Un ejercicio de iniciación consiste en ponernos en la presencia de Dios en un momento concreto; habituarnos a realizar este "calado" en lo profundo, aunque sea cuestión de un minuto, en medio de nuestro trabajo y ajetreo diario.

Pero a lo que todo esto se encamina es a la "conciencia de presencia permanente", que es a la vez un don y el resultado de la maduración de nuestra vida de fe: «*Anda en mi presencia y sé perfecto*», decía Dios a Abrahán (Gn 17,1).

III. MÉTODO COMÚN DE MEDITACIÓN

En los primeros años de la fundación de las dos congregaciones religiosas marianistas, el interés de Guillermo José Chaminade, como maestro espiritual, se centra en ayudar a los que dedican un buen tiempo diario a la oración. Juan Bautista Lalanne, uno de los primeros discípulos del Fundador, escribió en 1817 una pequeña guía para orar. Chaminade, por su parte, compuso también un breve

ensayo, "El otro método" (1818). Ambos textos terminaron confluyendo, para dar lugar, hacia 1820, al "Método común de meditación". Siguiendo sus pautas han orado los y las marianistas durante muchos años, por lo que todos le reconocemos un papel importante en la historia de nuestra pedagogía orante.

1. "Entra en tu cuarto y cierra la puerta" (Preparación)

1. Cuida el clima del día

Entra por el camino de "los cinco silencios", para disponerte a la escucha y a la interioridad ("espíritu de María" y "espíritu de fe" son sinónimos, para el Fundador, de "espíritu de oración"). Hazte consciente de la presencia de Dios a lo largo de la jornada. Vive el aquí y el ahora. Asume la realidad de todo como sacramento del espíritu. Si puede ser, reserva un tiempo de lectura espiritual.

2. Dedicar un pequeño momento a preparar tu rato de oración

Elige el texto bíblico o el asunto de tu oración.

3. Entra en la oración haciendo silencio

Ábrete al Espíritu Santo y pídele que venga en tu ayuda como luz para la fe y fuerza para el amor. Toma conciencia del destinatario de tu oración: el Padre. Eres su criatura, su imagen. Eres de él y para él. Recuerda cuál es el camino para llegar: Jesucristo. Todo lo haces a través de Jesús, por Jesús. Eres hijo en el Hijo. Tu oración de hoy descansa y se alimenta de esta relación de amor con la Trinidad. Haz un sitio a María, junto a ti. Siente su cercanía de madre, modelo de creyentes e intercesora.

2. "Ora a tu Padre, que está en lo escondido" (Cuerpo de la oración)

1. Ábrete a la verdad de Dios y del Reino ("Consideraciones")

Dedica el primero momento a una reflexión sencilla sobre el texto o el tema elegido. Pide luz para comprender la verdad del misterio revelado. Pide poder orar con el "espíritu de María" o "espíritu interior". Este momento de consideraciones es "poner a Jesús ante los ojos": lo más importante de las verdades de fe está condensado en la persona de Jesús. De ahí que debamos comenzar escuchando sus palabras, que están en el Evangelio, o en lo que el Espíritu suscita hoy en el corazón de los creyentes, y en los signos del tiempo presente. Miramos su persona revelada en la Escritura, y presente misteriosamente en el sacramento de la eucaristía o en el sacramento del cuerpo místico: el hermano, sobre todo el que sufre, el débil, el pobre. Y aunque en esta consideración no llegues del todo a entender, no te inquietes, permanece a la escucha. *«Esto no entiendo como es, y no entenderlo me hace gran regalo [...]. Cuando el Señor quiere darlo a entender, su Majestad lo hace sin trabajo nuestro»* (Santa Teresa de Jesús, *Meditaciones sobre los Cantares*, 1,1).

2. Deja que él te ame y habla tú al amor ("Afectos")

En un segundo momento, deja que la verdad de lo considerado se haga motivo de amor. Agradece, alaba, pide, intercede. El "espíritu de fe", que es verdaderamente el "espíritu de María", te ha hecho considerar todo desde Dios, desde la perspectiva del Evangelio. Por eso las "consideraciones" de nuestro método de oración no son sino "miradas de fe". Pero ahora esa mirada se convierte en ejercicio de amor: creemos con la "fe del corazón", que nos hace amar lo que se cree y a aquél en quien se cree. Este momento de la meditación es "poner a Jesús en el corazón". Ya no es un texto o una verdad lo que te hace orar. Ahora el Espíritu te lleva al encuentro con la persona de Cristo, que te conduce al Padre.

En este encuentro se escucha, uno se deja amar, se aprende a sentir y gustar todo internamente, como María, que guardaba todo en su corazón (Lc 2,19.51). Se contempla en silencio, dando su tiempo al Señor. Pero también es el momento en que la fe se hace expresión de amor hacia el Señor. Y el amor tiene unos lenguajes que sólo los sabe y los practica el que ama. La Escritura y la vida son para nosotros las grandes escuelas para aprender este idioma de los afectos de la fe.

3. Descubre y practica lo que Dios te ha dicho ("Resoluciones")

Consideración y afecto, verdad y amor, nos llevan de la mano, en este tercer momento, a recoger la palabra que él te ha dirigido en vistas a la vida. Quizá ha habido una luz, una sugerencia del Maestro interior para aplicar la oración a tus relaciones, tu trabajo, etc. Orar es, al mismo tiempo, poder preguntar «Señor, ¿qué quieres que yo haga?», y disponerme a «hacer lo que Jesús nos diga» (Jn 2,5). La oración es así el momento de una escucha fundamental: la de saber lo que Dios quiere, la elección que Dios hace, la decisión que Dios tiene para mí. No hay oración verdadera si no desemboca en la obediencia, porque el amor es, al final, consentimiento.

Mi meditación termina entonces en un querer identificarme con Jesús, viviendo como él vivió, queriendo lo que él quiso, abriéndome a su Palabra, encarnándola en la vida. Es "poner a Jesús en las manos", sabiendo que no soy yo quien toma unas "resoluciones", sino él, que me ha elegido y me llama cada día. Hazte consciente de hacia dónde te ha dirigido Dios a través de esta oración. No pretendas encontrar artificialmente una indicación suya para tu vida, ni tampoco quieras concretar, sin más, una resolución voluntarista. Quizá te tengas que contentar con un pequeño compromiso en relación a tu vida de fe, de relaciones o de misión. En todo caso, es la oración la que te habrá iluminado, para conocer y asumir lo que Dios quiere de ti.

El momento final de la meditación de fe es, como dice José Simler, una oración de conformidad con la voluntad de Dios (cf. *Guía de la oración mental* nn. 268-278).

3. "Y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará" (Despedida)

Concluye tu oración dando gracias por este momento de encuentro con él. Pide perdón si ha habido resistencia a acoger la Palabra. Pon en las manos de María todo lo bueno que ha sucedido, porque «María sostiene las gracias para que no se malgasten» (San Buenaventura).

Elige un pensamiento o una luz que haya quedado de esta oración, para que te acompañe durante el día, o en el momento de acostarte.

Examen de la oración. Revisa este rato de oración. Anota en tu cuaderno de oración lo más interesante: luces, resistencias, llamadas interiores. Todo ello puede ser interesante para volver más tarde, sea en la oración o en el propio discernimiento de lo que Dios está diciendo.

3. "Hacer crecer la fe"

En la perspectiva de la fe, el carisma marianista tiene una dimensión misionera evidente. Si nacimos a principios del siglo XIX con una preocupación y una tarea centrada en volver a recuperar el tejido de la fe en las personas y en la sociedad, hoy sigue siendo ése nuestro objetivo. Estamos llamados a multiplicar la fe.

Esto se hace especialmente importante y urgente, doscientos años después, porque la secularización y la increencia práctica en el seno de muchas familias convierten a las nuevas generaciones en "huérfanos de la fe". No hay mucho lugar para la fe. Faltan testigos de la fe. Y los educadores en la fe que se necesitan no pueden ser sólo transmisores de saber, sino, sobre todo, de vida.

En el siglo XXI, todo país es tierra de misión, donde debe ser suscitada, recuperada y formada la fe en Jesús y en el Evangelio. Y yo tengo un papel en esto. Junto con toda la Familia marianista. Especialmente queremos hacer crecer la fe no sólo individual, sino comunitariamente. La fe compartida, celebrada, revisada y fuente de acción apostólica, en comunidades de vida, que recrean, en cada tiempo y lugar del mundo, el ideal comunitario del libro de los Hechos.

Sugerencias

1. Comprométete en una tarea de formación en la fe, con niños, jóvenes o adultos.
2. Promueve o colabora en un taller de oración donde se puedan practicar y evaluar los métodos propuestos en este libro.
3. La Iglesia quiere que se promueva una nueva evangelización; nueva en los métodos, en el mensaje y en los destinatarios. ¿Qué has hecho tú para entrar en este movimiento eclesial? ¿Has renovado tu mensaje, has pensado en los destinatarios más adecuados de tu acción evangelizadora y hecho algo por adaptar los métodos con los que transmites este mensaje?

3. Caminos de oración

La oración de la mirada

Qué es

1. Igual que la pronunciación del nombre, mirar a la persona amada es otro de los gestos del encuentro orante. Y esto sucede porque el amor es un movimiento de salida hacia el otro, sintiéndose atraído por el rostro del amado.

2. La Sagrada Escritura nos ofrece múltiples testimonios de este deseo de ver el rostro de Dios: «Déjame ver tu rostro» (Ex 33,18,20), «Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (Sal 27). Queremos ver, mirar, mientras Dios mismo nos ve, nos mira, sobre todo cuando sufrimos en la opresión («Dios vio cómo sus capataces...» Ex 3,7-9). Jesús mira al joven rico; mira a su madre y al discípulo amado desde la cruz.

3. Los grandes maestros de la oración y del encuentro con Dios nos hablan de esta mirada, que define un estilo de oración contemplativa y de sencillez:

«No os pido que penséis en él, ni que saquéis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones en vuestro entendimiento; no quiero más que le miréis [...]. Pues nunca quita vuestro esposo los ojos de vos, ¿es mucho que le miréis algunas veces a él? Mirad que no está aguardando otra cosa, sino que le miréis» (Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, 42.3).

*«Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti veían»*
(Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, 32).

«El gran beneficio que recibimos de la oración no consiste en la facilidad de pensar y hacer consideraciones, de sentir y estar ocupados, sino en la capacidad de estar ante Dios y con Dios» (G. J. Chaminade, *Oración de fe y presencia de Dios*. En "El Espíritu que nos dio el ser", p. 286, n. 386b).

«Le mira sin cesar y no se cansa de mirarle» (G. J. Chaminade. *Oración de fe y presencia de Dios*. En "El Espíritu que nos dio el ser", p. 279, n. 373).

4. Continuamente nos encontramos con ejemplos de esta oración de mirada. Recordemos la anécdota del Cura de Ars, que preguntaba a un feligrés de su parroquia qué hacía en silencio mirando el sagrario tanto rato, y éste le contestaba: «Muy sencillo: él me mira y yo le miro». O el diálogo con el Padre Kolvenbach: «¿Es cierto que usted ora con iconos? ¿Y qué hace? ¿Los mira?». El Superior General jesuita contestó: «No, no. Ellos son los que me miran a mí».

5. Al vivir de la fe, nuestra mirada se hace atención al Señor y, a la vez, atención al mundo tal como el Señor lo mira. La oración marianista nos hace

descubrir a Dios a través de los signos que la vida y la historia nos va ofreciendo. Nuestra visión de la realidad y del mundo es la visión que el Padre tiene; esta visión es muy importante para poder proceder como él procede.

Cómo orar

1. Hago silencio. Cierro los ojos y voy tomando conciencia de que soy mirado/a por el Señor. Es una mirada siempre de amor.

2. Mediaciones para la "mirada externa". Puede ser bueno comenzar esta oración "mirando" físicamente una imagen de Jesús (o de María con Jesús), escultura, pintura o icono.

«Procurar traer una imagen o retrato de este Señor, no para traerle en el seno y no mirarle nunca, sino para hablar con él muchas veces» (Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, 43,2).

«Mirándola (la imagen de Jesús en la pasión), toda me turbó de verle tal». (Teresa de Jesús, *Vida*, 9,1).

«Si dos personas se quieren mucho, aun sin señas parece que se entienden con sólo mirarse» (Teresa de Jesús, *Vida*, 27,10).

*No sólo miro la imagen, sino que me dejo mirar por Cristo. Esto es a veces turbador, como dice Teresa de Jesús. La mirada mutua desencadena una "meditatio" y una "oratio" o "contemplatio", como ocurre en la Lectio Divina: «No sólo queráis mirarle, sino que os holguéis de hablarle de la pena de vuestro corazón» (Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, 42,6).*

3. "La mirada interior". Esta mirada sucede dentro, no fuera: Dios me mira en lo más profundo de mí. Penetra en mí. Ahí también le busco yo. Puedo alternar la mirada a la imagen y la mirada interior cerrando los ojos.

«Recoger la vista para mirar dentro de sí este Señor» (Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, 42,8).

4. "Mirada al mundo". Cuando he llegado a ser mirado por el Señor, aprendo yo a mirar al exterior. Miro la vida, el mundo concreto en que vivo, las personas con quienes me relaciono.

5. Terminó dando gracias porque él me mira, es decir, me ama y quiere mi bien, pidiendo tener yo una mirada más sincera para con él, y poder mirar a los demás como Dios los mira.

6. ¿Qué ha pasado en este rato de oración? ¿Qué dificultades o qué luces he encontrado? Analizo mi mirada y la de Dios. Tomo nota, en mi cuaderno, de lo más llamativo.

4. Un tiempo para la Palabra

La vocación de Abrahán - Gn 12,1-9

La historia del Pueblo de Dios comienza con esta llamada de Dios y esta respuesta de Abrahán. Su fe se llama obediencia. Sin saber a dónde va, se fía completamente de ese Dios desconocido que le promete bendición. Y sale, en este primer éxodo de la historia bíblica, a recorrer la peregrinación del creyente, como un modelo para todos nosotros. Camina con Abrahán para poder desprenderte, ora como él en actitud de escucha, y vive así de la fe-obediencia que él representa. La oración reflejará en nosotros ese camino abrahámico, por lo que no nos extrañará que atravesase caminos de desierto y oscuridad, de inseguridades y despojos. De vez en cuando llegará el momento en que en esa misma oración se aparezca el Señor, y edifiques entonces un altar (v v.7-8), es decir, consagres y entregues tu vida al Señor.

El Señor dijo a Abrahán: Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre y será una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo.

Abrahán marchó, como le había dicho el Señor, y con él marchó Lot. Abrahán tenía setenta y cinco años cuando salió de Harán.

Abrahán llevó consigo a Saray su mujer, a Lot su sobrino, todo lo que había adquirido y todos los esclavos que había ganado en Harán. Salieron en dirección de Canaán y llegaron a la tierra de Canaán. Abrahán atravesó el país hasta la región de Siquén, hasta la encina de Moré (en aquel tiempo habitaban allí los cananeos). El Señor se apareció a Abrahán y le dijo: A tu descendencia le daré esta tierra. Él construyó allí un altar en honor del Señor que se le había aparecido. Desde allí continuó hacia las montañas al este de Betel, y plantó allí su tienda, con Betel a poniente y Ay a levante; construyó allí un altar al Señor e invocó el nombre del Señor. Abrahán se trasladó por etapas al Negueb.

Señor, mi corazón no es ambicioso - Sal 131 (130)

Salmo del "corazón como un niño". El salterio es, todo él, un mosaico de situaciones y actitudes que nos educan en la afectividad espiritual, la relación afectiva con Dios. Pero en este pequeño salmo, la colección llega a una concentración única: la sabiduría del abandono y el apaciguamiento de los deseos. Después de cuatro expresiones negativas (mi corazón no es ambicioso, ni altanero, ni pretende grandezas ni señales), el orante no encuentra mejor símbolo de su actitud interior que la del niño destetado en brazos de su madre. Igual que un niño aprende a superar etapas y a ser educado en la libertad y confianza, así nosotros estamos en las manos del Señor. Este es el núcleo de la fe. Desde la oración con este salmo podemos comprender mejor la palabra de Jesús: «Si no os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 18,3).

*Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superen mi capacidad,
sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.
Espere Israel en el Señor
ahora y por siempre.*

Se cree con el corazón - Rm 10,9-10

La fe es la entrega incondicional de la persona a la propuesta de Dios, a la llamada de amor del Señor. Es el reconocimiento sincero de que la Verdad que me solicita corresponde íntimamente al deseo y a la esperanza de mi corazón.

Por eso hablamos de fe del corazón. En realidad no puede haber fe verdadera más que como fe del corazón, porque si éste no está implicado y entregado, habrá quizá una creencia religiosa, pero no una fe que moviliza a la persona. «Con el corazón se cree para conseguir la justicia», dice san Pablo (v. 10). Y es que sólo una fe que brota de lo más hondo y personal es capaz de situarle a uno en el camino de la vida del Reino. La vida de oración no es más que la respiración de esta fe cordial.

Porque si tus labios profesan que Jesús es el Señor y tu corazón cree que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás. Por la fe del corazón llegamos a la justificación, y por la profesión de los labios, a la salvación.

No he encontrado nunca una fe tan grande - Mt 8, 5-10

El centurión romano sabe que su casa es impura para un judío. Pero en esa casa impura hay también sufrimiento. Jesús pronuncia entonces una frase de libertad: «Yo iré a curarle». Es decir, a pesar de ser una casa impura, yo entraré en ella porque para esto he venido. Cuando parece que el relato tiene que acabar aquí -y ya es bastante Evangelio-, surge la impresionante confesión de fe de este militar, que deja asombrado incluso al mismo Jesús. Vivir de la fe es ser capaz de creer que la Palabra de Cristo tiene esa fuerza en mi vida, si yo me abro a su acción. Convierte las palabras del centurión, que pronunciamos siempre en la eucaristía, en un estribillo de tu oración. «Una palabra tuya bastará para sanarme».

Al entrar en Cafarnaúm, se le acercó un centurión rogándole: Señor, tengo en casa un criado que está en cama paralítico y sufre mucho. Jesús le contestó: Voy yo a curarlo. Pero el centurión le replicó: Señor, no soy quién para que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina, y tengo soldados a

mis órdenes, y le digo a uno ve, y va; y al otro ven, y viene; y a mi criado haz esto, y lo hace. Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe.

El Maestro de los maestros - Lc 2,41-52

«María, durante muchos años permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo sólo por medio de la fe» (Redemptoris Mater, 17). Porque ni ella ni José comprendían por qué Jesús se convertía ya en un Maestro de los maestros, ni de dónde venía esa sabiduría que brotaba de sus labios (Jn 7,46; Mt 13,54). Jesús comienza a enseñar dónde está la palabra de vida y la casa del Padre. Ha empezado el Evangelio, que sólo podrá ser recibido por fe. No valen ya las comprensibles quejas humanas de unos padres ante un hijo. El relato trasciende las quejas y se sitúa más allá. A Cristo hay que buscarle donde él quiere estar, no donde nos gustaría a nosotros tenerlo. Habrá que aplazar el viaje de vuelta a casa; primero hay que escuchar a Jesús.

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua. Cuando Jesús cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre, y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que lo supieran sus padres. Éstos, creyendo que estaba en la caravana, hicieron una jornada y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén en su busca. A los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas: todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados. Él les contestó: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? Pero ellos no comprendieron lo que quería decir. Él bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

5. Un tiempo para el carisma marianista

La fe, unión con Jesucristo

Estamos ante una meditación del Retiro preparatorio a los primeros votos en la Compañía de María (1818). Por tanto Guillermo José Chaminade está poniendo los cimientos. Quiere que la Vida Consagrada que está naciendo esos años en la Familia marianista viva de la fe y para la fe. Fe que es luz, pero que, sobre todo, es encuentro con la persona de Jesucristo. Fe que se convierte así en nosotros en camino, verdad y vida. Fe que provoca un gran cambio, «que llega hasta

transformarnos en Jesucristo [...]. De este modo se ha formado en nosotros el hombre nuevo».

Así pues, cuando la luz de la fe penetra en nuestra alma, el Verbo de Dios viene a habitar en ella. Y esto no es pura imaginación. El apóstol, es decir, el Espíritu Santo por su boca, nos lo ha revelado: Dios habita en nosotros por la fe (Ef 3,17).

No vemos a Jesucristo en nuestra alma cuando penetra en ella la luz de la fe. En efecto, no habita en ella como hombre y del mismo modo que por la Sagrada Eucaristía. Habita como Verbo de Dios. Pero, aunque no le vemos, sentimos todas las cualidades que él se atribuye: Yo soy la verdad, el camino y la vida (Jn 14,6). Por la luz de la fe, en efecto, y por la fe que produce en nosotros, conocemos las verdades de Dios: verdad; nos anima y es nuestra vida: vida; nos enseña lo que debemos hacer y el camino que debemos seguir camino.

Si la luz de la fe es el Verbo de Dios, si por ella es el Verbo adorable quien se digna venir a habitar en nosotros, se comprende que la fe -convicción que resulta de la impresión de esta luz- sea precisamente la unión de Jesucristo con nosotros, unión que llega hasta transformarnos en Jesucristo. Por la fe, en efecto, como ya lo hemos visto, nuestra mente esclarecida ya no piensa más que como Jesucristo. Jesucristo se ha unido a nuestra mente. Animado por la fe, nuestro corazón ya no siente ni ama más que como Jesucristo. Jesucristo se ha unido a nuestro corazón. Dirigida por la fe, nuestra voluntad ya no actúa más que como Jesucristo. Jesucristo se ha unido a nuestra voluntad. De este modo, se ha formado en nosotros el hombre nuevo.

*No nos extrañe, pues, todo lo que el Evangelio y el apóstol nos dicen sobre la fe, sobre su necesidad, su excelencia, su eficacia para la salvación, su poder. A su lado, ¿qué es la luz de la razón? ¿Qué son, incluso, las luces de las revelaciones? Con cuánta razón nos manda el apóstol: Tened la fe de Dios (Retiro de 1818. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 77-78, nn. 210-211).*

"Cuando queremos ver el sol"

«Si no creéis, no comprenderéis». Así se titula esta nueva meditación del Retiro de 1818.

La nueva comprensión humana está hecha de una apertura fundamental, la de la fe, que es dejarse iluminar, «volverse a Él». En una sociedad que está viviendo unos cambios culturales tan acelerados, y con unas propuestas tan variadas, ¿cómo llegar a tener un «entendimiento limpio, sano y atento»? La misión se convierte entonces en ayudar a sanar, limpiar y situar la atención del ojo humano. Un ojo que, como decía Ignacio de Loyola, debe ser "simple", es decir, sin doblez, que va a lo fundamental.

Se compara la luz de la fe -que sale de Dios y viene a causar en nuestra alma una impresión que es imagen perfecta de Dios- a la luz del sol, que imprime en nuestros sentidos la imagen del sol; y el hombre que recibe la luz de la fe se compare al ojo, que recibe la luz del sol; el entendimiento del hombre, a las partes del ojo que refractan la luz y perciben la imagen; y la voluntad, a los párpados, que se abren y se cierran para dejar entrar o rehusar la luz.

Según la primera parte de la comparación, es decir, considerando a la fe como luz que viene de Dios, se la ha llamado objetiva; y según la segunda parte, es decir, considerando a la fe en relación al hombre, se la ha llamado subjetiva. Y así se ha distinguido la fe objetiva y la fe subjetiva. Por la primera se entiende la luz de Dios, y por la segunda, la capacidad del hombre para recibirla.

*Juntando ambas partes de la comparación en una, se ve la manera de servirse de la fe en la meditación. Cuando queremos ver el sol, no necesitamos, si el ojo está sano y limpio, más que volvernos hacia él y abrir los párpados para que la luz lo atravesase y lo impresione. De la misma manera, en la meditación, para que la luz de la fe nos penetre y nos impresione, no tenemos más que volver nuestro entendimiento hacia Dios, abriéndolo por la voluntad. Pero, así como para ver bien hace falta que el ojo esté limpio, sano y atento, para percibir bien la luz de la fe es preciso que nuestro entendimiento esté limpio, sano y atento. He ahí todo el método de la meditación por la fe (Retiro de 1818. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 79-80, nn. 212-213).*

Oración de fe y presencia de Dios

Su método de oración de sencillez es una mirada de paz, en la que no hay cansancio y en la que uno persevera. Y es así porque así mira el amor. Así es como nos mira siempre Dios, como mira Jesús en el Evangelio. La oración parte de la conciencia de que «en él vivimos, nos movemos y existimos». Como el pez en el océano; como el pájaro en la inmensidad del espacio. Pero esa experiencia de presencia no es pasiva. La Sagrada Escritura la carga de fuerza -recuerda el Fundador- al afirmar: «Anda en mi presencia y sé perfecto» (Gn 17,1). La presencia de Dios hace caminar y define al creyente bíblico.

La oración de presencia de Dios, unida a la oración de fe, es una atención apacible a la presencia de Dios, que hace que un alma mire a Dios a la luz de la fe con toda la atención de su corazón, sin querer pensar en nada más que en él. Lo mira sin cesar a esta luz de la fe y no se cansa de mirarlo. La luz de la fe le permite considerarlo en sus atributos y en sus obras [...].

En los comienzos de la vida de oración conviene multiplicar los actos de fe en la presencia de Dios, en la inmensidad de Dios. Estoy sumergido en la inmensidad de Dios mucho más de lo que un pececillo lo está en el océano o un pájaro en el aire. Estoy en Dios como mis pensamientos están en mi mente sin ocupar espacio alguno. Conviene no representarse la divinidad en

ninguna forma sensible, excepto en la forma en que él ha querido manifestarse cuando se ha hecho hombre. Si nuestra fe es grande, pronto nos sentiremos en Dios, y sentiremos, por así decirlo, a Dios en nosotros. Experimentaremos que tenemos en Dios el ser, el movimiento y la vida. En él vivimos, nos movemos y existimos.

Podemos distinguir cuatro maneras de estar en la presencia de Dios, dos activas y dos pasivas. La primera, cuando nos ponemos en su presencia en un momento concreto. La segunda, cuando hemos adquirido el hábito de caminar en su presencia. «Anda en mi presencia y sé perfecto», decía Dios al fiel Abrahán (Gn 17,1).

La tercera la opera Dios mismo en el alma, y por eso se la llama pasiva. Ordinariamente dura poco, a menos que Dios se digne conceder el don mismo de su presencia, pero eso es excepcional. En el primer caso, la presencia de Dios es transitoria; en el segundo es habitual. Debemos hacer todo lo posible para ponernos frecuentemente en presencia de Dios. Lo hacemos cuando hacemos actos de fe a lo largo del día, sobre todo si nuestro corazón participa activamente en ellos. Con el corazón se cree para conseguir la justicia (Rom 10,10). La fe del corazón es la que justifica.

*La práctica del silencio absoluto es un medio excelente para llegar eficazmente a la presencia de Dios de un modo habitual. Es también una disposición adecuada para recibir con más frecuencia los favores de la presencia de Dios pasiva. Aquí llamamos silencio absoluto a ese silencio completo que permite oír a Dios dentro de uno mismo. Escucharé lo que el Señor habla en mi interior, dice el profeta (Sal 85,8). El silencio es completo sólo cuando al silencio de las palabras se le une el de los signos, el de la memoria, el de la imaginación, el de la mente y, sobre todo, el de las pasiones. No se debe considerar una ruptura del silencio hablar y estar ocupado cuando se hace por deber y durante todo el tiempo que lo exija ese deber (Oración de fe y presencia de Dios, 1829. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 279, n. 373; pp. 282-283, nn. 379a-381).*

Orar con el símbolo de la fe

El "Método de oración sobre el Credo" es, sin duda alguna, la aportación más significativa de la enseñanza chaminadiana sobre la oración. Al comenzar el texto, nos encontramos con una curiosa meditación desarrollada del "Principio y Fundamento" ignaciano. Una vez situado al creyente en la "dirección de felicidad y amor", es cuando da paso Guillermo José Chaminade al método propiamente dicho. Orar la fe es aquí orar con una fe que afirma, que se goza en la verdad de Dios tal como se despliega en la historia, en el amor de Dios tal como va manifestándose.

In omnibus respice finem: en todas las cosas ten presente el fin.

¿Para qué estamos en la tierra y qué haremos en el cielo? ¿Qué se ha propuesto el creador al llamarnos a la vida? La fe responde que el fin del hombre, en el tiempo y en la eternidad, es conocer y, como consecuencia,

amar y glorificar a Dios. Éste es nuestro sublime destino, y ésta es también la intención del Espíritu Santo cuando nos recomienda que en todas las cosas tengamos presente nuestro último fin, y que las orientemos hacia ese fin: *In omnibus respice finem* [...].

La tierra es como el noviciado del cielo, es decir, tenemos que hacer aquí abajo lo que haremos eternamente en el seno de Dios. Ese fin no es de mero consejo, sino que debemos realizarlo para poder ser felices en el tiempo y, sobre todo, para merecer serlo en la otra vida [...].

El mismo Salvador del mundo nos enseña que la condición indispensable para ver a Dios es tener un corazón puro. De nada le serviría al alma estar iluminada por los radiantes resplandores de la fe, si el corazón no estuviese limpio. Esa fe, retenida como cautiva, sólo le serviría para hacerla más culpable y desgraciada.

Por eso, todos nuestros esfuerzos, trabajos y combates deben encaminarse a purificar nuestro corazón. En esto radica la esencia de la vida cristiana. Efectivamente, tener el corazón puro consiste en amar sólo a Dios, buscar sólo a él y no tender más que a él con todas nuestras fuerzas. También consiste en huir del pecado y de la sombra del pecado, observar sus mandamientos, temer su justicia y adorar sus planes. En una palabra, tener el corazón puro es practicar la fe, poner en práctica las lecciones de la fe. Por tanto, la fe que hace ver a Dios es la que purifica el corazón, o sea, la fe operante [...].

Considerada bajo su verdadero punto de vista, la meditación se funda esencialmente sobre la fe. Su objeto y su instrumento deben ser la fe. Llevada por las alas de la fe, el alma vuela, por decirlo así, hasta el seno del mismo Dios, para contemplar y admirar en su fuente las verdades sublimes de la revelación. El alma las considera en su magnífico conjunto, o una tras otra, desentrañando, analizando cada uno de los elementos de su fe, y tratando de penetrar en sus secretos adorables. No desprecia los más mínimos detalles, los principios más sencillos y las verdades más comunes, sino que les presta toda su atención siempre que la fe se los presente. Pero en la meditación el alma no se limita a considerar y estudiar los elementos de la fe. También examina sus fundamentos, su certeza, su belleza, su excelencia y el gran gozo que procuran [...].

Después de haber contemplado así los grandes objetos de nuestra fe, que son Dios y uno mismo, el alma se va dando cuenta del estado de su fe. Impresionada por verla tan débil y lánguida, se ejercita en la fe con más ardor diciendo con los apóstoles: Señor, auméntanos la fe; o con el centurión: Creo, Señor, pero ayuda mi incredulidad [...].

Así pues, en la meditación de fe el alma aprende a conocer a Dios y a conocerse a sí misma. Ambos conocimientos están tan estrechamente unidos que cuando se avanza en uno, se avanza también en el otro.

Cuanto mayor conoce el alma las infinitas perfecciones de la divinidad, más refuerza sus lazos de amor a Dios y más capaz se hace de grandes sacrificios [...].

El que quiera entrar por las vías de la meditación debe empezar por la oración mental mixta sobre el símbolo de los apóstoles.

la perfección; trabajemos como si esa fuera nuestra principal ocupación. Las santas hacen muchas cosas, las religiosas imperfectas casi nada.

Unamos nuestros corazones, dilatémoslos, miremos a menudo hacia el cielo como el final dichoso hacia el que tendemos y donde todos nuestros trabajos serán recompensados si han sido hechos por Dios. Ejercitémonos en una gran pureza de intención: nada por la criatura, nada por el amor propio. ¡Todo en Dios y por Dios! ¡Sólo Dios! Ese es nuestro gran lema.

Se me han llevado a la querida hermana Estanislao a Tonneins; ¡mi corazón la echa mucho de menos! Todavía no se habla sobre Alsacia: todo está en manos de los superiores.

Vamos bien de salud. Que Dios nos cuide, él que conoce nuestra debilidad.

Os deseo a todas, como aguinaldo, la fidelidad a la Regla.

¿Cómo hacéis para la misa y las confesiones en Aubin?

Adiós, querida madre, soy toda vuestra en el corazón del Bienamado.

Sor María T.

(Adela de Trenquelléon, Cartas, n. 480. A santa Emilia de Rodat)

6. Orando en el camino

Como conclusión a este capítulo, la oración chaminadiana que nos pide centrar la vida en Dios y nos ayuda a "vivir de la fe". Es una plegaria que podemos hacer nuestra hoy.

El texto original se encuentra en el "Método de oración sobre el Credo" (cf. *El Espíritu que nos di el ser*, pp. 320-322, nn. 562a-564). Aquí se ofrece una oración inspirada en dicho texto.

Cuando leemos y oramos atentamente con los textos de nuestros Fundadores, es llamativo su enraizamiento en el Absoluto, que nos hace entender la vida de forma radical y plena. Esos «todo tú» y «sólo tú» del Padre Chaminade que están a la base de esta oración pueden muy bien entrar en diálogo con los "lemas orantes" de Adela de Trenquelléon al comienzo de todas sus cartas: «¡Te amo, Dios mío, a ti que eres toda mi fuerza!» (*Cartas*, n. 200), «Reina tú solo en mi corazón, divino Rey mío» (*Cartas*, n. 275).

*Dios mío, tú eres el todo que llena mi pobreza.
Estoy ante ti para adorarte.
En nombre de Jesús, tu hijo, y con él,
como María su madre,
me presento para alabarte y bendecirte,
para agradecerte los dones que he recibido de ti,
y para pedirte las gracias que necesito
para serte fiel hoy,
ahora y en todos los instantes de mi vida.
Señor, aumenta en mí la luz de la fe,
para que, conociéndote mejor a ti*

*y conociéndome a mí cada vez más,
te ame sólo a ti, piense solo en ti
y no vea más que a ti en todas las cosas.
Espíritu Santo, autor de toda luz y de toda gracia,
tú eres quien debe dirigirme y conducirme.
María, ya que eres mi madre, preséntame a Jesús,
que es el camino, la verdad y la vida
por los siglos de los siglos. Amén.*

(Oración inspirada en el *Ejercicio de la Presencia de Dios*.
Guillermo José Chaminade, *Método de oración sobre el Símbolo*).

Capítulo 7: Con María

1. Lo que yo creo

El Padre quiso encarnar su amor y su vida entre nosotros a través de Jesucristo, que nació de una mujer del pueblo de Nazaret: «Y el nombre de la virgen era María» (Lc 1,27).

Mujer de su tiempo, María es un hito singular del camino de las mujeres en la historia humana. «La fuerza moral de la mujer, su fuerza espiritual, y su dignidad se relacionan íntimamente con el amor. Un amor que recibe por su femineidad, y que también ella da. Todo esto se une a la conciencia de que Dios le confía de un modo especial el hombre, es decir el ser humano» (Mulieris Dignitatem, 30). María es el final de una larga serie de mujeres que en la Escritura, y en lo escondido de la vida cotidiana del mundo, han hecho posible la entrega y la donación de la vida. Pero también es María el comienzo, junto a las primeras discípulas del Evangelio, de la nueva mujer, la madre de la vida.

Mujer creyente, «bendita entre todas las mujeres» (Lc 1,42); mujer de nuestra carne y sangre, en cuya humanidad se hizo carne el Verbo de Dios; mujer que puso los ojos en José, a quién amó y con quien construyó un hogar nuevo: María y José, pareja de amor y de fe, en cuyo seno el Mesías nació y creció «en sabiduría, estatura y gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,52).

María está, por tanto, en relación directa y estrecha con el misterio salvífico. El Evangelio la presenta unida tanto a la infancia de Jesús, subrayando así el papel de "madre de Jesús", como a la vida pública del Mesías. En ésta tuvo que hacer camino junto a los discípulos, hasta recibir en la cruz el encargo de la nueva maternidad. Escuchando y guardando la palabra en el corazón (Lc 2,19), animó la fe de los seguidores de Jesús.

La Iglesia, al creer y contemplar los misterios de salvación realizados en Jesucristo, pone su mirada atenta en la persona de María, en quien descubre no sólo a la madre de Dios, sino al prototipo de la misma Iglesia, modelo destacadísimo en la fe, la esperanza y el amor. «María avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su hijo hasta la cruz» (Lumen Gentium, 58). María es verdaderamente madre de la Iglesia.

El camino de seguimiento de Jesús que el Espíritu impulsa en nosotros es el mismo camino que siguió María con la primera comunidad. Desde el primer sí de su respuesta vocacional (Lc 1,38) hasta Pentecostés, el itinerario espiritual de María es el de la creyente que se abre al Espíritu Santo y al Evangelio. De ahí que no sea posible separar la Palabra de Jesús, el Evangelio, del testimonio de María y de los primeros testigos del resucitado. «Veamos las cosas con los ojos de la fe, y estemos, como María, junto a la cruz» (Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 568). María ayuda a ser dócil al Espíritu Santo.

Su fe fue servicio con Isabel (Lc 1,39); canción en el Magnificat (Lc 2,46ss); meditación interior ante las palabras de los pastores (Lc 2,19); admiración ante la profecía de Israel (Lc 2,33); acogida con los pueblos que se abren al Mesías (Mt 2,11); y camino, compartiendo el sufrimiento de su pueblo (Mt 2,13-23). María

tuvo que seguir a su hijo en la oscuridad y "éxodo de la fe" durante la vida pública del Mesías, sintiendo a la vez la tensión de una familia que no le comprende y el llamamiento de su hijo a formar parte de su comunidad discipular. «No es difícil, pues, notar en el inicio de la nueva alianza, en María, una particular fatiga del corazón, unida a una especie de noche de la fe, como un velo a través del cual hay que acercarse al Invisible, y vivir en intimidad con el misterio» (Redemptoris Mater, 17). Pero su fe, que fue una búsqueda de amor, también recibió fuerza y alegría, consuelo e impulso, en el encuentro con el resucitado. Las mujeres fueron las que permanecieron cerca de la cruz, y las que le buscaron y encontraron vivo. María estuvo allí compartiendo la esperanza de la comunidad, preparando la llegada del Espíritu.

Al seguir a Jesús, la Familia marianista lo hace con la convicción de tener en María la que nos ayuda a encarnar a Jesús en nosotros. El Padre Chaminade lo ha expresado de la siguiente manera: «Dejarse formar por la ternura maternal de María». En María tenemos también la que impulsa a la fe misionera, tal como aparece en las palabras de María en Caná: «Haced lo que él os diga». María nos convoca y nos envía. «El bautismo y la fe dan comienzo en nosotros a la vida de Jesús, y es ahí donde somos como concebidos por el Espíritu Santo. Nosotros debemos, como el Salvador, nacer de la Virgen María» (G. J. Chaminade).

La espiritualidad marianista tiene en la "Alianza misionera con María" una de las claves del carisma. Aceptar responsablemente la condición de hijo de María es asumir el compromiso de colaborar con ella en su función maternal de alumbrar en la fe a nuevos creyentes. Y también en su función profética de proclamar la grandeza del Dios salvador que «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes» (Lc 1,52).

La advocación de María como Inmaculada recuerda, desde los orígenes marianistas, la victoria del Dios-Amor sobre todo mal, conseguida en Jesucristo, por la que María es la primera salvada. Ella es verdaderamente la mujer prometida, la nueva Eva (Gn 3,15), y da a luz al hijo que aplasta la cabeza de la serpiente. Ella es modelo de la Iglesia y madre de los que continúan la lucha por el Reino buscando la victoria de la fe («Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe» (1Jn 5,4).

Los marianistas sabemos que nuestro modo de relacionarnos con María y la intensidad de esta relación es algo carismático en nosotros; es parte fundamental de nuestro carisma. Nuestra fecundidad en la fe y en el amor, tanto la fecundidad personal como la comunitaria, depende de nuestra fidelidad a las exigencias de la misión que tenemos en la Iglesia de marcarla con la presencia y la acción maternal de María. Para lograrlo, tenemos que anunciar a Jesús haciendo conocer, amar y servir a María. Por María nos acercamos a Jesús, y por María logramos «transformar por dentro» y «renovar la misma humanidad» (EN 18). María es para nosotros, y queremos que sea también para los demás, una realidad hondamente humana y santa, que suscita en los creyentes las plegarias de la ternura, del dolor y de la esperanza (Puebla 291).

María nos encamina siempre hacia Jesús. Ella lo dio al mundo, y sigue acompañando a los discípulos en el seguimiento de Cristo. La conciencia chaminadiana de que nadie puede poner otro fundamento que el que ha sido puesto, es decir, Jesucristo, lleva unida también la presencia de María. Nosotros,

como Jesús, somos hijos de María, y participamos del amor de Cristo a su madre. La virtud que fomenta estas relaciones y sentimientos, y que modela nuestra misma oración, se llama piedad filial. Así también, misteriosamente el hijo nos conduce a la madre. Esta devoción a María es la más evangélica y verdadera, porque es la misma que Jesús ha vivido.

La oración cristiana encuentra en María el modelo de escucha y de respuesta a Dios. Porque ella resume las principales dimensiones de la oración cristiana: es la orante en el silencio, la escucha y la pregunta, tal como aparece en la Anunciación (Lc 1,26-38); la creyente feliz que ora cantando al Dios misericordioso que salva y libera (Lc 1,46-55); la que guarda la Palabra y la medita en su corazón (Lc 2,19;51); la orante que no entiende, pero quiere progresar en la fe del misterio de Jesús (Lc 2,41-50); la que es toda atención a las necesidades de los otros, y pide y convierte la oración en compromiso por el Reino (Jn 2,1-10); la que ora con la comunidad, abriéndose al Espíritu para abrir las puertas al mundo (Hch 1,14). Por todo ello, la Iglesia se dirige a María, ora a María, para que la madre nos lleve al hijo, a Jesucristo, hijo de Dios, hecho hijo de María para la salvación de la humanidad.

2. Para hacer el camino

1. "El espíritu de María"

El camino espiritual de seguimiento de Cristo que he emprendido lo hago queriendo conocer y asumir el estilo evangélico de María, lo que nuestra espiritualidad llama "el espíritu de María" (RVSM, 114; RVFMI, 1,9). Ese espíritu es el fruto de la acogida del Espíritu Santo en María y en todos nosotros. Es el espíritu de fe, o espíritu interior, capacidad de vivir la vida desde la hondura del misterio de Dios. Espíritu que trae libertad y amor.

Esto significa darse cuenta de lo que el carisma marianista ha ido arraigando en muchas mujeres y muchos hombres a lo largo de nuestra historia: el espíritu evangélico, la cordialidad, la cercanía, la sencillez, la disponibilidad, la sensibilidad, la generosidad, el servicio. Todas esas actitudes que consideramos nuestras virtudes características y que se han encarnado en personas y acciones concretas. Es María la que humaniza y establece las relaciones en el mundo y en la Iglesia. Vivir siguiendo su espíritu es, a la vez, abrirse al Espíritu y tener en cuenta que la persona humana es el primer camino que la Iglesia debe recorrer. La espiritualidad de la encarnación que queremos vivir es, así, lo que María representa de más valioso en la Iglesia (encarnación del Verbo, madre de la nueva humanidad) y una consecuencia de nuestro seguimiento de Cristo y de nuestro identificarnos con él y su Evangelio.

Por otra parte, el espíritu de María se muestra fundamentalmente en su relación con Jesús: como madre, como discípula o creyente en su hijo, y como mujer o nueva madre de los creyentes (la maternidad espiritual de María). Quiero vivir de este espíritu suyo, es decir, de este modelo de relación con Cristo y la Iglesia que María representa.

«Nos hemos comprometido a proclamar el nombre de María y hacerlo honrar en todas partes» (Chaminade, Retiro de 1819, 752). Dar a conocer a María es fundamentalmente dar a conocer el espíritu de María, el estilo evangélico que se desprende de su figura, modelo de todo creyente y madre de la Iglesia.

Sugerencias

1. Los Evangelios nos muestran, en pocas pero expresivas escenas, la persona de María y su relación con la Buena Noticia de Jesús. Entra en el misterio de María con el Nuevo Testamento. Buscando y orando los pasajes, y leyendo algún comentario bíblico sobre éstos.
2. "El espíritu de María" quiere expresar un talante o estilo de vivir el Evangelio y la vida eclesial. Por tanto, se traducirá en gestos o en sensibilidades determinadas. Revisa tu vida y la de tu grupo desde esta perspectiva. ¿Qué es lo que te parece que vives más de este estilo de vida? ¿Y qué tendríamos que ir recuperando o promoviendo? ¿Humanizas con tu palabra y tus hechos ?
3. María es memoria de Jesús y memoria del pueblo pobre y sencillo. ¿Cómo te ayuda María a acercarte a Jesús? ¿Qué te cuenta de Jesús? Escúchala y escribe. ¿Te ayuda a estar con los pobres y a quererlos preferencialmente? Comparte con alguna persona que vive en una situación de escasez o miseria o de rechazo.

2. "La oración con María"

Junto con el espíritu evangélico que encarna María, y que yo quiero vivir también, mi oración está modelada por este espíritu y por su persona. La oración es fundamentalmente un diálogo, un encuentro con Dios. Así la vivió María. Pero desde que ella intervino, colaborando en los misterios de la encarnación y la redención, nuestra oración se dirige también a María como madre de Dios y hermana en la fe, por su cercanía única a Jesucristo.

Si los hermanos, la Iglesia, son para mí mediación para el encuentro con Jesús, María tiene en esta comunión de los santos el lugar primero de gracia e intercesión. «Para mí es imposible orar sin María [...]. ¿Quién podría iniciarnos en los misterios de la encarnación y redención sino quien es partícipe de ellos? La unión con María es una disposición indispensable en la oración [...]. Busca, pues en la oración la fuerza que necesitas [...]. María rogará contigo y por ti» (Guillermo José Chamianade, *Escritos Marianos* II, 736-737; 559).

Sugerencias

1. A continuación tienes cuatro expresiones que relacionan a María con la oración. Piensa qué tiene que ver cada dimensión con la realidad de tu vida de fe:

- a - orar como María,
- b - orar con María,
- c - orar a María,
- d - ayudar a otros a orar a través de María.

2. Poetas y músicos nos han ayudado a orar a María. Haz una selección de los poemas, himnos o canciones sobre María que más te gusten. Puedes terminar tu oración diaria con uno de ellos.

3. Canta u ora el Magníficat con María. El Magníficat es espejo del alma de María, y es también el canto que anuncia el nuevo Evangelio que va a llegar con Cristo; bien lo podemos considerar preludeo del Sermón de la Montaña. ¿Qué sentimientos experimentas? ¿Sientes que esas palabras son también tuyas? ¿Te anima la misma confianza de María en la misericordia del Padre? ¿Crees realmente que Dios ensalza a los humildes y derriba de sus tronos a los poderosos? Sueña en cómo va a ser la historia ya que eso está anunciado.

3. "La misión de María"

«Señor, confirma la Alianza que con María hemos contraído». Esta frase, en la oración diaria de consagración marianista, expresa muy bien que nuestra relación con María no es una pura devoción o un conocimiento sobre su figura evangélica. Nuestra espiritualidad es mariana en perspectiva misionera. Nos consagramos a la misión eclesial, haciendo con María una alianza que abarca toda la vida.

La misión de María fue encarnar a Dios en el mundo, hacerlo nacer y crecer en medio de nuestra humanidad; y cuando Jesús fue adulto y llevó a cabo el anuncio del Reino, su misión siguió siendo ayudar a los discípulos a ir hacia él. Jesús mismo llevó a culmen la misión de María desde la cruz, convirtiéndola en madre de los creyentes para seguir ayudando a encarnar a Jesús «de generación en generación». Nosotros, como hijos de María, queremos seguir acompañándola en su misión, que ahora también es la nuestra: encarnar a Jesús en la humanidad, hacer nacer y crecer la fe del Evangelio.

Este compromiso, de carácter permanente y totalizante, lo expresan tanto la vida seglar marianista como los dos Institutos religiosos y la Alianza marial, con

signos concretos: la consagración definitiva del laico, la profesión del voto de estabilidad, la renovación diaria de esta entrega.

El camino espiritual marianista quiere terminar siendo un compromiso con María y con la Iglesia para la evangelización, para hacer crecer la fe y para que el mundo tenga vida. «Porque, al igual que María está al servicio del misterio de la encarnación, así la Iglesia permanece al servicio del misterio de la adopción como hijos por medio de la gracia» (Redemptoris Mater, 43)

Sugerencias

1. Para sacar mayor fruto y consecuencia de la consagración fundamental y primera que es el bautismo, haces tu consagración como seglar o religioso/a. ¿En qué actitudes concretas se muestra eso en tu vida? ¿Por qué te decidiste a hacer esta opción en tu vida?

2. Comenta la "fórmula" de consagración con la que más te identificas cuando te confías a María para llevar a cabo su misión en la Iglesia. Explica lo que para ti significa ese momento de la jornada, y también las palabras y expresiones que mejor expresan tu entrega generosa y tu alianza con María.

3. La "Carta a los predicadores de ejercicios", del Padre Chaminade, es uno de nuestros documentos fundacionales más importantes. En ella aparece el sentido de esta alianza misionera con María. Dedicar algún día a leerla y meditarla.

3. Caminos de oración

La lectio divina

Qué es

1. Con la expresión lectio divina se conoce en la Iglesia el método de orar que se basa en la Sagrada Escritura: «Es un ejercicio ordenado y metódico de escucha personal de la Palabra de Dios» (Cardenal Martini).

2. La Biblia es para nosotros el gran tesoro: la revelación de Dios a su pueblo, sus palabras de vida, y la experiencia de fe y de encuentro de ese pueblo con el Señor. La Palabra de la Escritura es la gran fuente de la oración de la Iglesia: El Concilio Vaticano II «*recomienda insistentemente la lectura asidua de la Escritura para que los cristianos adquieran la ciencia suprema de Jesucristo (Flp 3,8)*,

porque "desconocer la Escritura es desconocer a Cristo" (san Jerónimo). A la lectura debe acompañar la oración, para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues "a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras" (san Ambrosio)» (Dei Verbum, 25).

3. La espiritualidad monástica, comenzando por la benedictina, ha sido la que ha definido y transmitido con más precisión el método. Guido el Cartujo resumió el itinerario con estas palabras: «Buscad leyendo y encontraréis meditando; llamad orando y os abrirán contemplando». De origen monástico, la lectio divina se ha popularizado y extendido por toda la Iglesia.

4. En esas cuatro notas de la frase de Guido el Cartujo se contiene el movimiento ascendente del método, que se completa con otras cuatro etapas: la preparación a la oración (*statio*), el movimiento descendente de la palabra confrontada (*discretio*), la palabra compartida (*collatio*) y la palabra hecha vida (*actio*). Aquí solamente propondremos el método resumido.

5. Al emplear el método de la lectio divina, pensemos que María es el modelo evangélico de esta oración, al guardar la Palabra y meditarla en su corazón.

Cómo orar

1. *Disposición interior. Hago silencio. Me pongo a la espera de la presencia, Dios y yo.*

2. *Tomo la Biblia en las manos un momento. Tomo conciencia de ella como Palabra de Dios. La beso despacio. Puedo encender una vela, y pedir al Espíritu que me ilumine. Pido a María que yo sepa escuchar y guardar la Palabra como ella.*

3. *Cuatro pasos del itinerario de la lectio divina.*

a) *Lectio* (la Palabra escuchada)

Leo el texto de la Escritura que he elegido o que me ofrece hoy la liturgia; pausadamente, dándome cuenta de lo que leo, comprendiendo lo que dice. También puedo leer las notas o referencias a otros lugares bíblicos.

b) *Meditatio* (la Palabra me interpela)

Qué significado tiene lo que he leído con atención. Qué quiere transmitir el texto como mensaje, como Buena Noticia. Qué me dice Dios a mí. Qué llamada o interpelación a mi vida encuentro en la Palabra.

c) *Oratio* (mi palabra responde a la Palabra)

Se inicia mi diálogo con Dios y su Palabra.
Qué le digo yo a Dios. Mi respuesta a lo que El me dice. Se desencadena un coloquio entre El y yo.

d) *Contemplatio* (silencio orante ante la Presencia).

Me callo. Sólo le adoro o le miro. Me dejo mirar por él. Escucha profunda. Me postro. Es el "sin palabras" del amor que contempla o que se queda en el puro amar. «Es no entender entendiendo. Amar no entendiendo cómo ama» (Teresa de Jesús. *Vida*, 18,14). El Señor me envuelve con su acción y es él quien habla y mira, quien sugiere y propone, quien hace y mueve.

«La lectura *lleva alimento sólido a la boca,*
la meditación *lo parte y lo mastica,*
la oración *lo saborea,*
la contemplación *es la misma dulzura que da gozo y recrea*» (Guido el Cartujo)

4. *Termino tomando la Biblia en mis manos. Doy gracias por el encuentro con la Palabra y por los frutos conseguidos: haber estado en presencia de Jesús, haber comprendido su mensaje, y quedar bajo la acción del Espíritu. Pido poder encarnar en mi vida, en mi ambiente, en mi trabajo esta Palabra.*

5. *¿Qué ha ocurrido en esta lectio divina? ¿Qué he escuchado? ¿Qué debo hacer? Tomo nota de todo ello.*

4. Un tiempo para la Palabra

El canto de la entrega y la fe - Sam 1,20-2,10

Ana, al entregar al Señor a su hijo Samuel, prorrumpie en este canto de agradecimiento y de fe profunda en el Dios que salva, que guarda evidente relación con el Magníficat de María. Hay que orar esta canción cantando interiormente la liberación que Dios está obrando en ti: Él quiebra tus armas ofensivas y defensivas, te levanta de la situación de caída, te ayuda a morir y a vivir, guarda tus pasos, te hace sentar junto a Jesús. Es un texto para orar desde la gratuidad, ya que su acción salvadora es una obra exclusiva del Señor.

Ana concibió, dio a luz un hijo y le puso por nombre Samuel, diciendo: ¡Al Señor se lo pedí! [...]. Ana se quedó en casa y crió a su hijo hasta que lo destetó. Entonces subió con él al templo del Señor de Siló [...], y presentó al niño diciendo: Este niño es lo que yo pedía; el Señor me ha concedido mi petición. Por eso yo se lo cedo al Señor de por vida, para que sea suyo [...]. Y Ana rezó esta oración:

*Mi corazón se regocija por el Señor,
mi poder se exalta por Dios,
mi boca se ríe de mis enemigos,
porque gozo con tu salvación.
No hay santo como el Señor,
no hay roca como nuestro Dios.
No multipliquéis discursos altivos,*

*no echéis por la boca arrogancias,
 porque el Señor es un Dios que sabe,
 él es quien pesa las acciones.
 Se rompen los arcos de los valientes,
 mientras los cobardes se ciñen de valor;
 los hartos se contratan por el pan,
 mientras los hambrientos engordan;
 la mujer estéril da a luz siete hijos,
 mientras la madre de muchos queda baldía.
 El Señor da la muerte y la vida,
 hunde en el abismo y levanta;
 da la pobreza y la riqueza,
 humilla y enaltece.
 Él levanta del polvo al desvalido,
 alza de la basura al pobre,
 para hacer que se siente entre príncipes
 y que herede un trono de gloria;
 pues del Señor son los pilares de la tierra
 y sobre ellos afianzó el orbe.
 Él guarda los pasos de sus amigos
 mientras los malvados perecen en las tinieblas
 -porque el hombre no triunfa por su fuerza-.
 El Señor desbarata a sus contrarios;
 el Altísimo truena desde el cielo,
 el Señor juzga hasta el confín de la tierra.
 Él da fuerza a su rey,
 exalta el poder de su ungido.*

Ana volvió a su casa de Ramá, y el niño estaba al servicio del Señor a las órdenes del sacerdote Elí.

La Virgen dará a luz al Emmanuel - Is 7,1-14

El Señor le da una señal a Acaz: el nacimiento de un hijo al que llamará Emmanuel: "Dios con nosotros". Con esta profecía, Isaías anuncia al reino de Judá que Dios no lo olvida y que los enemigos no podrán hacerle daño. La virgen que está encinta se convierte en una señal de esperanza. También tú tienes miedo de pedirle a Dios una palabra, una señal, ante tus incertidumbres y deseos de felicidad. Pero él mismo te presenta a María como una señal que anuncia la salvación: el nacimiento de Jesús.

Reinaba en Judá Acaz, hijo de Yotán, hijo de Ozías. Rasín, rey de Damasco, y Pecaj, hijo de Romelía, rey de Israel, subieron a Jerusalén para atacarla; pero no lograron conquistarla. Llegó la noticia al heredero de David: los sirios acampan en Efraín. Y se agitó su corazón y el del pueblo, como se agitan los árboles del bosque con el viento. Entonces el Señor dijo

a Isaías: Sal al encuentro de Acaz [...], y le dirás: ¡Vigilancia y calma! No temas, no te acobardes [...]. Aunque tramen tu ruina [...], no se cumplirá ni sucederá [...]. Si no creéis, no subsistiréis.

El Señor volvió a hablar a Acaz: Pide una señal al Señor tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo. Respondió Acaz: No la pido, no quiero tentar al Señor. Entonces dijo Dios: Escucha, casa de David: ¿No os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará una señal: Mirad, la virgen está encinta y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel (que significa "Dios con nosotros").

El Señor es rey en medio de ti - So 3,14-18

Ante la vuelta del destierro, las invitaciones a la alabanza y la alegría son continuas en los profetas. Este pequeño salmo de Sofonías es un grito de júbilo dirigido a la hija de Sión, el pueblo de Dios simbolizado en Jerusalén, la ciudad santa lugar de la presencia del Señor. La Iglesia ha visto personificada en María esta hija de Sión, porque ella es la mujer de Israel elegida para que el destierro acabara y para que nuestro Dios esté en medio de nosotros para siempre. Ora con María la alegría de tener a Jesús con nosotros. «Él exulta de gozo por ti, te renueva por su amor, danza por ti con gritos de júbilo» (v.17).

*Regocíjate, hija de Sión,
grita de júbilo, Israel,
alégrate y goza de todo corazón, Jerusalén.
El Señor ha cancelado tu condena,
ha expulsado a tus enemigos.
El Señor será el rey de Israel,
en medio de ti, y ya no temerás.
Aquel día dirán a Jerusalén: No temas, Sión,
no desfallezcan tus manos.
El Señor tu Dios, en medio de ti,
es un guerrero que nos salva.
Él se goza y se complace en ti,
te ama y se alegra con júbilo
como el día de fiesta.
Apartaré de ti la amenaza,
el oprobio que pesa sobre ti.*

La señal en el cielo es una mujer - Ap 12, 1-12

El corazón del Apocalipsis. Desde la tierra, donde está la Iglesia comprometida con la lucha por el reino, sumida en dificultades y persecuciones, se observa, allá en el cielo, una doble señal: por una parte, la mujer aureolada de luz (señal de gloria) que está a punto de dar a luz (la Iglesia dando a luz a Cristo en el mundo); por otro lado, la señal del dragón, la antigua serpiente del Génesis, que sigue en

lucha abierta contra la descendencia de la mujer. Un cuadro extraordinario, lleno de colorido de imágenes y, a la vez, de simbolismo. Un fuerte mensaje de ánimo y esperanza. María, la madre de Jesús y de la Iglesia, es una señal, a la vez, de triunfo y de compañía en la lucha que significa la evangelización y el testimonio.

Apareció una señal magnífica en el cielo: una mujer vestida de sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas. Estaba encinta y gritaba entre los espasmos del parto y por el tormento de dar a luz.

Apareció otra señal en el cielo: un enorme dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en las cabezas. Con la cola barrió del cielo un tercio de las estrellas, arrojándolas a la tierra. El dragón estaba enfrente de la mujer que iba a dar a luz, dispuesto a tragarse al niño en cuanto naciera. Dio a luz un varón, destinado a gobernar con vara de hierro a los pueblos. Arrebataron al niño y lo llevaron junto al trono de Dios. La mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar reservado por Dios, para que allí la sustenten mil doscientos sesenta días.

Se trabó una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles declararon la guerra al dragón. Lucharon el dragón y sus ángeles, pero no vencieron, y no quedó lugar para ellos en el cielo [...]. Se oyó una gran voz en el cielo: Ya llegan la victoria, el poder y el reino de nuestro Dios, y el mando de su Mesías. Porque han derribado al acusador de nuestros hermanos, al que los acusaba noche y día ante nuestro Dios. Ellos lo vencieron con la sangre del Cordero y con la Palabra del testimonio que dieron, sin preferir la vida a la muerte. Por eso alegraos, cielos y los que en ellos habitáis.

Nacido de una mujer, nacido bajo la ley - Gal 4,1-7

El Padre hace entrar a su hijo en el mundo por medio de una mujer, naciendo en las condiciones en que vivía el pueblo de Dios: «bajo la ley». Este es el misterio de la encarnación de Dios, que asume el camino del hombre hasta sus últimas consecuencias, excepto el pecado. Pero este hijo, a la vez de María (de la carne y de la fe del pueblo) y de Dios, va a ser «el que rescata, el santo» (Is 43,14), aquél que nos consigue ser hijos de Dios. Si María es la mujer a través de la cual se encarna Dios, también María, y el Espíritu, que clama Abbá, Padre, harán posible que Jesús se vaya formando en mí y que pueda, con él, gozar de la herencia del Reino de Dios: «heredero por voluntad de Dios» (v. 7).

Mientras el heredero es menor de edad, en nada se diferencia de un esclavo pues, aunque es dueño de todo, lo tienen bajo tutores y cuidadores hasta la fecha fijada por su padre. Igual nosotros, cuando éramos menores estábamos esclavizados por lo elemental del mundo. Pero cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción. Como sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su hijo, que clama: ¡Abbá! (Padre). Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, también eres heredero por voluntad de Dios.

Dichoso el vientre que te llevó - Lc 11,27-28

La persona de Jesús atrae y conmueve. Unas veces la respuesta es reconocer que nos ha tocado («nadie habla como él» Jn 7,46); otras, mueve a sentarse a su lado y escucharle todo un día («Maestro, ¿dónde vives?» Jn 1,38); algunos, como esta mujer del pueblo, no pueden contener la admiración que sienten por él. Y, como suele ser habitual en todas las culturas, se bendice a la madre. Es un pipopo a la madre por tener tal hijo. Jesús, como suele hacer siempre, lanza al público a una consideración de felicidad más honda. Jesús recoge el grito de la carne para llevarlo a plenitud, para cargarlo de Reino. Porque la felicidad de María no está en la maternidad física del Mesías, sino en ser oyente y encarnadora de la Palabra que es su hijo. La palabra de Cristo te ayuda a comprender el misterio de María, de la Iglesia que está llamada a escuchar y guardar el Evangelio.

Mientras él hablaba a la gente, una mujer de entre el gentío levantó la voz diciendo: «¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!». Pero él repuso: Mejor, ¡dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!

El nacimiento de Jesús - Lc 2,1-20

El relato del nacimiento de Jesús está construido con mucho detalle y simbolismo: el contraste entre la figura del emperador y la de los pastores, el cumplimiento de la promesa mesiánica en la ciudad natal de David, la cuna-pesebre que anuncia el estilo de vida del Mesías de los pobres, el Evangelio proclamado a los sencillos y marginados del pueblo, los cielos abiertos que cantan la gloria y la paz en la noche santa... No es sólo un texto para orar en Navidad. En cada momento del año se puede acudir a este rincón de la fe, para recuperar la señal. Y la señal es siempre el misterio de Dios, que se ha abajado («Voy a acercarme», «He bajado» Ex 3,3.8) hasta hacerse uno de nosotros, niño, debilidad, carne, camino, muerte, y muerte de cruz (Flp 2,8). María te ayuda a guardar todas estas cosas y a meditarlas en tu corazón. Orar con María, orar con la Iglesia el misterio asombroso del amor hecho carne, de la Palabra de vida que, existiendo desde el principio, la hemos oído, visto y tocado (1 Jn 1,1-4).

Salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo del mundo entero. Este fue el primer censo que se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a inscribirse, cada cual a su ciudad. También José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto, y dio a luz a su hijo primogénito, lo

envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada.

En aquella región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. Y un ángel del Señor se les presentó, y la gloria del Señor los envolvió de claridad y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: No temáis, os traigo una gran alegría para todo el pueblo. Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. De pronto, en torno al ángel apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama.

Cuando los ángeles los dejaron y subieron al cielo, los pastores se decían unos a otros: Vamos derechos a Belén, a ver eso que ha pasado y que nos ha comunicado el Señor.

Fueron corriendo y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho de aquel niño. Todos los que les oían se admiraban de lo que les decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho.

5. Un tiempo para el carisma marianista

"Hacerla conocer, amar y servir"

La "Carta a los predicadores de retiros" titula así su segunda parte: "Lo que distingue al Instituto de María de las otras órdenes religiosas". Guillermo José Chaminade trata de condensar lo específicamente carismático: «atraer los hombres a Jesús por medio de María». La función de María en el misterio de la salvación es motivo de reflexión y, a la vez, símbolo de una propuesta misionera. Este pasaje contiene unos de los fundamentos de la consagración marianista apostólica.

Alguien podría decirme que todas las órdenes religiosas han honrado a María de un modo especial y que se honran de pertenecerle. Respondo diciendo que de ningún modo pretendemos que el culto de la Santísima Virgen sea algo exclusivo nuestro. Eso sería una pretensión absurda, pues nadie ha podido jamás amar al hijo sin amar a la madre, ni nadie ha intentado nunca tender a la perfección evangélica excluyendo de su consagración a Jesús el culto especial a María.

Ahora bien, lo que yo considero el carácter propio de nuestras órdenes, y lo que creo que no tiene precedente en las fundaciones conocidas hasta ahora, es que -lo repito una vez más- nosotros abrazamos el estado religioso en su nombre y para su gloria, para dedicarnos a ella en cuerpo y bienes, para hacerla conocer, amar y servir, convencidos de que no atraeremos a los hombres a Jesús sino por medio de su Santísima Madre. Nosotros creemos, con los santos Doctores, que

María es nuestra esperanza, tota ratio spei nostrae, nuestra madre, nuestro refugio, nuestro auxilio, nuestra fuerza y nuestra vida.

*Añadiré, además, mi querido hijo, que si otras órdenes tienen esto en común con nosotros, debemos felicitarlas, bendecirlas e invitarlas a rivalizar con nosotros en celo y amor para anunciar en todas parte el augusto nombre de María y sus inefables beneficios (Carta a los predicadores de retiros, 24 de agosto de 1839, En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 66, n. 77).*

"Todo lo de Cristo nos viene de su ternura maternal"

El "Manual del Servidor de María" estuvo en continua reedición durante la vida de Guillermo José Chaminade. En la última edición lleva una introducción llamada "Breve tratado del conocimiento de María": de aquí está tomado este texto, que, a pesar de las imágenes literarias de la época, sigue llegándonos a lo más hondo. Es un pasaje de gran fuerza, que nos hace revivir el espíritu mariano, materno, de nuestros orígenes marianistas. Así creíamos y nos entusiasmábamos con la misión naciente. «María siempre está ahí», como la maternidad que está haciendo nacer a Cristo en ti y en nuestro mundo.

Todo lo de Cristo nos viene de su ternura maternal.

Desde la cuna hasta la tumba, en la infancia y en la vejez, en el día de gozo y en la noche de luto, el cristiano lo debe todo a María: la gracia del bautismo y de la educación religiosa; la gracia del perdón y la perseverancia; la gracia de la fortaleza y valor en el combate; la gracia de la protección y defensa en el ataque; la gracia de refugio y consuelo en la desgracia; la gracia de consejo y sabiduría en la elección de estado de vida y en los quehaceres cotidianos; la gracia para practicar el bien y evitar el mal. Todo lo que tiene por objeto mantener y avivar en nosotros la vida de Jesucristo nos viene de su ternura maternal. Si los sueños de la naturaleza y de los sentidos oscurecen los resplandores de la fe, si la concupiscencia se exagera, si el gusto por las cosas espirituales se debilita, si el pan de vida, las prácticas piadosas y los ejercicios religiosos nos producen hastío, si sopla el viento de la tribulación, si la desgracia derrama su amarga copa, María está siempre ahí, velando con solicitud, haciéndose toda a todos y ayudando con diversos auxilios según las necesidades de cada uno. Ella enriquece al pobre, protege al tímido, desarma al furioso, toca el corazón del ingrato y no abandona a nadie. Es verdad que la virtud le complace extraordinariamente, pero también el pecador encuentra en ella protección y refugio contra el castigo celestial.

*No contenta con esta solicitud general, que llega a todo y a todos, María nos da pruebas singulares de un amor previsor y preocupado de nuestro bien, cuidando de cada uno como si fuera único. Conoce la debilidad humana, sabe que, sobre todo para algunos, no es bueno caminar solos por la vida. Por eso suscita en todas partes asociaciones piadosas que ella protege constantemente (Breve tratado del conocimiento de María, en *Manual del Servidor de María*, 1844. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 107-108, nn. 496-497).*

Los dos medios formativos de María

El Fundador parte de que Jesús ha confiado a María, como madre nuestra, «la misión de dirigir nuestra educación cristiana». Es una consecuencia clara que él saca de las palabras del mismo Cristo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». La maternidad espiritual es, pues, un misterio que Chaminade desarrolla en clave "educativa" y dándonos dos pistas: el primer medio es la misma vida de María; el segundo, su mediación. Las célebres palabras de san Bernardo parecen unir ambos medios: «Mira la estrella. Invoca a María». Primero, imita a María, mírala, porque «el mejor medio de imitar a Jesús es imitar a María». Al mismo tiempo, tómala por intercesora, habla con ella, dile dónde falta vino...

Jesucristo está con nosotros. No sólo se ha hecho nuestro modelo para enseñarnos el camino que lleva a la vida, sino que, además, se ha convertido en nuestro alimento, para comunicarnos su fuerza infinita a fin de que podamos caminar tras sus huellas. Además, está en nosotros por la fe, para orar y obrar con nosotros. Por otra parte, ha confiado especialmente a María, porque ella es madre, la misión de dirigir nuestra educación cristiana, como le dirigió a él durante su infancia, para elevarnos, así, a la altura de nuestra vocación [...].

María se esfuerza constantemente en revestirnos de la semejanza de Jesús, procurando que nos identifiquemos con sus pensamientos y sentimientos, para que sea una realidad en nosotros el nombre de cristiano, es decir, discípulo e imitador de Jesucristo. Para ello se sirve de dos medios.

El primer medio de que se sirve María es la voz dulce y poderosa de sus ejemplos. Su vida es una predicación sencilla, elocuente y al alcance de todos. Desde ese punto de vista, después de la santa humanidad del Salvador es el don máspreciado que hemos recibido del cielo [...].

Todas las dificultades desaparecen en presencia de María. Retrato fiel de su hijo, ha reproducido exactamente todas sus virtudes y sentimientos. De esa manera vemos cómo alcanza la semejanza divina una simple criatura, hija de Adán como nosotros, exenta, eso sí, de la mancha original y de sus horribles consecuencias, pero que, aun siendo más privilegiada y perfecta, no es de naturaleza distinta de la nuestra. Así pues, si ella, que es pura criatura, ha podido, en grado tan inefable y sublime, hacerse conforme a Jesucristo y modelo de todos los elegidos, también nosotros lo podremos, en una medida adecuada a nuestra debilidad, con tal de que queramos ser fieles.

Por tanto, María se nos presenta como la copia del divino modelo, copia que debemos reproducir en nosotros mismos. De ahí se deduce que el mejor medio de imitar a Jesús es esforzarse por imitar a María, y que sólo se parecerá al hijo el que se parezca a la madre. Por consiguiente, sólo se salvará quien haya imitado a María en la medida de la perfección querida por la justicia divina. Así se comprende lo fácil que resulta para el hombre de buena voluntad la imitación de Jesucristo. Efectivamente, caminando tras las huellas de María, realiza en sí mismo la semejanza con el Salvador.

El segundo medio que emplea María para llevarnos a la vida de Jesucristo conforme a la voluntad del Padre eterno es su mediación. La Iglesia, los Santos Padres y toda la tradición nos presentan a la augusta Virgen como nuestra

abogada y mediadora. Siempre se ha aplicado a Jesús el ejemplo del gran Salomón cuando, en el esplendor de su gloria y sabiduría, confió a su afortunada madre el ejercicio de la autoridad real (1 Re 2,19 ss.). Por ello los cristianos de todos los tiempos han coincidido en considerar a María su reina, su auxilio, su vida y su esperanza. Pero hay un detalle que a veces pasa inadvertido y que, sin embargo, se debe subrayar, y es que esta mediación es necesaria para la salvación; no en el mismo grado ni el mismo rango que la de Jesucristo, pero sí de un modo real, porque la Providencia así lo ha dispuesto (Breve tratado del conocimiento de María, en Manual del Servidor de María. En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 109-111, nn. 499-503).

"Somos hijos de María"

Este título es una constante en el lenguaje de Guillermo José Chaminade desde los comienzos de la Congregación de la Inmaculada. Primero aparecerá como una afirmación doctrinal, después será ya una denominación de los mismos miembros del Instituto de María. La expresión hijo, o hija, de María tiene un alcance cristológico evidente en el pensamiento de Chaminade. El título es así una clave teológica: «En Ella y por Ella, Jesucristo, al comunicarnos su vida, nos ha hecho partícipes de su naturaleza». Como dice Chaminade, al prolongar las palabras de Cristo en la cruz: «Mujer, ahí tienes a tu hijo, que es hijo de tu fe y de mi amor». En resumen, «Hijos de María» es un programa muy hondo: el nuevo nacimiento en el Espíritu (nivel individual) y la renovación eclesial y social (nivel colectivo). Es lo que el Fundador llama «regeneración».

Ese es, a mi juicio, el sentido de las hermosas palabras de Cristo. Al decir al discípulo amado: He ahí a tu madre, quería decir: Ahí tienes a la que te ha engendrado espiritualmente a la fe cuando me concibió corporalmente en su seno virginal. Ella es madre tuya como lo es mía; no de manera igual, pero también por generación.

Del mismo modo, con las palabras que dijo a María: Mujer, ahí tienes a tu hijo, parece decir: Nueva Eva, tu primogénito, tras cumplir su misión, va a volver al Padre. Pero este otro hijo de tu fe y de mi amor no ha realizado todavía la suya. Mujer augusta, esposa de tu primogénito en la obra de la regeneración, yo te lo confío.

Así pues, somos hijos de María. Le pertenecemos como un hijo a su madre. En ella y por ella, Jesucristo, al comunicarnos su vida, nos ha hecho partícipes de su naturaleza, de modo que hemos nacido espiritualmente de María como consecuencia de su inefable unión con Jesucristo, padre de nuestras almas. Sin afán de profundizar ahora en este misterio, me contento con señalar que, cuando el Verbo de Dios se anonadó en el seno de la augusta Virgen bajo la forma de esclavo, al mismo tiempo ella lo concibió, por la fe, en su alma, llegando a ser otro Jesús. Identificada entonces con todos los pensamientos y sentimientos de Jesús, tuvo conciencia de ser la nueva Eva y se ofreció voluntariamente a participar en la operación divina de su hijo de engendrarnos espiritualmente en ella y con ella.

En definitiva, nuestra generación a la vida sobrenatural por medio de María es inenarrable, como la generación eterna del Verbo por el Padre y su generación en el tiempo por la Santísima Virgen. Al meditar cosas tan grandes, saboreemos nuestra fortuna y admiremos con agradecimiento la profundidad de los tesoros de la sabiduría y misericordia divinas (Breve tratado del conocimiento de María, en Manual del Servidor de María. En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 104-105, n.n 489-492).

Elegir y ser elegido: la alianza con María

Es un tema central en la mariología chaminadiana, que aparece en el Retiro fundacional de la Compañía de María (1817). Como suele ser habitual en el Fundador, se parte de un texto bíblico y se aplica analógicamente a María. Así sucede con la alianza. Hemos elegido a María, pero no habríamos elegido a María si ella no nos hubiera elegido antes. La acción secreta y misteriosa de Dios se realiza por este «canal activo» que es María. Y se sella con esta alianza de amor y misión, que es uno de los caracteres propios del Instituto.

La íntima y especial alianza con la Santísima Virgen es uno de los caracteres propios del Instituto. Se dan los mismos elementos que en la alianza con Dios: la elección, el compromiso y la asociación, que constituyen una alianza perfecta.

1.º Elección. Hemos elegido a María, bien lo sabemos, y la hemos querido elegir como madre. Pero ¿podemos estar seguros de que esa divina Madre, por su parte, nos ha elegido para hacer de nosotros su familia especial? Es igualmente cierto. No habríamos elegido a María si ella no nos hubiera elegido antes. No hemos llegado hasta aquí por nosotros mismos, sino que se debe a una acción secreta de la Providencia, que ha dirigido nuestra conducta, que ha promovido nuestros resortes, a menudo sin que nos diéramos cuenta, y que nos ha inspirado esta confianza de tomar por madre a la Soberana del mundo. No cabe duda, se trata de la gracia de Dios, y esta gracia, como todas las demás, nos ha venido por María. Podemos estar seguros de que María es como un canal por el que nos llegan todas las gracias de Dios. De su amor hacia nosotros han salido todas las gracias que nos han atraído hacia ella. Así pues, María nos ha elegido y nos ha llamado.

2.º Compromiso. ¿A qué nos hemos comprometido? A honrarla cuanto podamos, a extender su culto y a suscitar en todas partes la confianza y la devoción hacia ella. No hay peligro de que vaya a disminuir la gloria de Dios ni de provocar su celo santo. Jesús ama tiernamente a su madre, y lo más agradable para él es que se la honre como él mismo lo hace. Por su parte, ¿a qué se ha comprometido María? A protegernos, a escucharnos, a amarnos como una madre ama a sus hijos más queridos.

3.º Asociación. Si María, por el ofrecimiento que le hacemos de nosotros mismos, entra en posesión de nuestro corazón y de todas nuestras facultades, también nos hace entrar en posesión de su ternura, de sus bienes y de su poder (Retiro de 1817 [Retiro fundacional]. En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 113-114, nn. 739-742).

"El espíritu de María"

Esta expresión está en el núcleo mismo de nuestro carisma, hasta tal punto que ha entrado en las Reglas marianistas como sinónimo del "espíritu del Instituto", siguiendo las palabras mismas de Chaminade que aparecen aquí. El "espíritu de María" es el espíritu interior o el "espíritu de fe". Es la interioridad, como capacidad de percibir la realidad a todos los niveles y desde la hondura y lenguaje propios del espíritu de Dios, espíritu de amor. María es el modelo discipular de esta vivencia de la fe. De ahí que sean intercambiables "espíritu de María" y "espíritu de fe". El Retiro de 1821, cuya meditación 18ª trata del "espíritu del Instituto", se convierte así en uno de los documentos más preciosos de nuestro patrimonio carismático.

El espíritu de los hijos de María es un espíritu interior. En esa comunidad, el religioso hace de su alma un templo para el Señor. En él levanta un altar, sobre el que le hace el sacrificio de su voluntad. Nunca pierde de vista la presencia de Dios, y con él conversa dulce y familiarmente, pues Dios ha establecido en él su morada. También hace de su corazón un santuario a María, la capilla de la que se elevan las fervientes oraciones que le dirige. También invoca a san José y recurre a él en sus penas. El espíritu del Instituto es el espíritu de María, esto lo explica todo. Si sois hijos de María, imitad a María.

Lo esencial es, pues, formar en nosotros el espíritu interior. Pero, ¿por qué medios? Por tres. El primero será formarnos según los rasgos de Jesucristo. El segundo, formarnos en las virtudes, por el ejemplo de la augusta María. El tercero, formarnos con las reglas del Instituto de María, es decir, en los consejos evangélicos. Conviene examinar a menudo la excelencia y la obligación de los compromisos contraídos, las bienaventuranzas, los misterios de la Santísima Virgen, distinguiendo en ellos las virtudes más apropiadas al Instituto, como su humildad, su fe, su pobreza, su discreción. Hay que esforzarse por comprender bien y practicar los cinco silencios, el recogimiento, la obediencia, el espíritu de mortificación. Hace falta, en una palabra, trabajar de tal modo que, al llegar al término de nuestra vida, podamos decir como Jesucristo: Todo está consumado.

*Los frutos que sacaremos de nuestra fidelidad serán el consuelo de ser los colaboradores de los designios de Dios. El Instituto de María es obra de Dios. Si nosotros, que somos su núcleo, no estamos animados por su espíritu, arruinaremos la obra de Dios y seremos los responsables. Si somos fieles, María misma nos presentará a su adorable Hijo (Retiro de 1821. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 47-48, nn. 765- 767).*

El adviento de María y nuestro adviento

Melania Figarol hizo un largo camino de espera hasta poder profesar como marianista.

Adela, que la acompañó con sus cartas durante años, no llegó a verla como Hija de María, ya que la Fundadora murió seis años antes de profesar Melania. El adviento de Melania. En esta carta, Adela motiva la espera al hilo del año litúrgico. Invita a entrar en el «espíritu de María», espíritu interior, o espíritu de fe, para poder llegar al nacimiento del liberador. ¡Cuántas veces, años después, de Agen a Córcega, meditaría Melania eso de que «Jesús que nace, Jesús en el seno de María, es modelo de la vida consagrada»!

† J.M.J.T.

27 de noviembre de 1818

¡Jesús, nuestro único esposo, te amo!

Desde hace algún tiempo, mi corazón sufre, querida amiga, porque no recibo noticias tuyas. Pienso que estás afligida por algo. Pero, si Dios lo quiere así, ¿no somos bastante dichosas por hacer su voluntad?

Vamos a comenzar el adviento, un tiempo de gracia. Muchas personas harán durante él una rica provisión de méritos para la eternidad. Y nosotras, querida amiga, ¿no haremos nada? Te propongo que nos unamos espiritualmente con nuestra divina madre, e imitemos el recogimiento y la atención que ella tenía en el trato que mantenía con el hijo divino que llevaba en sus entrañas. Hagamos mejor nuestras oraciones, nuestras meditaciones, mantengámonos mejor en la presencia de Dios, multipliquemos nuestras jaculatorias.

Asumiendo el espíritu de la Iglesia, hagamos muchos actos de deseo de que venga el divino liberador; avivemos la conciencia de la necesidad que tenemos de él. Trasladémonos a menudo al seno de María, para estar con este niño celestial. Admiraremos los ejemplos que nos prodiga su amor, ejemplos de humildad, de obediencia, de caridad, y tratemos de imitarle en algo.

Jesús en su nacimiento, o en el seno de María, es el modelo de la vida religiosa: él practica ahí la obediencia, la pobreza, la castidad, la clausura, la enseñanza: los cinco votos que hacemos. Pidámosle la gracia de cumplirlos fielmente.

Pero, ¿no se diría que te estoy tratando ya como una de nosotras? ¡Claro que sí! Verdaderamente siento que eres mi hija. Desde que terminaste tu visita, tenemos dos postulantes: una de veintidós años y otra de dieciocho. Están deseando tener más compañeras.

Me parece que debes confiarte valientemente con tus padres. Tienes que mostrar firmeza y decisión, sin faltarles nunca al respeto y a la sumisión que se merecen en todos los aspectos. Invoca mucho a sus ángeles guardianes y al tuyo. Confía en el Señor. Él sabe el momento en que te quiere hacer salir de Egipto para conducirte al desierto fértil, donde te quiere alimentar con el maná de su propio cuerpo y hacerte beber de la fuente abundante de su sangre. ¿Podrías entonces echar de menos las cebollas de Egipto?

Nuestras hermanas te abrazan, y yo, querida hija, te aseguro mi entrañable afecto.

Sor María

(Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 329. A Melania Figarol. Tarbes)

6. Orando en el camino

Si hay una oración que no ha estado ausente nunca en el día a día marianista, desde los orígenes, esa oración ha sido el acto de consagración a María. Su texto ha variado a lo largo de estos dos siglos, pero su sentido ha permanecido inalterable: el compromiso de hacer alianza con María, en misión eclesial permanente, para seguir a Jesús a fin de continuar encarnándolo en nuestro mundo.

Es una oración para empezar el día, para entender todo lo que vamos a hacer como parte de esa evangelización de nuestro corazón («ser formados por ella a semejanza de su hijo primogénito»), desde la Iglesia y para la humanidad.

ACTO DE CONSAGRACIÓN A MARÍA

Señor Dios nuestro:

Para salvar a todos los hombres y conducirlos a ti, nos has enviado a tu amado hijo, que se hizo hombre naciendo de la Virgen María.

Concédenos ser formados por ella a semejanza de su hijo primogénito, y ayúdanos a participar en el amor de Cristo para con su madre.

Tú has asociado a María al misterio de tu hijo, para que sea ella la nueva Eva, la madre de todos los vivientes. Confirma la alianza que con ella hemos contraído. Que nuestra consagración prolongue sobre la tierra su caridad maternal, y haga crecer a la Iglesia, cuerpo místico de tu hijo, Nuestro Señor. Amén.

CONCLUSIÓN

Y la Palabra encarnada dio su fruto

Esta guía de oración quiere ser como un árbol bueno que da frutos abundantes. Pero no se puede olvidar que los frutos toman un tiempo para madurar. El crecimiento en la oración es don del Señor y pide generosidad y constancia de nuestra parte. «Pon en práctica lo que has entendido de este camino, y poco a poco comprenderás el resto del mismo». Así decían los padres del desierto. Es importante comenzar y continuarlo. La oración no es una realidad estática. Podemos crecer. Cuando se perdura en un camino de oración, se llegan a ver los frutos:

La oración se hace sencilla

Se reduce a encuentro, a escucha, a abrir el corazón y la mirada, a estar en la presencia del Señor. En esta guía no faltan los consejos prácticos. Es importante comenzar por invocar al Espíritu Santo antes de iniciar la oración: «Ven, Espíritu Santo». Se necesita serenar el corazón para escuchar la Palabra del Señor, leer atentamente el texto que nos va a motivar la oración, destacar las palabras que más nos tocan, subrayarlas, releer los párrafos. Pero podemos decir que sólo se comienza a orar cuando surgen los movimientos interiores de adoración, acción de gracias, petición, entrega de sí. Entonces todo se simplifica.

La oración se hace desde la fe del corazón

A medida que avanzamos en esta experiencia espiritual, nuestro afecto está más presente y se une a nuestra inteligencia. Así llegamos a orar no sólo con la mente, sino también con el corazón. Éste se abre, como fruto de la oración, se ilumina la mente y se enciende el fuego de nuestro amor. Aprendemos a poner amor en todo. Quedamos confortados y afirmados en el bien.

La oración nos hace marianistas

El Padre Chaminade y la Madre Adela comenzaron el camino marianista, y fueron los iniciadores de los demás en esta andadura. Ellos nos siguen invitando a orar lo que ellos oraron, y a hacerlo como ellos lo hicieron. Sus escritos y palabras fueron fruto de la oración, y cuando los recordamos y evocamos, entramos en oración. Estos escritos llevan la inspiración de quien los ha dicho o escrito, movidos por el Señor, y los han confrontado con una existencia que se transforma en servicio. Se recibe la gracia marianista cuando se entra en esta comunión que produce la oración con nuestros Fundadores.

La oración nos lleva a encarnar la Palabra en el mundo

Ser fieles a las exigencias de la oración es entrar en un camino espiritual que nos permite vivir como hombres y mujeres de fe en medio de la realidad actual y

en íntima unión con Jesús. Cuando se llega a centrar la vida en Jesús, y a recapitular nuestros pensamientos y sentimientos, nuestras acciones y comportamientos en Jesús, se llega a vivir con una gran libertad interior, a poner mucho amor en todo y a adquirir una gran capacidad de compromiso. Nos hacemos más discípulos de Jesús, para ser más apóstoles del Reino de verdad, de justicia y de paz.

Este camino de oración nos deja con esperanza. Es decir, con Jesús, que es el compañero de nuestro caminar, el alfa y omega de nuestro recorrido. Cuando se permanece en la oración, se llega a poner nuestra esperanza en Jesús y conseguimos que él sea nuestra esperanza. Orar es comenzar a compartir con el Señor las alegrías del encuentro definitivo y las alegrías de los esfuerzos y empeños de nuestro encuentro diario.

Estos son algunos de los frutos de la oración marianista, cuando oramos en fidelidad al Evangelio y a nuestro carisma, cuando encarnamos la Palabra como lo hizo María. «Y la Palabra se hizo carne», y por María vino a habitar entre nosotros. Por María se hace fecunda la Palabra en cada uno de nosotros.